MAR DEL SUR



HONORIO DELGADO, *El médico y la sociedad* * MANUEL MOREYRA P. S., *Un enigma y su posterior solución en la biografía del Virrey Marqués de Montesclaros* * EMILIO CARILLA, *Perfil moral de Martí* * C. E. ZAVALETA, *La batalla* * JOSE M. VELEZ PICASSO, *Ica* * Poemas de ENRIQUE PEÑA, PABLO GUEVARA y LEOPOLDO CHARIARSE

FLOR DE LEER: *El doctor Alonso de Hverta* * TESTIMONIOS: Los hermanos de Mariano Melgar * NOTAS de Paul Linder, y Luis Alberto Ratto.

CRONICA * *LIBROS*

SETIEMBRE
OCTUBRE 1953

29

VOLUMEN X
LIMA - PERU

Mar del Sur

REVISTA PERUANA DE CULTURA

PUBLICACION BIMESTRAL

Director Fundador:

AURELIO MIRÓ QUESADA SOSA

Consejo Directivo:

JORGE BASADRE, HONORIO DELGADO, AURELIO MIRO QUESADA SOSA, HECTOR VELARDE

Consejo de Redacción:

JORGE EUGENIO CASTAÑEDA, CARLOS CUETO FERNANDINI, FELIX DE-NEGRI LUNA, CARLOS DERTEANO URRUTIA, PAUL LINDER, GUILLERMO LOHMANN VILLENA, ALEJANDRO MIRÓ QUESADA GARLAND, FRANCISCO MIRÓ QUESADA C., JORGE C. MUELLE, ESTUARDO NUÑEZ, ALFREDO SAAVEDRA, MANUEL SOLARI SWAYNE, AUGUSTO TAMAYO VARGAS, ALBERTO TAURO, JOSE TOLA PASQUEL, RICARDO VALENCIA.

Secretario General:

LUIS JAIME CISNEROS

Gerente:

PABLO L. VILLANUEVA

PRECIOS:

Número suelto, S/. 6.00 - Suscripción anual, S/. 30.00

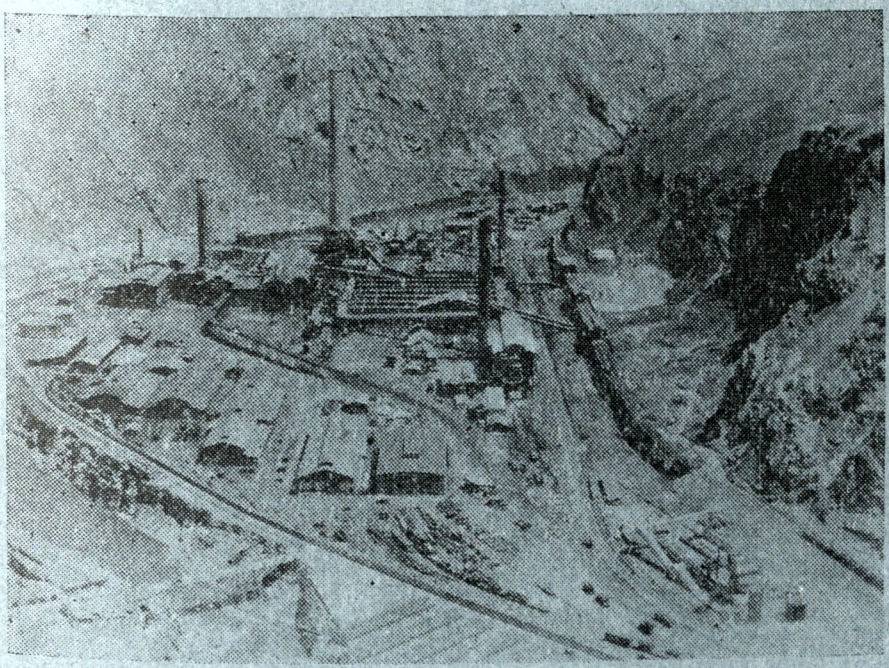
En el extranjero; suscripción anual, 3 dólares.

SECRETARIA DE REDACCION Y GERENCIA:

LAMPA 277 APARTADO 1593 TELEF. 72-390

LIMA PERU

Cerro de Pasco Corporation



Centro industrial y metalúrgico de La Oroya

Embellezca su intimidad....

Adornando su hogar con muebles de ACERO fino con el sello de distinción y elegancia de:

MANUFACTURAS PLANAS S. A.

Para cada gusto o estilo.

Acabamos de recibir lindos juegos de diferentes colores para
Sun-porchs - Halls - Terrazas - Colegios - Hospitales
Institutos Armados.
CATRES - CUNAS DE ACERO

FABRICA: Av. Colonial 817 — Teléfono 13110
ALMACENES: ARZOBISPO 259 - 265 — Teléfono 71137
BAQUIJANO 757 — Teléfono 33653 - Lima

MANUFACTURAS PLANAS S. A.

CERVECERIA

Backus y Johnston Ltda.

Establecida en 1879

Fabricantes de Cervezas finas

CRISTAL
MALTA BACKUS Y
MALTINA

Teléfono 30034 Apartado 189

CONSTRUCTORA "LOS ANDES" S. A.

INGENIEROS CONTRATISTAS

◎

JIRON AREQUIPA 250

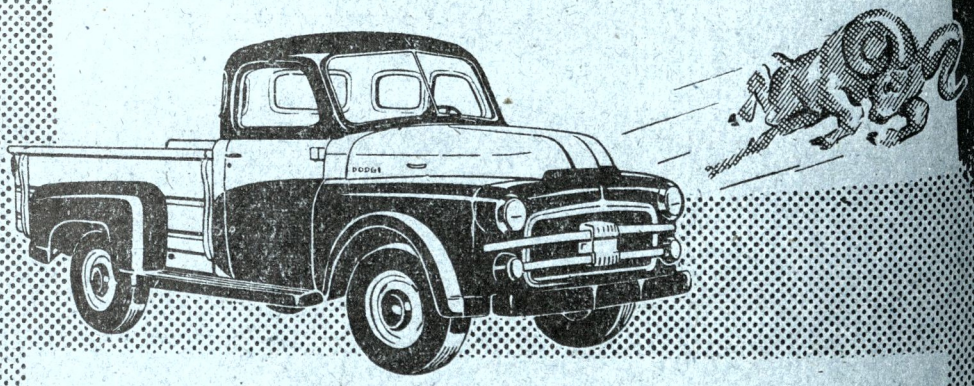
TELEFONO 31098

PERUVIAN SERVICIO AUTOS Ltda.

Se ajustan a cualquier trabajo . . .

Son muy fuertes...duran mucho más

Camionetas PICK-UP y Camiones DODGE



Las camionetas Pick-up y Camiones DODGE, desde 3/4 hasta 8 toneladas, de construcción sólida y bello diseño, tienen muchas nuevas características adicionales . . . que le permiten que su inversión esté respaldada por muchos años de trabajo seguro y productivo.

Suministran mayor potencia, mejor funcionamiento y son más fáciles de manejar.

Facilidades de Pago

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS

PERUVIAN AUTOS Ltda. S.A.

"LA MAS ANTIGUA EN EL RAMO AUTOMOTRIZ"

Av. Grau 141 - LIMA - Teléfono 40750

Sub-Distribuidores

PERUVIAN AUTOS DEL SUR S. A. - ICA

APARECIO!!

Historia Crítica del Himno Nacional

POR

CARLOS RAYGADA

Prólogo de JORGE BASADRE

Una edición de
JUAN MEJIA BACA & P. L. VILLANUEVA, Editores

2 Tomos — S/. 80.00

Descuentos para librerías — Se atienden pedidos de provincias

Distribuída por
LIBRERIA MEJIA BACA, Jirón Azángaro 712 - Tel. 74067

CALZADO



La Corona.

JIRON UNION 508

REALIZACION DE VERANO

CON GRANDES REBAJAS EN: CALZADO - CARTERAS - GUANTES

Sociedad Mercantil Internacional S. A.

IMPORTADORES

Lubricantes - Maquinarias - Mercaderías en General

EXPORTADORES

Algodón - Azúcar - Productos Nacionales

◇

A. Miró Quesada Nº 266 - Teléfono Nº 71-6-80

Lima

GILDEMEISTER & Co. S. A.

IMPORTADORES — EXPORTADORES

LIMA - PERU

Edificio Gildemeister - Aldabas 235

Teléfonos: 70100 - 70108 - 70109

REPRESENTANTES DE:

EMPRESA AGRICOLA CHICAMA LTDA.
Hacienda "Casa Grande" Trujillo

NEGOCIACION AZUCARERA LAREDO LTDA.
Hacienda "Laredo" Trujillo

NEGOCIACION AGRICOLA JEQUETEPEQUE LTDA.
Hacienda "Limoncarro" Pacasmayo

AGENTES DE LAS COMPAÑIAS DE VAPORES:

COMPAÑIA DE MUELLES DE LA POBLACION VERGARA, Valparaíso
COMPAÑIA NAVIERA HAVERBECK & SKALWEIT S. A., Valdivia
LATIN AMERICAN LINE, San Francisco.

Mar del Sur

REVISTA PERUANA DE CULTURA

DIRECTOR FUNDADOR: AURELIO MIRÓ QUESADA S.

MUSEO NAVAL DEL PERU
Biblioteca
Dr. Julio J. Elías Murguía

Año V — Setiembre - Octubre 1953 — Nº 29

El médico y la sociedad *

por ***HONORIO DELGADO***

Cuando mi excelente amigo el Dr. Oswaldo Hercelles, con amabilidad que agradezco, me invitó a dar una conferencia en la Academia que presidía tan admirablemente, le propuse como tema el del médico y la sociedad, considerando que con el nacimiento en Lima de numerosas sociedades de especialistas durante los últimos lustros la Academia Nacional de Medicina es al presente la institución más apropiada para tratar en su seno de materias generales de la profesión, como esta de los nexos del facultativo con la colectividad.

Llegado el momento de dar la conferencia, me es particularmente grato ver presidiendo la institución al Dr. Luis Espejo, antaño mi condiscípulo predilecto y hoy gran autoridad médica, quien, como Hercelles, por las magníficas prendas de su persona, da brillo y respetabilidad a la profesión en el ambiente social.

1. *El médico surge de la sociedad*

Nuestro oficio, aunque se origina en obscuras tendencias instintivas, es obra de la vida social, la que no debe entenderse como simple extensión o complicación de la unidad familiar, pues trasciende la esencia del vínculo consanguíneo. El organismo social nace de una virtualidad ínsita en la índole humana y es regido por el espíritu que se objetiva en aspiraciones, costumbres e instituciones, uniendo a los contemporáneos y a las sucesivas generaciones en la comunidad de una vida compartida, a la vez única y diferenciada. El espíritu personal y el colectivo organizan la acción y la correspondencia de los hombres de suerte que sus frutos sobreviven al impulso que les

(*) Conferencia dada el 23 de octubre en la Academia Nacional de Medicina, de Lima.

dió origen. Así, las profesiones surgen y se perfeccionan al servicio de los grupos humanos en los que aparecen. No son, pues, sólo ni principalmente la voluntad particular y el interés egoísta los agentes que plasman su función.

En lo que respecta a la medicina, su ejercicio despunta en los albores de la civilización. Los pueblos más primitivos dan testimonio de ello. Ciertamente, es tan antigua como la práctica de la hechicería, con la que se confunde inicialmente, así como con el sacerdocio y la jefatura política. El médico originario es un individuo que sobresale en la colectividad por ciertas particularidades raras: es un hombre aparte, al que se aprecia y se teme, dispensándosele de determinadas obligaciones y labores comunes. Su singularidad y su disposición para curar se vaticinan gracias a extraordinarios acontecimientos o revelaciones de orden mágico. Y su preparación es laboriosa y generalmente prolongada, con penosos ejercicios de iniciación ritual, que rematan en una metamorfosis sui géneris del sujeto; de suerte que al fin de las pruebas es otra persona, cargada de responsabilidades. En lo sucesivo, ya hecho hombre-médico, lleva una vida en parte semejante a la de los demás, en parte distinta. Esta segunda modalidad de existencia entraña el acatamiento de un poder supraempírico, que confiere al iniciado facultades específicas. Sólo mientras se siente amparado por ese poder misterioso el médico primitivo ejerce su ministerio profesional, que no es siempre lucrativo y si invariablemente sujeto a privaciones.

2. *Carácter y decoro del facultativo*

El principio de todas las cosas en el tiempo es a menudo un principio absoluto: constituye la manifestación primera de una esencia susceptible de desenvolvimiento y perfección. Así nuestra profesión, desde sus más remotas encarnaciones, muestra caracteres fundamentales de validez permanente. En efecto, si bien consideramos la condición del médico prefacultativo, pese al espíritu supersticioso con que se revela, reconoceremos en ella el modelo germinal de nuestra forma de vida: en lo que atañe a la iniciación, al ascendiente, a la dualidad.

Lo primero comprende las señales de la vocación y las prácticas del aprendizaje. Siempre se ha reconocido que no puede ser médico idóneo cualquier individuo, sino aquel cuyo espíritu revela disposiciones para desempeñar eficaz y abnegadamente la misión. Tal como ésta es hoy, requiere de quien ha de cumplirla inteligencia aguda, inventiva e independiente; carácter animoso, con soberano dominio de sí, rica estimativa, liberalidad y derechura moral. Y esto no basta: lo principal es que en el terreno de semejantes disposiciones arraiguen las cualidades genéricas del hombre de mundo y las específicas de la sensibilidad, la fe y la diligencia médicas.

Respecto al adiestramiento, ahora la formación del doctor resulta más exigente, larga y trabajosa que la del médico primitivo; y no puede ser de otra manera, dada la trascendencia y las dificultades de la tarea profesional y la inmensidad del saber requerido. Si en un principio la iniciación de los jóve-

nes predestinados era mayormente brujesca, hoy se funda en la disciplina del conocimiento reflexivo y crítico, en la visión positiva de los hechos y en el auténtico respeto al ser del hombre doliente: enseñanza científica, clínica y humana que requiere un afinamiento considerable del sentido teórico, de la habilidad técnica y del tino cordial.

Sin los requisitos señalados el médico contemporáneo no corresponderá al ascendiente que la sociedad está pronta a reconocer a sus representantes aptos. Si bien no es raro que el prestigio de un galeno, al igual que el del charlatán, sea producto de artificio calculado v sugestión colectiva, la práctica honesta del arte adquirido con amor y competencia colma de autoridad genuina a los colegas para quienes el lucimiento es cosa accesoria.

Por último, la dualidad en la vida del médico actual no es la misma que la del prefacultativo, sobre quien pesa una suerte de tabú que lo relega al margen de la convivencia general, sometido a ayunos y prácticas purificatorias, no carentes de significación psicológica. Aparte lo que hay en todo hombre realmente substantivo de dominio intrínseco y soledad inviolable, lo propio del médico actual es que, en su existencia privada, las mismas responsabilidades de la carrera lo obligan a preservar cierto caudal de energía y de tiempo para sí mismo a fin de cultivarse como ser autónomo; sin eso la substancia personal se disiparía en puro menester cotidiano, empobrecedor y deformante incluso del mismo oficio.

3. *La sociedad de médico y paciente*

Nacida de las necesidades de la colectividad humana, nuestra profesión es un quehacer social por excelencia que se explicita en formas de relación muy diversas. Entre ellas, la elemental y soberana es la que constituyen el médico con el paciente en la consulta privada. Aquí se vinculan dos personas en una comunicación cuyas consecuencias van más allá del logro de la salud o el alivio de los males. Aunque prácticamente todos los doctores vivan a diario este acontecimiento colectivo —tanto más lleno de significación cuanto más personal—, su sentido profundo, como el de muchos actos trascendentales del humano obrar, apenas si se ha esclarecido debidamente.

Lo cierto es que si se intenta analizarlo, se tropieza pronto con la dificultad de reducir a conceptos una filigrana espiritual inefable. De suerte que es forzoso contentarse con toscos tanteos acerca del encuentro fundamental en nuestra distintiva vida de relación, cuyas manifestaciones perceptibles son por lo común como fugaces chispazos y alusiones, frente a los cuales el pudor, por una parte, el tacto, por otra, y la consideración por ambas, nos mantienen en los límites de lo sutil. Por eso intentaré ahora señalar únicamente las notas esenciales de su modalidad arquetipo, no siempre plenamente efectivas en la entrevista concreta.

Por parte del paciente, movido en el fondo por el instinto de conservación y defensa, se pueden distinguir las siguientes condiciones, que en el fenómeno interpersonal se integran en un complejo indivisible. Primero, la pena, el temor, la zozobra y todos los sentimientos y preocupaciones inheren-

tes a la necesidad de expresar la dolencia y librarse de ella. Segundo, la confianza y la fe que dan sentido al movimiento del ánimo en procura de auxilio y confortamiento capaces de restituir el bienestar y el sosiego perdidos. Tercero, la entrega espiritual, cierta de una reciprocidad sui géneris, que es una apelación del enfermo, no sólo al saber positivo y a la asistencia eficiente del doctor, sino a una acogida moral llena de comprensión y miramientos. Por último, la gratitud, constitutiva del nexo a la vez más delicado y decisivo de la correspondencia, que incluso se adelanta al beneficio, confirma y cimienta el vínculo establecido.

Por parte del médico, en la estructura psicológica y moral de esta sociedad de dos establecida en la consulta, entran en juego los factores siguientes: Primero, su influencia, que comienza a manifestarse desde el momento en que el paciente lo escoge entre todos los profesionales asequibles, descansa objetivamente en los conocimientos y recursos de que dispone para luchar contra la enfermedad y el sufrimiento. Segundo, a la confianza y la fe del enfermo responde el facultativo con la voluntad de aplicar el empeño de que es capaz y el poder que tiene, a la asistencia del paciente, a lenificar sus sufrimientos, a despertar en su ánimo la esperanza y levantarlo con los medios conducentes, que incluyen expresión apropiada y sensatez exquisita. Tercero, a la entrega espiritual del consultante se adelanta el médico con lo que aquel espera lícitamente, viendo en su sér al prójimo cuyo infortunio merece no sólo cuidado vigilante —sin asomo de ademanes protectores—, sino respeto profundo hacia la condición en que todos somos susceptibles de caer; condición que si bien es negativa desde el punto de vista biológico, desde el punto de vista espiritual es exponente del fondo insondable de la dificultad y el desamparo inherentes a la criatura humana, que suscita sentimientos lindantes con la reverencia religiosa. Cuarto, en fin, frente a la gratitud, que se dirige no sólo a su acción benéfica sino a su persona, responde el profesional con la lealtad del secreto, honrando dignamente la confianza recibida.

En general, las consecuencias externas e internas de la relación entre médico y enfermo, cuyos actos tienen mayormente el carácter de trascendencia emocional, no terminan con el éxito o el fracaso de la cura. Las personas que una vez entran de lleno en el círculo de nuestra acción medicinal —de nuestro cuidado y de nuestros cuidados— ya no son para nosotros las mismas que antes. Aparte el conocimiento y la eventual amistad que de ahí puedan nacer, cada una, muy individualmente, resulta más prójimo, más próxima que antes, por el lazo espiritual establecido en virtud de la vislumbre del ser intrínseco de la criatura. Pues con eso tocamos un fondo de la condición humana revelador de valores éticos y religiosos, en los que arraiga aquel gentil desprendimiento distintivo del médico de raza, ilustre u obscuro, incluso del que se niega a reconocer la índole de tales valores, olvidando que juró por Dios el compromiso para desempeñar su ministerio; desprendimiento que no consiste sólo en la gratuidad del servicio a los pobres, sino en dar de sí a todos los enfermos lo que nunca puede compensar el honorario, don gracioso que equivale en el doctor a la gratitud del paciente.

La modalidad arquetipo de nuestra relación con el paciente así carac-

terizada es pasible de simplificación en forma y grado variables, no sólo por causa de la calidad y la mayor o menor madurez espiritual de las personas, sino debido a la clase y a las circunstancias de la afección y del servicio profesional. Así, la levedad del mal apenas si requiere más que una comunicación superficial; el estado anímico del enfermo puede dificultar o imposibilitar la conciencia de la situación; algunas ramas de la medicina en que se especializan los facultativos, según su particularidad, entrañan limitación más o menos grande para el contacto personal; y la asistencia en el ambiente hospitalario excluye la libertad de elegir médico y a menudo la de comunicarse a solas con él. Pero donde la desubstanciación de la sociedad que nos ocupa puede llegar al extremo es en la acción profesional que paradójicamente se llama medicina socializada; según veremos después, ahí corren peligro de desaparecer en absoluto los vínculos propiamente sociales.

4. *La familia del paciente, la clientela y el público*

En torno al paciente y en torno al médico la vida de relación profesional teje círculos más y más amplios. Después del enfermo, su familia constituye el ámbito social de mayor importancia para nuestra ocupación, tanto por las concomitancias y repercusiones patológicas, cuanto por las consideraciones morales. En efecto, sin la colaboración de los parientes, en muchos casos no es posible obtener información substancial ni tomar providencias necesarias en beneficio del enfermo. Para lograr una y otra finalidad en el comercio con los allegados del cliente, el facultativo se ve obligado a observar una conducta que en ocasiones exige delicadeza y prudencia tan grandes como las requeridas en el trato con el paciente mismo. En el caso de algunas enfermedades y de algunas personas las complicaciones suelen ser tan arduas que incluso médicos muy experimentados las vencen sólo gracias a extremos de sagacidad y paciencia. Esto ocurre mayormente con gentes en cuyo espíritu en vez de la consideración al médico alienta la desconfianza, que si bien en parte se justifica por el descenso de la calidad personal en cierta clase de colegas, en parte obedece a falta de discernimiento. De ahí que no sea raro el espectáculo que ofrecen algunos individuos, no siempre los más incultos, de abandonar a un médico competente y honorable, para poner su salud o la del deudo en manos de un charlatán.

Aspecto tan ingrato de la práctica profesional tiende a agravarse en relación con diversos factores inherentes al auge de la técnica y la especialización, que en cierto modo determina el desmedro del médico de familia. Esta vieja institución, cuyo valor hoy reconocen incluso naciones que hasta hace poco la menospreciaron, reune apreciables ventajas para la acción individual y social del facultativo: tanto porque le permite adquirir máximo conocimiento de las disposiciones personales y de las peculiaridades del hogar y su estilo de vida, cuanto porque el ascendiente y la amistad, granjeados con el trato prolongado, son condiciones óptimas para la asistencia y el consejo, no sólo en materia de salud, sino en todo orden de cosas.

La clientela del médico, formada por los enfermos que atiende en la

consulta privada, en el hospital y en otras instituciones, es en cierto modo un conjunto vivo que recibe sus servicios y, de manera recíproca, le refleja el influjo de los mismos. Esto se produce de suerte que las reacciones y las manifestaciones espontáneas de sus clientes y los allegados de éstos forman una esfera de experiencias, incitaciones y lazos afectivos y espirituales que contribuye a formar su criterio, a diferenciar su estimativa y a regir su conducta. Así, la calidad humana del objeto de la solicitud profesional regula el tono y el contenido de ésta, pues en tal género de intercambio, lo que uno llega a ser y hacer está condicionado en mayor o menor medida por lo que se le reconoce y se espera de él. La opinión, acaso generosa en extremo, del más humilde de nuestros pacientes resulta una apelación a nuestras mejores posibilidades para ejercer cumplidamente la misión.

El público, en fin, entraña la esfera más amplia de la vida de relación profesional. Es una colectividad que no por anónima deja de ser influida por nuestra acción y de repercutir sobre ella. De dos maneras principales trasciende al público la actividad individual y colectiva del médico: por la información que se difunde y por el lustre que se alcanza o el deslucimiento en que se incurre. La información, sobre todo acerca de los progresos de la ciencia y la técnica anexas a nuestro arte, información a veces procedente de fuentes extramédicas, ora redunda en beneficio de la colectividad y de la profesión, ora en daño de las mismas; más a menudo es provechosa para unas personas y maléfica para otras, tanto entre el público como entre el gremio. Por eso muchas de las llamadas campañas profilácticas —aunque parezcan pura fuente de beneficios— deben ser preparadas con agudo espíritu crítico y conducidas con extremada prevención.

Respecto al lustre y al deslucimiento es menester que reconozcamos la justicia de muchas sátiras —no de todas— que se nos dirigen, incluso de parte de insignes ingenios. Reconozcamos también que no es prestigio sólido sino el fundado en el esfuerzo auténtico, fecundo, silencioso e independiente de toda propaganda. Reconozcamos, en fin, que la alabanza desmesurada, aunque la dirijamos a las grandes figuras de nuestro panteón médico o a lo que se abusa en llamar de modo rimbombante, nuestro sacerdocio, a la postre produce efecto contrario en el público, pues sus representantes más perspicaces acaban por percibir la bambolla en el encarecimiento idolátrico.

5. *El médico y la salud colectiva*

Aunque en todo tiempo la acción del facultativo se extendió a la colectividad, desde hace un siglo la salud pública constituye objeto de creciente preocupación entre los hombres y las instituciones que pueden mejorarla. Es un hecho histórico que los progresos de la ciencia y la técnica relacionadas con nuestra disciplina, así como el auge de la cuestión social, han movido no sólo a los poderes públicos sino a la comunidad toda a participar más o menos activamente en la cosa médica. De modo concomitante, el desarrollo de la industria y el incremento de la población urbana a expensas de la rural han creado problemas de servicio médico que no se conocieron antes.

Ciertamente que fuera de los deberes del médico funcionario de la sanidad, cada vez más diferenciados y técnicos, todo facultativo en la práctica privada tiene entre sus responsabilidades sociales la de proteger y fomentar la salud colectiva en el ámbito de su influencia. Ya el bien que hace al paciente mismo, sea en el hogar, sea en el consultorio o en la clínica, tiene trascendencia social, puesto que el individuo es inseparable de su medio, como miembro de una familia —verdadera unidad vital y social nuclearia— y como miembro de corporaciones de diversa índole. Pero la medicina preventiva allende el enfermo, practicada implícita o explícitamente por el facultativo, de consuno con su actividad clínica, no se cumple en debida forma sin el cultivo de la intención correspondiente. A tal efecto, hoy es menester que, en su formación profesional, al estudiante se ofrezcan oportunidades, no sólo en el aprendizaje de la higiene, sino en los cursos clínicos y aún en algunos preclínicos, de familiarizarse prácticamente con el ambiente propio de la existencia de los enfermos. No se concibe una enseñanza realista de la patología y la profilaxis sin la orientación ecológica y el estudio de las relaciones humanas. Así, por ejemplo, una historia clínica hecha sin investigar las condiciones del hogar y del trabajo y las particularidades del círculo social del enfermo, a menudo no sólo es incompleta sino falsa. De ahí la indispensabilidad del servicio social que, cuando es positivo, amplía el horizonte de nuestra visión y acrecienta la eficacia de nuestras providencias. Por otra parte, la enseñanza de las diversas ramas de la medicina, si bien debe ahondar en las diferencias individuales, sin lo cual no sería clínica, es necesario que ofrezca nociones precisas acerca de los servicios de sanidad así como información y crítica de los datos estadísticos, sin lo cual carecerá de las proyecciones sociológicas fundamentales.

El acceso del proletariado a la arena política, con la propagación de las doctrinas socialistas, ha repercutido en muchas naciones determinando la organización de la asistencia médica como parte del sistema de seguros para los trabajadores. En realidad, se imponía el establecimiento de la asistencia en gran escala a la masa creciente de los medios industriales.

El régimen de los seguros, pese a los inconvenientes que entraña, se va generalizando en el mundo, tanto por constituir un medio eficaz para apaciguar las reivindicaciones de una parte importante de los ciudadanos, cuanto porque resulta más practicable que otros procedimientos capaces de preservar el sentido de previsión y la independencia individual de los trabajadores En lo que respecta a los servicios médicos, es un hecho que el seguro contra riesgos ha permitido que disfrute de sus beneficios una proporción inmensa de personas que antes carecían de asistencia.

Desde el punto de vista del médico, la socialización de su trabajo profesional también tiene ventajas, sobre todo para los doctores jóvenes; pero los inconvenientes son innegables, sobre todo si el régimen se extiende demasiado. Acerca de tal extremo es bien conocida la crítica de que es objeto en todos los países donde se ha implantado. Sólo recordaré el reparo fundamental: por su naturaleza, nuestro ministerio debe ser libre y personal. El paciente ha de entregarse confiada y directamente —sin intermediarios— a su médico,

movido de fe en su competencia, su secreto y su libertad de prescribir lo óptimo, no persiguiendo aquél más ventajas que el logro de la salud realmente perdida. En el sistema de la medicina socializada la situación se adultera o desvirtúa a menudo, si no en la mayoría de los casos; pues el asegurado, cuando no escoge libremente al facultativo, se presenta a él con desconfianza o por lo menos con desaliento a causa de la espera forzada o la tramitación enojosa, y, aunque lo escoja, se hace propenso a postergar al máximum el retorno al trabajo o a obtener la mayor indemnización posible, incluso con peligro de una invalidez psicógena. En suma, el seguro menoscaba la voluntad de salud en los beneficiados y favorece la cronicidad de las enfermedades. Esto, a la larga, constituye embarazo creciente en el servicio y dispendio ilimitado.

Por su parte, los doctores del seguro, por excelentes que sean, difícilmente logran superar el influjo del aparato institucional: no consiguen o consiguen a medias conjurar los sentimientos adversos del asegurado y su proclividad a la simulación o sobresimulación, pues no pueden consentir el abuso en el descanso o la indemnización: además, no gozan plenamente de la facultad de escoger lo que han de prescribir ni de guardar el secreto profesional. En consecuencia, aparte las tentaciones de conducta inmoral para los médicos impuros —mayores que en la práctica privada, pues las fomenta el interés del asegurado—, con la socialización del servicio médico se malogra el vínculo genuino de la asistencia, se sofistica la disposición del cliente y se inhibe la espontaneidad autónoma del facultativo.

6. *La ciencia médica y la sociedad*

Para bien y para mal del hombre contemporáneo, su vida y su espíritu dependen en proporción inmensa de la ciencia, de la técnica y de la industria. Nadie desconoce que los descubrimientos y las invenciones, realizados en el laboratorio del investigador, ofrecen posibilidades cada vez más admirables. En lo que respecta a la salud, los incesantes progresos de la ciencia médica y de las que le sirven de fundamento logran conquistas tan prodigiosas como no las soñaron ni los utopistas de las pasadas generaciones. Baste recordar, como exponente, que la duración media de la vida humana, que fué de 25 años en los primeros tiempos del Imperio Romano y que apenas llegaba a los 40 hace un siglo, hoy es de 65 en las naciones que mejor aplican las adquisiciones de la ciencia.

El enorme desarrollo del aspecto científico y técnico de la medicina ha traído, entre otras consecuencias, una diferenciación creciente en la práctica profesional, en la enseñanza y en la investigación.

La práctica del oficio ha adquirido nuevas formas, distintas del trabajo clínico clásico: la del laboratorista y la del técnico de gabinete. Los servicios que prestan para el reconocimiento, la terapéutica y la profilaxis de las enfermedades son inapreciables: gracias a ellos disponemos de datos cuya exactitud con frecuencia es decisiva para acertar con el diagnóstico y para lograr el éxito curativo o preventivo. Al lado de tan grandes ventajas —a las que

hay que agregar la aplicación de sus métodos a la sanidad de grandes grupos sociales—, es innegable que entrañan ciertas influencias desfavorables, inherentes a la confianza que despierta la objetividad de las comprobaciones técnicas y el rigor impersonal del espíritu científico. De ahí el peligro de que el laboratorista, el técnico de gabinete y el especialista ciegamente adictos a esa objetividad y a ese rigor, puedan descuidar el aspecto humano e individual de sus clientes. De ahí también el crédito exagerado que el médico práctico suele otorgar a los resultados del colaborador técnico, con detrimento de la anamnesia y la observación clínica de las peculiaridades de la enfermedad y con mengua de la solicitud frente a la dolencia y al sujeto que la sufre.

La diferenciación y el afinamiento del saber científico repercuten sobre la formación profesional en un sentido que atañe a la sociedad y la obliga a interesarse en los problemas de la enseñanza médica. Para que ésta corresponda a los requerimientos de la época y del público es indispensable que se realice en clínicas y laboratorios bien equipados, donde cada estudiante, con genuina vocación y comprobada aptitud, ejecute por sí mismo los ejercicios prácticos dirigido, en pequeños grupos, por instructores competentes. En lo que respecta a las materias de estudio, los cambios que se operan en la sociedad contemporánea, con la asistencia colectiva en escala creciente, obligan a incorporar los conocimientos y métodos médico-sociológicos y médico-psicológicos —valiosos aunque todavía imperfectos— con objeto de procurar tanto una terapéutica ajustada a la singularidad de las personas y la variedad de las situaciones, cuanto una profilaxis de la invalidez y otros males de la patología colectiva.

En efecto, si el sistema de seguros no quiere tropezar pronto con el grave inconveniente de una población cada vez más numerosa de hombres enfermos e improductivos, se verá obligado a organizar sus servicios en el sentido que los médicos adquieran conocimiento profundo de las condiciones de vida de los asegurados y practiquen una terapéutica curativa y preventiva específicamente ajustada a los factores nosogénicos físicos, psíquicos y sociales del ambiente doméstico, del industrial y de las comunidades. Por eso no cabe duda que en parte considerable las instituciones del seguro tendrán que perfeccionarse según el régimen de grupos médicos de función coordinada, con abundante personal técnico auxiliar. Pero aunque la socialización de la medicina no se embarque en estas empresas, el seguro social cada año necesitará más y mejores médicos, cuya formación universitaria debe favorecer amplia y liberalmente.

Lo mismo que del seguro social, es de esperar de otras organizaciones oficiales y semioficiales, así como de las grandes entidades industriales y comerciales privadas, que, en guarda de sus propios intereses, se decidan a colaborar con las instituciones de enseñanza e investigación médica. Lo pueden hacer en diversas formas, sobre todo en la de fundaciones. Es cierto que entre nosotros existen la ayuda y el estímulo exteriores a la instrucción y la producción científica de estudiantes y médicos; pero, salvo el magnífico concurso de la Sociedad de Beneficencia Pública de Lima, todavía es muy poco y disperso lo que se hace en este sentido.

Respecto a la investigación científica, no necesito recalcar su importancia en la actualidad. Sin la investigación no sólo es imposible resolver nuestros problemas médicos y médico-sociales, sino conocerlos. Aunque autónomo por los métodos y los fines, el estudio original está ligado por múltiples nexos y condiciones a la enseñanza. De suerte que lo dicho acerca de ésta es válido para aquél. Sólo agregaré que la tarea que tienen ante sí nuestros médicos investigadores (todo buen médico es en cierto modo un investigador, pero aquí me refiero a los especialmente consagrados a descubrir relaciones de importancia general) es tan ingente que se impone otra escala y otra forma en el fomento de su trabajo y el de los jóvenes que inician, afortunadamente cada vez más numerosos y capaces.

7. *Las sociedades de médicos*

No es posible tratar el tema de la sociedad y el médico sin referirse a las asociaciones que éste constituye. Es grande la variedad de formas de vinculación que existen entre los miembros de nuestra profesión. Sólo señalaré, para terminar, las tres más típicas y significativas: la esencial, inherente a la misión; la facultativa del estudio, y la normativa de la agremiación y el coligamiento.

La misión profesional une a los médicos con la participación más poderosa y distintiva: la universal del servicio al prójimo enfermo y a la salud colectiva. Por encima de las realidades positivas y de los actos concretos que entrañan la materia y la función del quehacer profesional superexiste la idea de la entidad de la medicina. Los médicos genuinos del mundo entero participan en la fe que enciende tal idea rectora, claramente inteligible para unos, obscuramente sentida por otros, presente y eficaz en el alma de todos. Unidad de orden superior, ella da a la vez sentido a nuestra vida y centro al espíritu de cuerpo que junta a los colegas en la alta y cotidiana demanda.

La vinculación por el estudio prolonga y perfecciona el aprendizaje universitario en el cultivo desinteresado y libre del conocimiento y en la comunicación académica, de manera tanto más efectiva cuanto más puro es el culto a la verdad, sin mezcla de fanatismo doctrinario. La aspiración a participar productivamente en la ciencia que avanza con la investigación y la crítica, es la causa final de la conjunción de voluntades que mueve a los médicos insatisfechos con sólo el saber prestado a constituir sociedades, como esta Academia y como las numerosas instituciones libres de especialistas, que tanto vigor han adquirido en los últimos tiempos entre nosotros. Conociendo la vida de algunas de ellas y la de otras academias y sociedades formadas por gente docta en disciplinas distintas a la nuestra, puedo afirmar que aquéllas superan a éstas en originalidad científica, en laboriosidad, en unión y en espíritu de cumplimiento.

Por último, la injerencia de entidades poderosas en el régimen de los servicios médicos y el frecuente cargo de infracción de los principios éticos hecho a algunos profesionales, han obligado y obligan a los colegas de países cada vez más numerosos, entre ellos el nuestro, a congregarse para la defensa de sus

intereses y su dignidad. Lo primero ha originado las federaciones nacionales. El hecho es que, pese a la venerable tradición liberal del ejercicio del arte de curar, la socialización y la burocratización crecientes de los servicios del Estado en pro de la salud del mayor número, han forzado al gremio a unirse aceptando la discusión y el pacto en el terreno económico. Por otra parte, en guarda del prestigio de los doctores honestos y del crédito de la carrera en su conjunto, se crean colegios médicos nacionales destinados a garantizar que el amor a la justicia y a la corrección no se ejercite solamente hacia afuera sino dentro de la clase misma, velando por la limpieza en el cumplimiento de la propia misión.

Señoras y señores:

Al término de este sumario examen de la variedad de modos de acercamiento del médico al ser de sus semejantes fluye una conclusión. Nuestra carrera es por excelencia comunicación fecunda en encuentros preñados de consecuencias, que nos permite abismarnos en el misterio del destino de la criatura humana sujeta a las potencias de la naturaleza, eterna tejedora de la trama de la vida en el telar de lo perecedero. Encarriladas por la organización social y perfeccionadas por la cultura, nuestra vocación y nuestra conducta cobran eficacia y realce en la medida que logramos dar a las personas lo mejor de nuestra persona.



A VALLE GOYCOCHEA

por ENRIQUE PEÑA

Es una aldea triste
con un celeste mar a la distancia,
y una brisa que llega de puntillas
y a su manera canta.

Es una tumba donde
hay una humilde crucecita blanca,
y tengo tánto frío
que ni decir podría mi plegaria.
Todo es así, callado, como cuando
el niño llega a la última palabra
del cuento, y quédase dormido,
y un ángel cierra el libro. Y le acompaña.

París, 1953

Un enigma y su posterior solución en la biografía del Virrey Marqués de Montesclaros

por MANUEL MOREYRA P. S.

La certidumbre histórica es meta difícil de lograr. Los acontecimientos van alcanzando nitidez a fuerza de un constante acarreo de informaciones aclaratorias, ya en análogo sentido o con el contraste de la enmienda. Hechos y personajes adquieren, así, contornos diferentes de los tradicionales. El hallazgo de nuevos datos, por lo general, consolida y apoya a lo ya conocido, mas irrumpen a veces otros, con mensaje esquinado y opuesto; son los que generan la duda, no faltan los que la disipan con eficacia reparadora, porque desbaratan misterios y solucionan contradicciones.

Viene a cuento este ligero preámbulo, para explicar la disyuntiva que figura en el título. Desacuerdo de crónicas dispares, me dió pie a escribir un artículo que publiqué en 1948 sobre el Virrey Montesclaros (1). Según las noticias hasta ese momento por mí conocidas, existía la duda de si llegó al Perú viudo o no de su primera mujer. Además, aproveché esa circunstancia para descubrir otros aspectos ignorados de su vida. En cuanto al enigma, sugerí hasta una hipótesis que lo solucionaba; la que ha quedado sin lugar, ya que al presente esa conjetura la anula en su totalidad posterior esclarecimiento como luego veremos .

En vista de que el artículo aludido se pierde en el volumen inmenso de "El Comercio" y para dar ilación al problema que planteamos en aquel entonces, junto a la respuesta que ahora me ha sido dable hallar, creo que debo incluirlo como antecedente indispensable. Lo reproduzco casi en su texto original, modifico la forma de incluir las referencias bibliográficas y aporto algunas nuevas.

Articulo escrito en 1948

Entre los Virreyes del siglo XVII, la figura del Marqués de Montesclaros, debe situarse muy en primera línea. Se distingue especialmente, por su simpatía personal, su agudo ingenio y sus grandes condiciones de gobernante. Lástima es que aún no haya sido escrita su biografía con el cuidado que merece. Se conoce de ella, con algún detalle, su acción gubernativa, tanto por la Memoria (2) que dejó como por el capítulo que le dedica Mendiburu (3) en

---

(1).—En *El Comercio*, edición del 27 de octubre de 1948 y bajo el título de "Un Enigma en la Biografía del Marqués de Montesclaros".

(2).—Ha sido publicada por *Manuel A. Fuentes. — Memorias de los Virreyes que han gobernado el Perú.* — Lima 1859. Tomo I. — La reprodujo *Rdo. Beltrán y Róspide*, en Colección de las *Memorias o Relaciones que escribieron los Virreyes del Perú.* — Madrid 1921. Un manuscrito anterior lo insertó *Torres de Mendoza* en Colección de Doc. Inéditos p. Hist. de América.

(3).—*Manuel de Mendiburu. — Diccionario Histórico Biográfico* del Perú. 2ª edición. Tomo VII. Lima 1933.

su *Diccionario*. Mas aunque es bueno, dista de ser completo, tiene muchas lagunas pese al acervo de datos que rememora. Y en el diseño del hombre a éste no se le percibe, porque recluye en la sombra sus esenciales rasgos psicológicos.

Don Ricardo Palma, que confió en exceso en su instinto adivinatorio al escribir sus inmortales *Tradiciones*, en la que dedica a Montesclaros comete grave error. Lo hace aparecer como de muy avanzada edad, en la que titula "El Tamborcito del Pirata" (4). Al referirse a los aprestos de guerra que dispusiera en Lima, cuando merodeaba en la costa el corsario holandés Jorge Spilbergen (5), trae a colación las cifras del censo que este Virrey hiciera levantar. Y cuando lo supone reflexionando en el número tan sólo de dos mil hombres capaces de tomar las armas en defensa del reino, manifiesta que "tal circunstancia traía descorazonado al anciano Virrey".

Y es precisamente la juventud de Montesclaros, una de las características fundamentales de su acción en Indias, primero en Méjico y luego en el Perú. A su juventud puede atribuírse su dinámico proceder, al que venía en ayuda su sentido organizador del que dió tantas pruebas. Y también a su juventud, su ánimo tan afecto a la broma y sus devaneos amorosos, de los que dejó en Lima clarísimas y diversas comprobaciones.

Nuestra historia virreinal ha sido tan pobremente investigada, que a cada paso y desde muy diversos ángulos hallamos fallas y claros enormes. La confrontación de la edad de los gobernantes es sin duda alguna de grande importancia. Para juzgar sus actitudes, su conocimiento es valiosísimo. Palma, si hubiese imaginado en concordancia con la verdad, que Montesclaros no era anciano, sino mozo y de rostro aún muy terso, hubiese dispuesto la viñeta que hace del Virrey en tono bien distinto.

Don Juan de Mendoza y Luna, tercer Marqués de Montesclaros, nació en Guadalajara y fué allí bautizado el 22 de enero de 1571. Por consecuencia, al entrar al Perú y hacerse cargo del Virreinato el 21 de diciembre de 1607, contaba apenas con treinta y seis años; edad que para el altísimo desempeño que traía era en extremo juvenil.

Muy de pasada, esbozaré breve reseña genealógica del Virrey, pues deseo hacerlo con mayor amplitud en posterior estudio. Fue hijo póstumo. Su padre el segundo Marqués, Dn. Juan de Mendoza y Mendoza, estuvo casado con Isabel Manrique de Padilla y murió el 18 de setiembre de 1570. Su abuelo, el primer Marqués de Montesclaros, Dn. Domingo de Mendoza Pimentel, era

---

(4).—*Ricardo Palma. — Tradiciones Peruanas completas.* Aguilar S. A. Madrid 1952. p. 268.

(5).—Tanto *Llano Zapata* en *"Memorias Histórico-Físico-Apologéticas"* como *Pedro Peralta* en su *"Lima Fundada"*, traen ligeros datos sobre la acción pirática de Joris Van Spilbergen. Este marino, que realizó el quinto viaje alrededor del Mundo, dejó escrito un Diario, que en lengua inglesa aparece con el nombre de *"The East and West Indian Mirror"*. Está inserto en el tomo XVIII de la segunda serie de la Colección Hakluyt Society. Londres 1906. También figura en la obra: *"All the Voyages Round the World from the First by Magallan to that of Krusenstern". By Captain Samuel Prior.* — London 1820. — Edición contemporánea se hizo en francés, en Amsterdam, en 1621. con el nombre de: *Miroir Oest-West Indical.* Es un hermoso ejemplar con mapas e ilustraciones.

hijo del tercer Duque del Infantado, Dn. Diego Hurtado de Mendoza y Luna, conocido en la historia como el Grande.

Pertenecía nuestro Virrey a uno de los más grandes linajes españoles, el de los Mendoza, cuyo entronque más significativo es la línea de los Duques del Infantado, título que crean los Reyes Católicos por merced otorgada en Toro el 22 de julio de 1475 y que en esta familia, se considera como su cabeza y pariente mayor. Entre sus múltiples ramas, se cuentan más de sesenta mayorazgos y casi treinta títulos de Castilla, entre duques, marqueses y condes. Al Perú colonial aportó muchísimos personajes de consideración y para no citar sino a los de mayor relieve, recordaré que de ella nos vinieron nada menos que cinco Virreyes: el notable Antonio de Mendoza, los dos Cañetes, nuestro Montesclaros y el Conde de Villagarcía.

Después de este bosquejo, entremos en el punto central del artículo, en el que deseo dilucidar un tema sobre el que existen contradictorias afirmaciones. Se trata de saber si el Marqués de Montesclaros, cuando llegó al Perú, estaba o no viudo. Así lo sostiene Mendiburu en su célebre *Diccionario*, cuando dice: "Ingresó en Lima de Virrey ya viudo". Mas contradice esta versión, no en forma expresa sino tácita, el libro del Marqués de San Francisco, titulado: "Bocetos de la Vida Social de Nueva España" (6).

En el estudio que dedica a las Virreinas que vivieron en Méjico, al ocuparse de Ana Mesía de Mendoza, primera mujer del Marqués de Montesclaros, refiere que esta señora era muy afecta a la caza y frecuentaba con tal objeto el secular bosque de Chapultepec. A continuación de apunte, agrega que según Arias de Villalobos, murió en la mar, cerca de La Habana, al retornar su marido a España del Virreinato del Perú. El jerezano y poeta Juan Arias de Villalobos, fue un presbítero secular del Arzobispado de Méjico a donde pasó a principios del siglo XVII.

Igual aserto consigna Guillermo Porras Muñoz en artículo que denomina "Viaje a Méjico del Marqués de Montesclaros y advertencias para su gobierno" (7). En la nota tercera expresa que la Virreina Ana de Mesía Mendoza, a su regreso del Perú, falleció en alta mar y fue enterrada en La Habana. Parece que este dato se lo proporcionó Miguel Lasso de la Vega, Marqués del Saltillo. Además, coincide esta afirmación con la que trae Diego Gutiérrez Coronel en obra recientemente publicada (8). En el tomo segundo, refiere que Montesclaros de su primer matrimonio tuvo un hijo que murió niño, que la madre falleció joven y en la travesía marítima y que su cadáver fue depositado en La Habana.

Como se advierte, son diversos los conductos que afianzan que el de-

---

(6).—*Manuel Romero de Terreros. — Bocetos de la Vida Social de Nueva España.* México D. F. — 1944.

(7).—*Revista de Indias.* Nº 27. — Recuerda que vino en nao Capitana que comandaba el General de Galeones Fulgencio de Meneses; se embarcaron en Cádiz el 28 de junio de 1603 con treintitrés de sus criados. El trayecto de España a la isla de Guadalupe se hizo en 32 días; fondeó la flota en dicha isla para hacer aguada, sobrevino temporal contrario y por estar muy metidas a tierras se perdió la Capitana en que venían el Virrey y la Marquesa, y la mayor parte de la ropa sin escapar ningún género de bastimentos.

(8).—*Diego Gutiérrez Coronel. — Historia Genealógica de la Casa de los Mendozas.* — Cuenca 1946. Tomo II p. 422.

ceso de la primera mujer de nuestro Virrey ocurrió en el Caribe, cerca de Cuba, cuando la familia retornaba a España, lo cual implica el haber vivido en Lima durante los ocho años cumplidos del gobierno de su esposo y que, por consecuencia, no llegó viudo como lo establece el autor del *Diccionario Biográfico.*

No he podido investigar cuál es el origen de tal aserto y que en verdad es sugestivo el perseguirlo, para saber de dónde ha provenido. Mas no obstante de existir estas coincidencias en los autores nombrados, me avecino al convencimiento de que el Virrey llegó de Nueva España viudo, o por lo menos sin su esposa, y que la aseveración que emite Dn. Manuel de Mendiburu es cierta. Me asisten para estar de su lado las siguientes razones:

Ante todo, se sabe perfectamente que el sucesor del Conde de Monterrey, al hacerse cargo del Virreinato del Perú, usó para su venida la vía del Pacífico. En Vicente Riva-Palacio, en "México a través de los Siglos" (9), se encuentra: "Embarcóse en Acapulco a principios de agosto de 1607". A mayor abundamiento, en carta que guarda el Archivo de Indias y que escribiera Montesclaros al Rey fechada en Paita el 19 de octubre de 1607, dice: "...salí del puerto de Acapulco a los 6 de agosto, después de lo cual he hecho mi navegación y aunque con ruines y ásperos temporales, fue Dios servido de traerme al puerto de Manta a los 8 de setiembre y teniendo relación de que en este reyno ay paz y quietud, seguí mi viaje hasta el puerto de Paita donde aora me hallo con intento de continuar la navegación hasta el Callao..." (10).

Por lo antedicho, queda completamente descartado, el supuesto de que ocurriera la muerte de la Virreina durante la navegación, no al retorno a España, sino durante la venida al Perú, por la vía atlántica desde Veracruz a Portobelo, tocando antes en La Habana.

De otro sector, por los libros de actas del Cabildo Colonial, existe nuevo dato que desconcierta. En la sesión celebrada el 30 de octubre de 1607 se determinó comprar un caballo blanco de propiedad del Alcalde Jusepe de Ribera para darlo a la señora Marquesa de Montesclaros en el día de su recibimiento (11). Es extraño que en Lima, donde se iban teniendo con frecuencia noticias por los chasquis de la costa y por los pataches que se despa-

---

(9).—*Vicente Riva Palacio. — México a través de los siglos.* Tomo II. Vol. II.

(10).—Esta carta ha sido publicada en la *Revista Histórica.* — Tomo XIX. Lima 1952. p. 222.

(11).—*Libros de Cabildos de Lima.* Descifrados por *Juan Bromley.* — Tomo XV (1606-1609). Lima 1947. — pág. 493 dice: "Se acordó, mando y determinó que se tome y compre un caballo blanco que tiene don Jusepe de Ribera, para darlo a la señora marquesa de Montesclaros el día de su recibimiento y entrada a esta ciudad por ser aproposito para ello y no se hallar otro mejor y para que lo concierten y hagan el precio dél, se nombró por comisario al dicho alcalde don Luis de Castilla, Alguacil mayor Francisco Severino de Torres y Martin de Ampuero a quien para ello se les dió comisión cumplida en forma".

Fray *Juan de Torquemada* en *Monarquía Indiana.* Ed. 1723. T. I. p. 272 trae un dato de interés: "Llegó el Marqués de Montesclaros a México en setiembre de 1603 con su mujer Ana de Mendoza, llegaron al pueblo de Orumba, en donde los recibió el Conde de Monterrey con grandísimo recibimiento y los aposentó en la misma casa en donde él vivía. Cuando entró en la ciudad de Méjico, detrás del Virrey, en su coche iba la Marquesa".

chaban, aún no se supiese al 30 de octubre, que la esposa del Virrey había dejado de existir, si así hubiese sido.

Pese a estos preparativos del Cabildo, induce a suponer que llegó a Lima el Virrey solo, sin su mujer, (a la que esperaba esta corporación hacerla montar vistoso caballo blanco el día de su recibimiento), el no citarla en absoluto, la descripción que de tal ceremonia hace Román de Herrera Maldonado. Esta ha sido publicada (12) por Dn. Juan Bromley en el libro *Evolución Urbana de la Ciudad de Lima.*

No es creíble que de haber llegado la Virreina no dijese palabra alguna de ella, ya que la descripción es minuciosa. Entre los pormenores hay un detalle revelador; cuenta que al entrar el Virrey el viernes 21 de diciembre de 1607, se le ofreció un caballo blanco con su sillón chapeado de plata y bordado con su telliz de terciopelo negro. El singular corcel comprado por el Cabildo para que luciera en él la Virreina, lo utilizaron para uso del Marqués.

A más de esta argumentación, da pie para imaginar que el Virrey estuviese viudo o muy libre en Lima desde su llegada, su vida amorosa en nuestra capital, no escasa en devaneos. La obra de Francisco Layna Serrano (13) *Guadalajara y sus Mendozas,* relata que fuera del matrimonio tuvo una hija: Antonia María, fruto de la unión con Ana María de Salamanca. Crecida la niña, contrajo enlace con Jerónimo Buitrón, caballero de Santiago y Alcalde Mayor en Sevilla. Muerto el marido entró a monja en el Convento de las Dominicas - Descalzas de esa localidad.

Tuvo Montesclaros también en Lima otro desliz, del que vino al mundo Ana Ventura de Mendoza, la que casó en nuestra capital con Agustín de Uceda. Una tercera aventura, la conocemos por la importante obra, recientemente aparecida, de Guillermo Lohmann Villena: *Los Americanos en las Ordenes Militares* (14). Por ella sabemos que en 1612 nacía en Lima Antonio de Mendoza y Luna, hijo bastardo del Virrey, quien se lo llevó a España y lo mantuvo Colegial de los Manriques en la Universidad de Alcalá. Este hijo, cuyo expediente para tomar el hábito de Santiago está fechado en 1645, en aquel mismo año servía en Nápoles la plaza de Teniente de Maestre General.

La madre, Luisa de Mendoza, oriunda de Lima, pertenecía a familia de calidad. Era hermana del Santiaguista Francisco de Mendoza y Cisneros, nacido en 1582, cuya residencia habitual fue el Cuzco y deudo de las Casas del Infantado, Béjar y la Coruña. Los padres de ambos, fueron los madrileños Pedro González de Mendoza y Dña. Mayor de Olivares, que al pasar a Indias se avecindaron en Quito en donde tuvieron encomiendas, muriendo hacia 1620.

En las probanzas que siguiera en 1645 el hijo de Montesclaros, para lo-

---

(12).—*Juan Bromley y José Barbagelata. — Evolución Urbana de la ciudad de Lima.* 1945. — La descripción esta inserta al describir la calle del Arco. También se reproduce en *"Recibimientos de Virreyes en Lima". Revista Histórica.* Tomo XX. — 1953.

(13).—*Francisco de Laina y Serrano. — Historia de Guadalajara y sus Mendozas en los siglos XV y XVI.* (cuatro tomos). Madrid 1942.

(14).—*Guillermo Lohmann Villena. — Los Americanos en las Ordenes Nobiliarias.* (1529-1900). — Dos tomos. Madrid 1947.

grar título de Santiaguista, nos cuenta uno de sus testigos: Fray Buenaventura de Salinas y Córdoba, una anécdota atractiva. Refiere que conocía al pretendiente por ser primo de Beatriz de Salinas, casada con el Tesorero Pedro de Vergara. La casa de este matrimonio fue para el Virrey, de gran intimidad y confianza y por ello la escoge, como el lugar en donde debió criarse el niño; allí acudía embozado a visitarlo, por la reserva que precisaba.

El franciscano y limeño Salinas y Córdoba fue religioso de muchas campanillas. Nació en 1591, ocupó importantes cargos como Lector y Calificador del Consejo Supremo de la Inquisición, Comisario General de las Provincias de Nueva España. Autor del libro "Memorial de las Historias del Nuevo Mundo en el Perú". El Diario de Suardo lo cita varias veces y allí el P. Vargas Ugarte le dedica especial nota con datos biográficos en los que subraya algunos yerros de Mendiburu (15).

Este vástago de Montesclaros, que sirvó al Rey en Nápoles, que tuvo destacada actuación guerrera en las campañas de Flandes y que logró la venera en Santiago, indica se hallase el padre viudo cuando lo engendró porque siendo hijo adulterino, parece no hubiese logrado entrada en orden nobiliaria que imponía entre sus requisitos limpieza de sangre.

Nuestro historiador Guillermo Lohmann Villena, a quien le debemos diversos trabajos de calidad, puede en razón de tener los archivos españoles a su mano, disipar el enigma que hemos esbozado. La fecha del fallecimiento de Dña. Ana Mesía de Mendoza y Aragón, solucionaría el problema definitivamente. Creo que no sea difícil localizarla, puesto que Montesclaros dejó testamento suscrito en Madrid el 8 de octubre de 1628 ante el notario Diego Ruiz de Tapia. Otro pormenor aclaratorio lo darían las informaciones sobre la hija natural, que casó como ya vimos con Jerónimo Buitrón, cruzado santiaguista y Alcalde Mayor en Sevilla.

Antes de concluir emitiré una hipótesis, que estimo con visos de probabilidad y que resolvería los datos contradictorios reseñados. No es imaginable que la joven Virreina hubiese muerto en Méjico durante el gobierno de su marido. Un hecho de tanta importancia estaría consignado en las crónicas de la época y recogido luego por los historiadores modernos. Tenemos ejemplo e inmediato que viene a corroborar nuestra conjetura. La mujer del Virrey Diego Fernández de Córdoba, Marqués de Guadalcázar, murió en la capital azteca. Era austriaca, se llamaba Ana María Riederer de Baar, Condesa de Barajas (16). Fue sepultada con gran pompa en la Catedral y la oración fúnebre pronunciada por Marcos de Figueroa Vallecillo fue impresa en 1619.

Las razones antedichas inducen a pensar que el Virrey llegó al Perú solo. La separación de los cónyuges debió producirse en el momento de salir Montesclaros con rumbo al Callao. Motivos de diverso orden ya fuesen de salud o familiares, es presumible que obligaron al matrimonio a dividirse, ella encaminada a España y el Marqués con dirección a Lima, para en esta

(15).—*Diario de Suardo.* — Tomo I. pág. 182. — Véase también. *Gregorio M. de Guijo.* Diario. (1648-1664). — México.

(16).—El título de Conde de Barajas fue extendido en octubre de 1572 a favor de Francisco Zapata de Cisneros y Osorio.

capital cumplir con el mandato de gobierno que le había encomendado Felipe III por Cédula emitida en El Pardo el 22 de noviembre de 1606.

El deceso de la Virreina, ocurrido según las informaciones citadas en la travesía Atlántica, no sabemos de cierto su año, pero debió tener lugar en época cercana o paralela a los meses que ocupa el Virrey cruzando el Pacífico. Cuando éste llega a Lima, no se advierte indicio alguno de que tuviese conocimiento de la desgracia. Suceso de esa trascendencia, no es creíble pasase silenciado por el Cabildo, tan atento a todo pormenor en relación o que afectara al gobernante esperado (17).

Era primo el Marqués de Montesclaros de su primera esposa Ana Mesía de Mendoza y Aragón. Procedía del enlace de Rodrigo Mesía Carrillo, segundo Marqués de la Guardia, con Isabel de Mendoza y Mendoza, hermana entera del quinto Duque del Infantado. Nuestro Virrey, al terminar su mandato en el Perú, en donde aligeró no poco su presunta viudez, ya en la península ejerciendo cargos de gran responsabilidad de gobierno, contrae nuevas nupcias con su sobrina carnal: Luisa Antonio Portocarrero y Mendoza, hija de su hermana la Condesa de Palma del Río (18).

Solucion del enigma

Escrito el anterior artículo y conocido por Guillermo Lohmann Villena, tuvo la gentileza de investigar en los archivos españoles, siguiendo algunas pistas, para dilucidar la dificultad en él planteada. En primer término, compulsó el testamento del Marqués de Montesclaros, protocolizado bajo el Nº 2352 ante Diego Ruiz de Tapia y suscrito en Madrid el 8 de octubre de 1628.

El documento no arrojó mayor luz sobre la materia en debate, antes bien vino a generar nuevo embrollo. El testador puso de manifiesto el haber estado casado en primer vínculo con Ana Mesía de Mendoza y en segundos esponsales con Luisa Antonia Fernández Portocarrero, la que vivía a la sazón. La única hija de este enlace fue: Isabel Petronila de Mendoza y Portocarrero, Duquesa del Infantado (19). Respecto a su hijo nacido en Lima, declaró lo tuvo "fuera de matrimonio" y que por entonces estaba de colegial Manri-

---

(17).—Estas conjeturas escritas en 1948, demuestran cómo la verdad histórica está supeditada á continuas rectificaciones, a medida que van apareciendo fuentes desconocidas.

(18).—Francisca de Mendoza y Luna, la que llegó a ser quinta Marquesa de Montesclaros; contraje matrimonio en 1594 con Luis Antonio Fernández Portocarrero, tercer Conde de Palma del Río, Marqués de Almenara, General de la Caballería de Milán y Grande de España, murió en 1639. Dejó dos hijos: la citada Luisa Antonia, esposa segunda de nuestro Virrey Montesclaros, y Luis Andrés, quien murió en la vida de su padre y madre.

(19).—Se concertó matrimonio con el VII Duque del Infantado: Don Rodrigo de Vivar Sandoval y Mendoza (1614-1657); la abuela de éste, hizo tal arreglo de bodas con la niña, Marquesa de Montesclaros, mas ésta fallece a los diez años en 1629. Desde dos años antes se había capitulado ese vínculo, pero como murió Isabel Petronila, menor de edad, no pudo consumarse el matrimonio. Eso sí, fue enterrada en San Francisco de Guadalajara, considerándosela como Duquesa del Infantado. (V. *Cristina de Arteaga y Falguera.* — *La Casa del Infantado, Cabeza de los Mendozas.* — Madrid 1940. C. Bermejo. Impresor).

que en Alcalá (20). El Marqués murió a las seis de la tarde del nueve de octubre del nombrado año (21).

La declaración del Marqués en su testamento el día antes de morir, de haber tenido un hijo en Lima "fuera de matrimonio", implicaba el haber estado viudo en la capital del Virreinato. Como se colige, la compulsa del citado instrumento arrojó nuevo elemento de perturbación.

Continuando con la búsqueda, el autor de *Los Americanos en las Ordenes Nobiliarias* hizo un expulgo mucho más detallado en el expediente de santiaguista seguido por el hijo del Virrey y del que aparecía sólo extracto en el nombrado libro. Aquella pesquisa fue de verdad fructífera, pues resolvió una parte del problema. Las declaraciones de los testigos, todos taxativamente, expresaron que Antonio de Mendoza y Luna, nacido en Lima alrededor de 1612, era hijo bastardo del Marqués, que la madre Luisa de Mendoza era viuda y que el Virrey, tuvo al referido hijo siendo casado.

Entre los muchos declarantes figuraban criados del Virrey y entre ellos el Capitán Sebastián Romana, que lo fue durante su gobierno en el Perú, quien por razón de su oficio estuvo presente y conoció muy al pormenor las intimidades de la vida de su amo. Otro de los testigos, que residió en el Virreinato desde 1616 a 1635, agregó que Luisa de Mendoza no visitaba a la Virreina "como lo hacían otras señoras por la vergüenza y confusión de la opinión en Lima"; y en el mismo sentido atestiguaron el Padre Fray Buenaventura de Salinas y Córdoba y Diego de Careaga Fernández de Velasco, ex-corregidor de Andahuaylas.

Como si las anteriores confesiones no fueran suficientes, tenemos un último testimonio que es definitivo sobre la estadía de la Virreina en Lima. Micaela de Torres y Zúñiga fue camarera del Marqués de Montesclaros y se hallaba al servicio de su casa desde hacía medio siglo. Cuenta que al Virrey le nació el hijo Antonio estando casado, y como la Marquesa se enterase de que su marido iba disfrazado por las noches a ver a doña Luisa de Mendoza, "tuvo algunos enfados" y agrega que, antes de tener relaciones ilícitas con el Virrey, doña Luisa de Mendoza acudía como todas las otras damas de la sociedad limeña de aquel entonces a hacer compañía a la Virreina. Mas luego dejó de hacerlo para "excusar algun lance contingente".

Añade, además, que por esos días se dijo —utilizando un término desusado al presente— que doña Luisa estaba opilada y que luego ya no pudo ocultarse el que había tenido un hijo; lo que ocasionó que su hermano, el Caballero de Santiago Francisco de Mendoza y Cisneros, Corregidor sucesivamente en Cotabambas, Parinacochas, Azángaro y Asillo (22), se apartara de

---

(20).—Asi lo confirma el libro del *Marqués de Ciadoncha*. — *"Indice de los Colegiales del Mayor de San Idelfonso y Menores de Alcalá"*. Madrid 1946. El hijo del Marqués de Montesclaros: Antonio Mendoza Manrique, figura ingresado en 1627.

(21).—En Lima, conocida la noticia del fallecimiento de Montesclaros, el 4 de julio de 1629 se le hicieron en la iglesia Metropolitana, honrras con grande majestad y pompa, asistiendo el Virrey Conde de Chinchón y todos los Tribunales. Predicó el Dr. Bartolomé de Benavides, un sermón muy docto y elegante. (*Diario* de Suerdo. Tomo I.)

(22).—*Cotabambas*, en el departamento de Apurimac; se cambió el nombre de esta provincia por el de Grau en 1919; hasta 1873 perteneció al Cuzco. *Parinacochas*, provincia del departamento de Ayacucho. *Azángaro*, provincia del departamento de Puno. *Asillo*, distrito de la provincia de Azángaro.

su compañía avergonzado. Las declaraciones anteriores, ponen totalmente fuera de duda el estado civil del Virrey Montesclaros cuando vino a gobernar el Perú. Llegó casado, y de aquella viudez de que habló don Manuel de Mendiburu, desconocemos su origen o procedencia; es difícil indagar cómo se forjó tal noticia.

Su primera mujer, a la que burló tantas veces durante los años de residencia en Lima, era Ana de Mesía de Mendoza y Aragón, prima suya, hija del segundo Marqués de la Guardia, título concedido en 1566 a su abuelo, don Gonzalo de Mesía Carrillo. Su padre, contrajo matrimonio con Isabel de Mendoza y Mendoza, hermana del quinto Duque del Infantado. Su hermano, el tercer Marqués de la Guardia, de nombre Gonzalo Mesía Carrillo, gozó de los señoríos de Santofimia, el Viso y Terrafranca y casó con María de Mendoza y Cárdenas, hija del Conde de Monteagudo y primer Marqués de Almanzán.

La otra incógnita, la referente al lugar donde fallece la citada Virreina, también está resuelta. Efectivamente eran justificadas las versiones que afirmaban el haberle llegado su último momento en la travesía marítima, en el Atlántico, navegando rumbo a España.

Francisco López de Caravantes, uno de los contadores que instalan el Tribunal Mayor de Cuentas de Lima y autor de un manuscrito de valía: "Noticia General del Perú, Tierra-firme y Chile", que guarda la Biblioteca Real de Madrid (23), dejó también otro informe que se conserva en el Archivo de Indias de Sevilla (24), titulado: "Discurso segundo. La Variedad que a tenido la Administración por Mayor de la Real Hacienda del Perú, en cuanto a su jurisdicción en el Consejo y Virreyes y los que le han gobernado con algunos subcesos de los que an tenido; y lo que se les a ordenado por S. M. en esta rrazon y la excecusion que a tenido y la cantidad de ducados que le an rremitido desde el principio de la conquista hasta el despacho de la armada de 1618 y los daños que a padecido la Rl. Hacienda y el remedio que paresce se le deue aplicar" (25).

El nombrado discurso, que parece encaminado a lograr una mejora en la administración fiscal, en realidad es un bosquejo histórico del Perú en sus ocho primeras décadas, narrando breves noticias de las primeras y más extensas desde que fue observador directo de lo acaecido en el Virreinato a partir de 1596. Asistente a la época de Montesclaros la conoció en sus pormenores, por eso, para aquellos años, este documento es singularmente valioso. Entre las muchas referencias que allí se consignan, una nos muestra y da la clave de cómo ocurrió la muerte de la esposa del Marqués.

El último año de su gobierno, fue difícil, con graves inquietudes y momentos de zozobra, ocasionados por la incursión pirática de Spilbergen en las

(23).—Descripción de este manuscrito en: *P. Vargas Ugarte "Manuscritos Peruanos"*. Tomo I, pág. 288. Se halla dividido en cuatro partes: Gobiernos temporal, espiritual, de guerra y de hacienda. Fracciones de esta obra han sido publicadas por *Victor M. Maúrtua. Juicio de Limites entre Perú y Bolivia. Prueba Peruana* Tomo I. y *Virreinato Peruano* T. IV.

(24).—*Archivo General de Indias.* — Audiencia de Lima. Leg. 105.

(25).—Publicó este documento con un breve estudio introductorio *Engel Sluiter* en *The Hispanic American Historical Review.* Vol. XXV.

costas del Pacífico. La Compañía Holandesa de las Indias Orientales obtuvo la exclusividad de cruzar el estrecho de Magallanes y a este fin equipó una flota de seis barcos (26) bien tripulados, al mando del citado marino alemán ya famoso por sus andanzas en los mares del Asia. Zarpó de Texel en agosto de 1614 y por mayo del siguiente tenía cruzado el estrecho.

Recibidas en Lima las noticias que emitía desde Chile (27) su gobernador y Presidente Alonso de Ribera, de los daños y depredaciones hechos por el corsario en su costa sur, ordenó el Virrey, para hacerle frente, la salida de una escuadra de tres navíos a cuyo frente colocó a su sobrino y General del Callao, don Rodrigo de Mendoza (28).

No es del caso historiar aquella campaña marítima bien poco feliz, que culminó en el desgraciado combate a inmediaciones de las costas de Cañete acaecido el 17 de julio de 1615. La noche entró a poco de iniciado el encuentro de ambas flotas y la oscuridad engendró, más que las armas, tremenda tragedia. Después que la capitana pudo batir y echar a pique a uno de los barcos del corsario, desconoció en las tinieblas a su propio navío Almirante que comandaba Pedro Alvarez del Pulgar y trabó con él enconada refriega, hasta llegar a hundirlo. En la contienda también pereció nuestro patache cuyo capitán era Albendin, más uno de los barcos auxiliares, nombrado San Francisco, armado sólo con mosquetería.

Después de concluída tan desgraciada acción de armas, en donde los barcos se dispersaron buscando refugio, a fin de reparar sus averías, la Capitana retornó al Callao con la noticia de la catástrofe, la que produjo consternación en la capital del Virreinato. En momentos tan angustiosos, Spilbergen se presentó delante del puerto; mas luego de sostener breve cañoneo con sus defensas se retiró a la isla de San Lorenzo para descansar, arregló los daños sufridos y ocho días más tarde, levaba anclas rumbo al norte.

Era natural que la ruina padecida por nuestras naves en el combate aledaño a la costa de Cañete, repercutiera en contra del prestigio del gobierno de Montesclaros y así lo constata López de Caravantes cuando dice: "Todas estas acciones tuvieron su calumnia porque los desaficcionados del Marqués (que nunca les falta a los virreyes porque no pueden contentar a todos)

---

(26).—*Felix Reisenberg.* — *En "Cabo de Hornos"* ed. en Bs. As. — 1946; estudia la expedición de Spilbergen. La empresa naviera comenzó en agosto de 1614 y salió al frente de los barcos: Gran Sol. Luna Llena. Cazador. Gaviota. Eolo y Estrella de la Mañana, zarpando del puerto de Texel. Esta flota fue la primera que despachara a Tierra del Fuego la *Dutch East India Company.*

(27).—*Diego Barros Arana,* en su *Historia General de Chile,* proporciona muchos datos sobre la acometida del corsario Spilbergen en la costa chilena. Complementa esto, las noticias que ofrece *Vicente Dagnino* en su obra *El Corregimiento de Arica,* editado en 1909.

(28).—Rodrigo de Mendoza, sobrino del Virrey y Caballero de Calatrava, siguió ocupando, después de su fracaso, muchos cargos principales en el Virreinato; entre otros, fue Gobernador del Asiento Minero de Huancavelica de 1640 a 1643. Se casó con Elvira de Vargas Carbajal y Ribera, nieta del primer Alcalde de Lima, Dn. Nicolás de Ribera, por la rama de su tercera hija mujer: María, casada en segundas nupcias con Alonso de Vargas Carbajal. (*José de la Riva-Agüero. — El Primer Alcalde de Lima y su Posteridad.* p. 52). — Interesantes datos sobre esta boda celebrada en Lima en agosto de 1609, los proporciona *Luis A. Eguiguren* en su *Diccionario de la Universidad de San Marcos.* Tomo II pg. 734. Rodrigo de Mendoza nació en Guadalajara y era hijo de Juan de Balza y Cabta c.c. Mariana de Mendoza.

le capitularon licenciosamente, desayudándole la cédula ordinaria para que diese fianzas de estar a derecho de su residencia, cosa que nunca se había practicado con los virreyes pasados, pero que en esta vez se puso en ejecución".

Lo anterior patentiza que la autoridad del Marqués y su valimento se hallaban minados, cuando tuvo que someterse a este vejamen innovador y ratifica un ambiente desfavorable, bien en su contra en aquellos momentos, este pasaje que lo consigna un contemporáneo— Vásquez de Espinosa— (29), el que dice: "por haber entrado el enemigo holandés el dicho año (1615) en aquel mar, que fue el último que gobernó el Marqués de Montesclaros, por el *gran descuido* con que se había vivido y hallándose en gran confusión el Reyno, por no haber defensa en él de piezas de artillería, ni municiones, el príncipe de Esquilache para remediar algo de la necesidad que había, mandó hacer dos fuertes o baluartes..."

Igual resquemor y dolerse por el abandono anterior, subraya Esquilache en su Memoria de Gobierno. No podía olvidarse el peligro en que estuvo cuando, navegando rumbo al sur, se halló en esa oportunidad a punto de ser sorprendido por el pirata. En el relato de este Virrey, en el capítulo Guerra, se formula acusación, no tácita sino expresa, de negligencia. Narra, que inmediatamente de tomar el mando, tan sólo habiendo pasado tres días de su entrada a Lima, retornó al Callao para ponerlo en defensa, "haciendo armada efectiva de lo que antes era tan solo de nombre" y con franqueza pormenoriza su inspección. En ella constató la existencia de únicamente un cañón reforzado, dos pequeños de fierro colado y uno recién fundido que reventó en la prueba. Continúa con similares reproches al ocuparse y describir los galeones en estado de servicio.

El infortunio del combate en Cañete, el natural desprestigio de todo gobierno cuando alcanza sus postrimerías, las venganzas de enemigos que se actualizaban de manera viva en el régimen colonial con ocasión del Juicio de Residencia y el afán que tuvo Esquilache en deslindar responsabilidades, poniendo el dedo en la llaga por los descuidos guerreros de su antecesor, tornaron los últimos meses de su permanencia en Lima, de agradables en amargos y de congoja. Estos motivos lo debilitaron y enfermó.

Caravantes textualmente escribe: "Embarcose convalesciente el Marques y la señora Marquesa con enfermedad declarada de que murió dos días despues de salir la armada de Cartagena para la Havana a donde llevaron su cuerpo que se depositó en el Convento de San Francisco (30) con honra militar de gran demostración y el Marques llegó a desembarcar en Lisboa impedida la armada de grandes tormentas" (31).

---

(29).—*Antonio Vásquez de Espinosa. — "Compendio y Descripción de las Indias Occidentales.* — Washington. 1948. — p. 424.

(30).—El Convento de San Francisco se fundó en 1574 y narra su historia: *José Martin Felix de Arrate* en *"Llave del Nuevo Mundo"* obra que se escribió a mediados del siglo XVII y que se editó por primera vez en 1830.

(31).—Montesclaros firma su Memoria de Gobierno en mayo de 1616, lo que prueba que estuvo en Lima hasta esa fecha. Debió de embarcarse en el Callao por julio del nombrado año, mes en que se despacha la Armada del Pacífico. Debió de hacer la travesía Atlántica, en los Galeones de retorno que comendó el General Tomás de la Raspur.

Queda así confimrada la noticia aparecida en varios autores de que la muerte de la Virreina acaeció en la travesía Atlántica en mares del Caribe y que sus restos los sepultaron en la capital de Cuba. Su estadía en Lima, fue la misma que la del Marqués, mas debió en esos años padecer reiteradas veces el tormento de los celos que le ocasionaba su marido, quien si fue modelo de capacidad administrativa, no se muestra deslucido en su aspecto de virrey galante, tanto, que se le puede comparar con los dos que en ese terreno han dejado mayor renombre: el Conde de Nieva y Manuel de Amat.

Finalicemos con una pincelada psicológica, escrita por Fray Juan de Torquemada, quien dibuja o describe así el carácter de Montesclaros: "Era el Marqués, hombre determinado y ponía mucho pecho a todo lo que emprendía. Era alegre y gustaba de fiestas y animaba a los de la ciudad a que las hicieran y era el primero en ellas. Era de muy buena razón y entendimiento". En cuanto a su modalidad donjuanesca, le venía por herencia. En su estirpe, en la extendida familia de los Mendozas, precisando, en la línea de los Duques del Infantado (32), la historia recuerda a diversos que lucieron este título, cuyas costumbres no fueron arquetipo de templanza ni espejo de fidelidad conyugal.

(32).—Voy a citar solamente dos ejemplos, que ofrece la crónica de liviandad en el importante linaje de los Mendozas. El primer Duque del Infantado, Don Diego Hurtado de Mendoza, casó dos veces; la primera con Brianda de Mendoza y Luna, con diez hijos legítimos y la segunda con Isabel Pereyra Enriquez de Noroña. De este enlace le nacieron dos hijas. Además, tuvo en su barragana, Juana de Lazarte, tres hijos reconocidos y el Duque confesó en su testamento, otra hija, de cuya madre no dió el nombre. Su nieto, el tercer Duque del Infantado, casado en 1491 con María Pimentel, dejó en su legítima mujer cinco hijos é ilegítimos siete. De los legítimos, el segundo: Rodrigo de Mendoza Pimentel, fue el primer Marqués de Montesclaros, abuelo de nuestro Virrey.

POETA

por PABLO GUEVARA

Venid moscas, aquí
un pueblo de begonias y la tierra amarilla
sostienen su cabeza.

Sus libros, cada día
se hunden en el desierto, fríos.

Y acaso alguna vez
para hombres que han aguardado mucho,
sus huesos que esperaron,
al prodigio del viento
rebroten de sus vísceras.

Y se ilumine el mundo.

Lima, 1953.

Perfil moral de Martí *

por ***EMILIO CARILLA***

INTRODUCCION

El referirse a la personalidad moral de Martí tiene una ventaja y una desventaja visibles. Ventaja, en cuanto los materiales se nos imponen con una abundancia inusitada: Martí está sostenido por una poco común base ética, y esa base se proyecta por todos los resquicios de su personalidad (personalidad en la cual brillan con nitidez el político y el escritor, con frecuencia dos facetas de una misma dirección). Precisamente, el escritor trae hasta nosotros muchos comentarios o referencias a la propia acción con claridad que ayuda de manera extraordinaria y hace cómodos comentarios posteriores.

Ni aún la cercanía en el tiempo es aquí obstáculo para percibir la vigorosa contextura de su ser moral. Al desvanecerse la hojarasca de mucho ditirambo queda sin embargo en pie, como el primer día, un perfil nítido. Con José Martí no ocurre lo que con muchos otros próceres americanos, ligados a los vaivenes de una posteridad pendular. Por el contrario, en él gana cada día trechos firmes un ahondamiento, una penetración que defiende al patriota cubano de posibles retaceos. Paso al otro extremo. Desventaja hay, pero aclaro que la desventaja proviene en este caso de lo frecuentado del camino. Como no podía ser menos, Martí ha determinado una de las bibliografías más abultadas que existen sobre hombres americanos. A esa "literatura" nutridísima ha contribuído, en primer término la atracción del hombre. Atracción que proviene —a su vez— de la riqueza de Martí. Círculo cerrado, como vemos. Y, también en esa relación y por lo que significa Martí para Cuba, por el culto —no hay otra palabra—, por el culto, repito, que se rinde en su patria a Martí. (Y que ha trascendido, en realidad, al continente). Ofrendas de todo tipo, entre las cuales abundan —es explicable— las literarias. En ellas, en un homenaje permanente, no podía olvidarse la personalidad moral de Martí.

Resumo: la desventaja proviene de lo marcado del camino. Vale decir, que el inconveniente es más aparente que real, puesto que se apoya sólo en la maciza atracción del tema, tema sostenido —si no por libros— por numerosos estudios y aún por la prédica oral. Sin embargo, me atrevo al tema convencido de que hay siempre en el filón martiano metal de sobra para tentar nuevos buceos. Quizás también porque hace falta detenerse de vez en cuando y limpiar relieves o cultivar flores secas que se amontonan —en la profusión y variedad— sobre el busto del prócer y ocultan, así, sus líneas.

Martí, a pesar de su relativa distancia en el tiempo, ha pasado por todos los grados del homenaje. Camino explicable; por lo menos, más explicable en nuestro continente, donde es común el proceso de "deificación" de los próceres, al amparo de una no siempre justificable exaltación conmemorativa

(*).—Conferencia leída en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán, el día 19 de mayo de 1953.

o patriótica. Claro que hay aquí hasta límites extremos, que no es necesario traer como ejemplo. Sin llegar a intencionados enfoques (pretextos para visibles fines), dejemos que otro tiempo —un tiempo que es arena fina en manos de hombres capaces— ponga orden en las tablas de valores de América.

Si por ningún motivo —y menos por causas "escolares"— se justifica esa retórica, en el caso de José Martí se desdibuja aún más frente a la realidad viva de su existencia. Su biografía, bien conocida y documentada, es el testimonio por excelencia que nos revela la exacta medida del hombre. Uno de los mejores estudiosos de Martí —Don Isidro Méndez— escribió así, con exacta sencillez:

> "Podemos acercar el héroe a los lectores sin miedo que se decepcionen. No acontece con el apóstol cubano como con otros hombres que han señalado su vida con algo imperecedero, y hacia quienes, sintiéndonos atraídos por la simpatía que nos despertaron con su lectura o la contemplación de su obra, a medida que a ello nos hemos ido acercando, por los relatos de sus contemporáneos, por el conocimiento directo o por referencia, si aún viven, enfriaron nuestro entusiasmo la vulgaridad de sus personas o la deformación de sus prendas morales, que esperábamos entrambas a la altura de sus obras" (1).

Perfil moral

La búsqueda de las grandes virtudes que dan el sello al ser moral de Martí no supone un trabajo muy arduo. Por el contrario, ellas se imponen con la misma claridad que ilumina y hace transparente el cuerpo del patriota. Por si esto fuera poco —repito—, una nutridísima bibliografía ayuda hoy a los que quieran incursionar por el rico campo martiano.

No recurriré sino raramente a esa bibliografía. La razón es obvia: el propio Martí nos facilita la tarea con su abundante obra escrita. Abundantísima, en su vida relativamente breve y en su acción, aunque muchas veces la palabra no es en él sino acción escrita. De ahí también que, con frecuencia, sea Martí el que nos dé, limpiamente y sin llaves, la mejor explicación. Recurrió, así, a su prosa de limpidez ejemplar:

> "Si me preguntan cuál es la palabra más bella, diré que es Patria; y si me preguntan por otra casi tan bella como "Patria", diré "Amistad" (2).

Aquí —creo— marca ya, de manera firme, las dos direcciones fundamentales en la vida de Martí; el amor a la Patria y el sentimiento de la amistad.

Otras virtudes —como veremos— podrán señalarse en Martí, pero ninguna que llegue a aparearse en lo que significaron— a aquellas dos. Amor

---

(1).—Isidro Méndez, *José Martí, Madrid,* 1925, pág. 62. Cf., también, Manuel Pedro Gonzáles, *Fuentes para el estudio de José Martí,* La Habana, 1950, pág. 6—7.

(2).—Cit. por Agustín Guerra de la Piedra, *El sentimiento de la amistad en José Martí,* en *Archivo José Martí,* Nº 12, La Habana, 1948, pág. 194.

a la Patria y sentimiento de la amistad son los ejes que sostienen la personalidad moral de Martí.

Amor a la Patria

Hablar del amor a la Patria en Martí es hablar, en realidad, de toda su vida. Porque toda su vida es una permanente ofrenda a la Patria, y sólo se cierra —iniciada la lucha libertadora— con la muerte del patriota. De pocos como de Martí puede decirse que la Patria se hizo carne en él, y la frase se limpia —al aplicarse al cubano— de ese moho que tienen comúnmente las frases hechas de las recordaciones. En Martí, así, el sentimiento de patria alcanza excelencias de primera virtud.

A su vez, es de rigor decir que esta preeminencia patriótica en Martí se explica —en parte— por el carácter de la ofrenda martiana en relación a la situación política de Cuba. Desde que Martí alcanza, en temprana edad, a comprender la situación cubana, nace en él —como en tantos otros cubanos— la idea de la patria libre. La vida de Martí es así una vida regida, en su totalidad, por la situación de Cuba. Manojo de energías en un cuerpo enjuto y una mente lúcida, dedicado a la independencia de la isla.

En ocasiones trazamos —a un lado de la realidad tangible— "vidas" posibles de grandes hombres, fuera —por lo tanto— de la línea que llegaron a vivir. Entre juego y fantasía, vida imaginada por encima de datos y fechas, vida proyectada en perspectivas nuevas.. ¿Cómo hubiera sido Martí después de la independencia de Cuba? El juego no deja de tener sus peligros, pero sirve —por lo menos— para destacar una vez más que el cauce es el que marca el camino de los ríos, al mismo tiempo que es el río el que labra su cauce. El ardor de patria de Martí se hubiera volcado, indudablemente, en la organización, del país; en su Cuba abierta a la dignidad, cordial, pero celosa de tutelas que pudieran cercenar su soberanía. Hombres como Martí no pasan nunca en vano, aunque su sino se cumpliera en la prédica de independencia. Por ella luchó, a ella dedicó sus mejores esfuerzos y por ella murió.

La biografía de Martí —remarco— es la biografía de una ofrenda. Hasta la precocidad del cubano destaca aún más su carácter; sin tener en cuenta maravillas tempranas y posibles (y en Martí pueden creerse mejor que en otros), a los dieciseis años se distinguen ya las dos direcciones fundamentales en la vida de Martí: la del patriota y la del escritor. No es fortuita, ciertamente, la coincidencia que debe verse entre los primeros trabajos periodísticos de Martí y su primera prisión y condena. Desde comienzos de 1869 —es decir— cuando aún no ha cumplido los diecisés años —hasta 1895— año de su muerte—, asistimos a la nítida trayectoria.

Conmutada la primera condena, es deportado a España en 1870. Desde 1871 hasta 1874, Martí realiza estudios universitarios en España y, lo que es más, escribe folletos de propaganda como *El presidio político en Cuba* y como *La República Española ante la Revolución Cubana.* En 1875 llega a México; en 1876 se dirige a Cuba por asuntos familiares y vive allí muy poco tiempo ya que en 1877 se instala en Guatemala.

En 1877 vuelve a México para casarse, y, en 1878, de nuevo, Cuba. Abogado, profesor por poco tiempo. De nuevo, la deportación a España.

En 1880 se embarca para Nueva York y desde este año —salvo una breve residencia en Venezuela— Martí vive en los Estados Unidos o bien en la región del Caribe que bordea Cuba dedicado casi íntegramente a su obra revolucionaria. Para precisar aún más su prédica: en 1887, y con intensidad creciente hasta 1895, comienza su período de mayor actividad política, jalonado de cargos representativos en el Partido Revolucionario Cubano, de propaganda oral y escrita... Así, hasta 1895, a poco de la orden de insurrección, año en que se troncha, en la oscura escaramuza de Dos Ríos, la vida del que más había hecho por la independencia de Cuba.

La brevedad esquemática de esta cronología biográfica —aún como esquemática y en general, bien conocida (3) —muestra cuánto pesaba en el cubano la realidad de su patria.

Cuba llena la vida de Martí; Cuba, magnificada, exaltada por el nombre particularísimo momento de la vida del país ("Cuba, mi único sueño", escribió en 1892).

Cuántas páginas suyas llevan el nombre de Patria!

> "A la Patria —escribió otra vez— no se la ha de servir por el beneficio que se pueda sacar de ella, sea de gloria o de cualquier otro interés, sino por el placer desinteresado de serle útil" (4).

Pero no se trataba en él de frases ficticias nacidas al calor de un instante. La palabra nace en Martí caliente de la acción y a la acción va la palabra para darle nueva vida. Por eso dijo, insatisfecho en su sacrificio, y cerca del final del camino:

> "De Cuba ¿qué no habré escrito? Y ni una página me parece digna de ella; sólo lo que vamos a hacer (es decir, la Revolución de Independencia) me parece digno" (5).

Exaltación de Cuba, aunque esto suponga a menudo ataques a España... Sin embargo, Martí es —aún aquí— enemigo singular. Pudo él escribir, y los hechos no lo desmienten:

> No hiero al mismo español,
> de quien la sangre heredé... (6).

---

(3).—Puede verse, como buen ejemplo, el itinerario biográfico elaborado por Félix Lizaso, distinguido martiano (ver *Martí, místico del deber*, ed. de Buenos Aires, 1940, apéndice; y ahora en el folleto *Camino de Martí, De Paula* 102 *al Campo de Dos Ríos*, ed. de La Habana, 1953).

(4).—José Martí, *Patria e Independencia*, en *Obras completas, I, La Habana*, 1946, pág. 411. Todas las referencias que se hagan a las *Obras Completas de Martí* corresponden a los dos volúmenes ordenados por Isidro Méndez y publicados por la Editorial Lex en La Habana, 1946.

(5).—Carta a Gonzalo de Quesada, fechada en Montecristi, 1º de abril de 1895. En *Obras completas*, 1, pág. 5.

(6).—*Néstor Ponce de León*, en *Versos varios* (*Obras completas, II*, pág. 1486).

Y en líneas de su prosa:

"No hemos de olvidar que si españoles fueron los que nos sentenciaron a muerte, españoles son los que nos han dado la vida".

Naturalmente, Martí también ve —como otros espíritus singulares— las "dos Españas". Contra una de ellas combate y por causa justificadísima. Además no ovidemos que no podía hacerse la Guerra de Independencia elogiando a la metrópoli. Pero aún así, oigámoslo una vez más en el famoso "Manifiesto de Montecristi":

"La guerra no es contra el español, que, en el seguro de sus hijos y en el acatamiento a la patria que se ganen, podrá gozar respetado, y aún amado, de la libertad, que sólo arrollará a los que le salgan, imprevisores, al camino". (7).

La amistad en José Martí

Con Martí —como con todos aquellos que son conocidos como próceres antes quizás que como escritores —ocurre que el primer contacto que se tiene del hombre parece a través de una historia más o menos solemne. Claro que si no se trata sólamente de un gran patriota sino también de un gran escritor —y de un escritor ligado íntimamente al patriota— el conocimiento parcial, por completo que sea, restringe el perfil nítido del hombre.

Así, ciertas notas insistentes en el escritor corroboran rasgos salientes de la humanidad que les da vida. Nada mejor, para ejemplificar esta aseveración, que el detenerse en la importancia que el sentimiento de la amistad adquiere a lo largo de toda la existencia de Martí.

En versos que los cubanos repiten de memoria —¿y por qué no los conocerán todos los que hablan español?— aparece con frecuencia la alusión al "buen amigo" y al "amigo sincero".

En España:

Para Aragón, en España,
tengo yo en mi corazón
un lugar todo Aragón,
franco, fiero, fiel, sin saña.
Si quiere un tonto saber
por qué lo tengo, le digo
que allí tuve un buen amigo,
que allí quise a una mujer.

(*Para Aragón, en España...*) (8)

(7).—El manifiesto lo firman Martí y Máximo Gómez, pero fué redactado por Martí. (Ver *Obras completas*, I ,pág. 241). En otra pág. anterior:
"Jamás echaremos de nuestro lado, antes llamaremos con voz honrada y los brazos de par en par abiertos, al hijo de España que nos ayuda a reedificar el pueblo que sus compatriotas destruyen..." (Discurso —1888—, en *Obras completas I, pág.* 367).
(8).—Martí, *Versos sencillos* en *Obras completas*, II, págs. 1353-1354.

Aquí el amigo es sin duda el pintor Gonzalvo, recuerdo vivo del primer destierro de Martí, en España.

En México:

Tiene el leopardo un abrigo
en su monte seco y pardo:
yo tengo más que el leopardo,
porque tengo un buen amigo.

Duerme, como en un juguete,
la mushma en su cojinete
de arco del Japón. Yo digo:
no hay cojín como un amigo.

Tiene el conde su abolengo,
tiene la aurora el mendigo,
tiene ala el ave: Yo tengo
allá en México un amigo!

Tiene el señor presidente
un jardín con una fuente
y un tesoro en oro y trigo:
tengo más, tengo un amigo.

M.N.P. - MUSEO NAVAL DEL PERU - Biblioteca - M. Julio J. Elías Murguía

(*Tiene el leopardo un abrigo...* (9)

Fijan estos versos —no tan felices como los de España— su amistad con Manuel Mercado: alta amistad de Martí.

En fin, en otras páginas de los *Versos sencillos escribió*:

Si dicen que del joyero
tome la joya mejor,
tomo a un amigo sincero
y pongo a un lado el amor. (10).

Los versos de Martí, aunque no tuvieron en su tiempo la difusión que merecían, conservan, por encima de contingencias personales, su permanente canto a la amistad. La palabra "amigo" late firmemente y aún la conservan poesías como la famosa *Rosa blanca*:

Cultivo una rosa blanca,
en julio como en enero,
para el amigo sincero
que me da su mano franca... (11).

(9).—Martí, *Versos sencillos*, en *Obras completas*, II, págs. 1362.
(10).—Martí, *Yo soy un hombre sincero...*, en *Versos sencillos* (*Obras completas*, II pág. 1351).
(11).—Martí, *Versos sencillos*, en *Obras completas*, II, pág. 1361.

Pero no sólo en sus versos: en su prosa, en la afinada prosa de Martí, el "amigo" y la "amistad", referidos ahora a hombres y casos concreto, recorren prácticamente el extenso camino que marca toda la obra escrita de Martí.

En una ocasión, al comparar la amistad y el amor, dijo:

> "La amistad es tan hermosa como el amor: es el amor mismo, desprovisto de las encantadoras volubilidades de la mujer" (12).

En una carta, dirigida a su amigo Fernando Figueredo:

> "El amor lo premió a Ud. y le da ese aire de rey con que publica sin querer la hermosura de su hogar. La amistad me premia, a mí, que es otro modo del amor" (13).

Quizás para algunos estos juicios —y otros semejantes que pueden agregarse— respondan, en Martí, a una realidad concreta, señalada precisamente en su vida: buenos amigos, y no muy feliz matrimonio. La verdad es que Martí está siempre por encima de contingencias inmediatas. No hay oposición entre amistad y amor —no puede haberla— y la auténtica amistad, con minúsculas alas, puede volar un poco, sobre el pie en la tierra del amor físico.

La vida de Martí —repito— fué una exaltación de la amistad. Un crítico llega a escribir que "la trayectoria cívica de Martí es la historia de sus amistades" (14). Quizás fuera más exacto decir que las virtudes martianas —dentro de las cuales ocupa la amistad lugar principalísimo— encontraron, como no podía menos que ocurrir, correspondencias extraordinarias.

El primer hecho de trascendencia política en la vida de Martí nos revela ya el sentido que daba a este sentimiento. Punto de arranque de una doble vía —vías vinculadas y paralelas— que recorren toda su vida: Patria y amistad. Es el episodio de la carta a Carlos de Castro y que liga fuertemente los nombres de Martí y Fermín Valdés Domínguez, episodio que — a los dieciséis años— le vale la condena a seis años de prisión, condena en parte conmutada por la deportación a España.

En España, la gran amistad es el pintor Gonzalvo. En México, la gran amistad de Martí fué Manuel Mercado; algo menos, la de Gutiérrez Nájera, de base fundamentalmente literaria.

En Estados Unidos, el Cónsul del Uruguay, Enrique Estrázulas y sus compañeros cubanos, los cubanos emigrados que preparaban la emancipación de la patria: Gonzalo de Quesada, en primer término. En fin, ya en el umbral de la muerte, Máximo Gómez, Antonio Maceo, Federico Henríquez y Carbajal... (Las letras más grandes en la amistad de Martí: Valdés Domínguez, Mercado y Gonzalo de Quesada).

---

(12).—Martí, *Escenas mexicanas*, en *Obras completas*, II, pág. 781.
(13).—Martí, *Obras completas*, II, pág. 1817.
(14).—Octavio R. Costa, *El sentimiento de la amistad en José Martí*, en *Archivo José Martí*, Nº 12,, La Habana, 1940, pág. 107.

¿Dónde se apoyaba la firmeza y continuidad del sentimiento en aquel cubano que supo ganar tántos y tan buenos amigos?

Se piensa de inmediato en el patriota, en la grandeza cívica del hombre y hasta en su sentido del sacrificio. Pero estas cualidades, en sí, dan admiradores más que amigos. La amistad es sentimiento mutuo, de vinculación más pareja.

Sí, la fortaleza en la amistad de Martí se apoyaba en dos bases inconmovibles: sinceridad y desprendimiento. Pidió y, sobre todo, dió estos tributos a la amistad. De nuevo aquí nos sirve la palabra escrita, con la aclaración de que ella es siempre, en Martí, comentario y sostén humano, resonancias que no oculta la música de la frase.

Hemos citado versos. Ahora conviene la línea ceñida de la prosa:

"Aborrezco a la falsedad de la vida, y sólo amo a quien tiene el valor de vivir con el agradecimiento y la verdad. Quiérame —escribe a un amigo (15)— porque le veo entera su grande alma.

Y porque no hay una mancha en mi existencia, ni interés en mi virtud, ni rencor en mi justicia, ni amor patrio, ni sentimiento en mí que no pueda ponerle a su recién nacida en la almohada..."

Y fuera del epistolario, entre muchos testimonios semejantes:

"Una gran prueba de la excelencia de los griegos es el valor que daban a la amistad" (16).

"... no hay más viejos que los egoístas; el egoísmo es dañino, enfermizo, envidioso, desdichado y cobarde" (17).

Espíritu de justicia

El hecho fundamental de que Martí concentre sus energías en la liberación de Cuba no anula otras virtudes cívicas del hombre, virtudes que, como el repudio de toda tiranía, pudieron asomar con mayor claridad fuera de aquella dirección. Porque si es verdad que es común ver unidas la sujeción política y el despotismo, también es verdad que pueden darse multitud de variantes en este machacado hierro.

De ahí que sea más conveniente buscar actitudes de Martí frente a la tiranía fuera de Cuba. Siquiera para mostrar nuevas perspectivas y para ver precisamente, al margen de un ideal como el de la libertad de su patria, que podía nublar —si es que podía— el pensamiento de Martí; nueva perspectiva para ver —repito— su reacción.

Dos episodios nos servirán. Uno, en Guatemala; el otro, en Venezuela.

(15).—Martí, carta a Fernando Figueredo —1892—. En *Obras completas*, II, pág. 1817.

(16).—Martí, *Notas en cuadernos de trabajos*, en *Obras completas*, II, pág. 1670.

(17).—Martí, *Retorno a Cuba*, en *Obras completas*, II, pág. 1797.

En 1877 se dirigió a Guatemala y a poco de estar allí consiguió un puesto de profesor en la Escuela Normal Central, dirigida por su compatriota José María Izaguirre.

Guatemala ha quedado fijada en la biografía de Martí por dos episodios importantes: uno, sentimental —muy conocido—, el de "La niña de Guatemala", sostenido en la bella poesía del poeta; otro, menos difundido, que muestra la altura moral del hombre ante la injusticia cometida contra José María Izaguirre.

Izaguirre, que tiene la oposición de los partidarios del caudillo Justo Rufino Barrios, se ve obligado a renunciar. El propio Izaguirre ha contado el episodio y la actuación de Martí en la emergencia.

—Lo que han hecho con Ud. es una cosa indigna. Voy a presentar mi renuncia inmediatamente —dice Martí.

—No haga Ud. semejante locura —le contesté—. Si el sueldo de que aquí goza es el único recurso con que cuenta para mantenerse y mantener a su esposa a qué queda Ud. atenido si lo renuncia?

—Renunciaré —me respondió con firmeza— aunque mi mujer y yo nos muramos de hambre. Prefiero esto a hacerme cómplice de una injusticia" (18).

Años después, en 1881, Venezuela. Martí viaja al continente sudamericano y encuentra de nuevo protecciones y amigos. Hombres como Martí son útiles en todas partes. Es profesor de literatura en el colegio de Guillermo Tell Villegas, en Caracas, y allí funda la *Revista venezolana*. Entre otros artículos de la *Revista*, publicó Martí su elogio de Cecilio Acosta, elogio que no es aprobado por Guzmán Blanco, dictador de Venezuela. Así termina la *Revista* en su segundo número y así debe otra vez Martí cambiar de tierras, a mediados de 1881.

Al despedirse, devuelve suscripciones y regala los números publicados. Escribe también a su amigo Fausto Teodoro de Albrey párrafos sentidos:

> "Muy hidalgos corazones he sentido latir en esta tierra; vehementemente pago sus cariños; sus goces me serán recreo; sus esperanzas, placeres; sus penas, angustia; cuando se tienen los ojos fijos en lo alto, ni zarzas ni guijarros distraen al viajero en su camino: los ideales enérgicos y las consagraciones fervientes no se merman en un ánimo sincero por las contrariedades de la vida" (19).

Martí y la injusticia social

Aunque estuvieran fuera de su alcance medios para solucionarlos, Martí no podía permanecer indiferente ante los problemas sociales que veía, ante las injusticias que palpaba.

Sobre todo, su actitud ante el indio y el negro muestra que en Martí las preocupaciones por todo aquello que llevara el sello de América no tenían para él carácter parcial o fragmentario. En Martí se daban —escalonados,

(18).—Cit. por Isidro Méndez, *José Martí*, pág. 56.
(19).—Fechada en Caracas, 27 de julio de 1881. En *Obras completas*, II, pág. 442.

dosificados— los grandes temas del Continente. Y en el aspecto social, el indio y el negro —un indio y un negro vinculados esencialmente al paisaje antillano— ganaban singular perspectiva. Naturalmente, aquí Martí entronca con una honrosa tradición mantenida en la América Hispánica, aunque se haya desvirtuado con frecuencia en la práctica.

Escribe Martí:

> "No hay odios de razas por que no hay razas. Los hombres canijos, los pensadores de lámpara, enhebran y recalientan las razas de librería que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la Humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas" (20).

Bien sabemos lo que quiere decir la palabra encendida de Martí y que no hay contradicción —que algún "pensador de lámpara" le pudiera achacar— entre el comienzo y el final del párrafo. En otra página, circunscribiendo el enfoque a su patria, dijo:

> "En Cuba no hay temor alguno a la guerra de razas. Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. En los campos de batalla, muriendo por Cuba, han subido juntas por los aires las almas de los blancos y de los negros. En la vida diaria de defensa, de lealtad, de hermandad, de astucia, al lado de cada blanco hubo siempre un negro.
>
> Los negros, como los blancos, se dividen por sus caracteres, tímidos o valerosos, abnegados o egoístas, en los partidos diversos en que se agrupan los hombres" (21).

Este pensamiento rige toda la vida de Martí. Podríamos hablar, en realidad, de "razas morales".

En el caso concreto del indio, no dejó de notar Martí la singular preponderancia que en muchas regiones americanas tiene la población indígena; también se dió cuenta de lo que significaba como fuerza reveladora de la continental y de lo que podía significar el indio en la vida futura de América. Por eso, escribió aquel párrafo exaltador, en que el carácter de optimista profecía trata posiblemente de compensar olvidos e injusticias:

> "Y hasta que no se haga andar al indio no comenzará a andar bien la América" (22).

Sabido es lo que costó en América la abolición de la esclavitud, así también se conoce que el problema no revistió igual dimensión en las distintas regiones. Por otra parte, no es tampoco atribuíble al azar el hecho de que

---

(20).—Martí, *Nuestra América* en *Obras completas,* II, págs. 11 2.

(21).—Martí, *Obras completas,* I, pág. 487.

(22).—Martí, *Nuestra América,* en *Obras completas,* II, pág. 343. En otra página ese año escribe: "O se hace andar al indio o su peso impedirá la marcha" (Id., pag. 336). Sobre el primer pensamiento trazó Pedro de Alba un breve estudio titulado *Martí amigo del indio* (ver *Archivo José Martí,* Nº 4, La Habana, 1943, págs. 150—154).

en las últimas colonias españolas la esclavitud se haya mantenido hasta los albores de la independencia, hasta casi el final del siglo. En 1880 termina la esclavitud en Cuba.

De tal manera —y conociendo ya el concepto "moral" de raza en Martí— no puede sorprender la reacción del patriota cubano.

> "El vil no es el esclavo —escribió— ni el que lo ha sido, sino el que vió este crimen y no jura combatir, hasta sacar del mundo la esclavitud y sus huellas" (23).

En esta forma también, no podía —fuera ya limitaciones o cuestiones de razas— desatender llamados que tocaban a todos los hombres y que tenían que ver con la explotación y la injusticia. De nuevo es aquí fiel a sí mismo: señala el ideal y propone el remedio, un remedio que lleva su sello.

> "De otros soldados está lleno el ejército colérico de los trabajadores... Hay entre ellos fanáticos por amor y fanáticos por odio. De unos no se ve más que el diente. Otros, de voz urgida y apariencia hermosa, son bellos como los caballeros de la Justicia. En sus campos, el francés no odia al alemán, ni éste al ruso, ni el italiano abomina del austriaco; puesto que a todos los reúne un odio común. De aquí la flaqueza de sus instituciones, y el miedo que inspiran; de aquí que se mantengan lejos de los campos en que se combate por ira, aquéllos que saben que la Justicia misma no da hijos, si no es el amor quien los engendra. La conquista del porvenir ha de hacerse con las manos blancas" (24).

En una mente como la de Martí, la consideración de los problemas sociales no guarda, es cierto, una línea pareja (25). Con todo, hay que admitir la unidad en puntos esenciales, por encima de pequeños puntos corregidos o modificados con los años. Su pensamiento social culmina —creo— en 1887, cuando se ocupa de las huelgas de Chicago. La cercanía y la injusticia avivan su prosa y brota de ella un fuego que no se encuentra en páginas anteriores. Algunos críticos han visto precisamente aquí el paso de Martí desde el romanticismo hasta el materialismo (26). En última instancia —y admitiendo discutibles aseveraciones—, materialismo "martiano" si no queremos ser infieles a ejes fundamentales del patriota cubano.

Humildad

Después de remarcar la importancia que tienen en Martí el amor a la Patria, el sentimiento de la amistad y el espíritu de justicia, como virtudes o cualidades ligadas, de ninguna manera hay que olvidar otras virtudes que concurren para construir la maciza contextura moral de Martí.

---

(23).—Cit. por Isidro Méndez, *José Martí*, pág. 91.

(24).— José Martí, *Escenas norteamericanas* —1883—, *Obras completas*, I, pág. 1516.

(25).—Andrés Iduarte, *Martí, escritor*, México, 1944, págs. 318-322.

(26).—Antonio Martínez Bello, *Ideas sociales y económicas de José Martí*, La Hana, 1940.

La enumeración fragmenta un cuerpo que no puede, en rigor, dividirse. Sólo el afán de la disección justifica ciertos cortes. Y, en definitiva, el deseo de establecer jerarquías dentro de las virtudes concurrentes. Por eso, junto a la importancia de algunas resalta —o conviene hacer resaltar— lo que significaron como explicación de la conducta de Martí. Por debajo de ellas, otras más comunes, más "vulgares", pero que no se comprenden bien separadas del hombre concreto que las posee.

Así, por ejemplo, la humildad. Virtud cristiana, no tan extendida como debiera. Sin embargo, la humildad no tiene igual dimensión en el oscuro hombre que en el hecho de ser humilde aparece, por lo menos, justo consigo mismo, que en el hombre que apoya su vida en hazañas poco comunes, en sucesos extraordinarios. Aquí es precisamente donde brilla la humildad: grandeza que se sobrepone a la medida de la obra realizada. Virtud que —bien lo sabemos— se encuentra con poca frecuencia; menos aún en hombres que escapan a medidas corrientes, y que por eso resalta en los que —como Martí— pudieron no ser humildes sin ser, así, injustos.

Pero en la admirable tela moral de Martí la humildad es hilo que encaja armónicamente. Por una parte se da en él el claro convencimiento de la labor que realiza; y, por otra, la justa dimensión que esa labor tiene en altos metros:

> "Yo alzaré el mundo —escribió—. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, el último peleador: morir callado" (27).

Una vez más notamos que la palabra de Martí se ciñe de manera ajustadísima a los hechos de su vida. A veces, como ocurre con el párrafo trascrito, la letra no es sino el anticipo profético de lo que después realmente ocurrió. En Martí —y ligado al sentimiento de humildad— había hasta una exaltación de la pobreza. Encarecimieinto de otra virtud cristiana que adquiere en el patriota singulares proyecciones.

Martí ve en el dinero el medio de más elevados fines: allí justifica su presencia, pero no deja de reparar en los peligros que ofrece. Para Martí la riqueza se justifica sólo en ofrenda a la patria. Por lo menos, Martí habla preferentemente a través del estado de su patria y de lo que el dinero puede significar para liberarla. Se da en el cubano, como una oposición natural, el repudio de la codicia y la riqueza desigual.

> "La riqueza exclusiva es injusta —dijo—. Sea de muchos; no de los advenedizos, nuevas manos muertas, sino de los que honrada y laboriosamente la merezcan" (28).

Y, por otro lado, el panegírico de la pobreza, de la verdadera pobreza que sabe —en honor de las nobles causas— ser aún más pobre. Así lo vemos cuando exalta, en los preparativos revolucionarios, los aportes —peque-

---

(27).—Martí, carta a Federico Henríquez y Carvajal —1895—, conocida con el nombre de "Testamento político de Martí". Está fechada en Montecristi, el 25 de marzo de 1895. Vale decir, a menos de dos meses de su muerte. En *Obras completas*, I, pág. 249.

(28).—Martí, *Nuestra América, en Obras completas*, II, pág. 220.

ños pero simbólicos— que los cubanos más pobres ofrecen. Y ya estamos lejos, con Martí, de las frías moralejas escolares.

Martí —mejor que nadie— puede hablar de la pobreza digna, no sólo porque toda su vida fué pobreza, sino también porque dedicó todo lo que tenía a la causa que tanto amó. Cuando el momento culminante se aproxima, piensa Martí en la importancia capital del dinero para la obra revolucionaria.

Unicamente aquí —repito— aparece en él la mención, la reiteración en lo que el dinero significa para allanar compras y equipos, expediciones y barcos. . . Y con esto, se está del otro lado en la pobreza.

Párrafos finales

Estas páginas dedicadas a la personalidad moral de Martí no pueden olvidar otras que hace años escribí dedicadas a San Martín. Más allá de cotejos que no vienen al caso y aún por encima de un intencionado deseo de evitar esquemas semejantes, las virtudes de estos dos grandes americanos los acercan de manera extraordinaria.

Eludo el cotejo —repito— porque no es mi intención trazar nuevas "vidas paralelas". Hay diferencia en la trayectoria, en la prédica, en la acción, en el sacrificio. Diferencia, también, en la época, aunque los dos encierran su lucha en los dos extremos de un mismo siglo, aunque los dos centren su vida en la lucha libertadora. . .

Donde la proximidad es notoria es en el perfil moral. En San Martín, el estudio de su vida nos revelaba una serie de virtudes que escalonaban, en orden, descendiente, así: desinterés, desprendimiento, modestia, gratitud, nobleza, espíritu de justicia. En Martí, a su vez, las virtudes toman este orden: amor a la Patria (en Martí —lo hemos visto— toma dimensión de virtud, quizás porque no tuvo esa verdadera *Patria,* es decir, libre, a la cual aspiraba) amistad, espíritu de justicia, humildad.

Hasta se acercan —dentro de este perfil moral— en la significación que en los dos toma una actitud ante la vida que se aproxima al senequismo.

Naturalmente, no hago a San Martín y Martí filósofos estoicos. En el caso de San Martín, lo veo como un hombre cuyo rigor de conducta, cuyo sentido del desprendimiento coinciden con rasgos esenciales de la moral estoica. Vale decir, actitud ceñidamente "humana", aunque el límite no quita grandeza a esa actitud.

En Martí, aunque aquí la dirección pueda tener —y es explicable— más firmes raíces intelectuales, el senequismo también aparece en líneas inconfundibles de su vida (29). Senequismo como norma, que asoma fuertemente por entre el tejido más sutil y complejo —como más intelectual— del patriota cubano. (Diversos críticos han reparado en aspectos senequistas de Martí (30). En los dos, la vida activísima que llevaron hasta alcanzar cul-

(29).—Marco Aurelio figura entre las lecturas predilectas de Martí, ("Se dice que leía siempre a Marco Aurelio", acota Andrés Iduarte, *Martí, escritor,* pág. 305).

(30).—Cf., Miguel Jorrín, *Martí y la filosofía,* en Vida y pensamiento de Martí, vol. 1, La Habana, 1942, pág. 67; Manuel Pedro González, *Fuentes para el estudio de José*

minación en sus luchas no fué obstáculo para que resaltaran esos rasgos. No renuncia Martí a la acción para entregarse a sí mismo, pero sí refrena y domina todo aquello que pueda apartarlo de su misión fundamental. De nuevo, aclaro que no es en la severidad del sistema donde resalta esta faceta aproximativa.

Si estaban tan cerca en ejes fundamentales de la personalidad ¿cómo no iba a comprender Martí la significación de la obra y el sacrificio de San Martín? No le dedicó libros —no estaba en condiciones de hacerlos—, pero dejó en cambio dos semblanzas del Libertador argentino: una, la publicada en el Album de *El porvenir* (Nueva York, 1891), ejemplo de síntesis y comprensión, de acuerdo a los materiales reunidos en la época; otra, más comprimida, la que figura en *Tres héroes* (los otros dos son Bolívar e Hidalgo), en *La Edad de Oro* (Nº 1, julio de 1889), ejemplo de relatos para niños en su comprimida brevedad e intención, en su prosa y en su moraleja...

En una de sus últimas cartas, la que dirigió a Gonzalo de Quesada desde Montecristi, el 1º de abril de 1895, verdadero índice de su obra literaria, Martí señala grupos y temas. Y dice allí:

> "De nuestros hispanoamericanos recuerdo a San Martín, Bolívar, Páez, Peña, Heredia, Cecilio Acosta, Juan Carlos Gómez, Antonio Bachiller"(31).

Se refiere, claro está, a los estudios que escribió Martí. Yo no creo que fueran cronologías menudas —un orden que tenía relativa importancia (por ejemplo, el estudio sobre San Martín es de 1891; el de Cecilio Acosta, de 1881)—, las que ponían en primer término el nombre de San Martín. Había posiblemente causas ocultas de afinidad y adhesión, las que le hacían recordar, en primer término, el nombre de nuestro Libertador. Por eso también —creo— su reiterar en "San Martín virtuoso" frente a "Bolívar resplandeciente" (32). Conocemos de sobra la importancia que tiene el eje ético en Martí. Sí, sin duda Bolívar lo deslumbra, pero San Martín lo atrae.

En fin, no deja de ser curiosa la proximidad fonética que existe entre los nombres de estos dos americanos: José de San Martín, José Martí. Aquí, sin explicaciones peregrinas, hasta podemos pensar que el destino (aquel "destino" en el cual los dos creyeron) marcó en sus nombres —cercanos— una alta y poco común dimensión de hombres.

Concluyo. La vida de José Martí se nos presenta como un admira-

---

Martí, pág. 25. Por mi parte, al hablar de senequismo no me encierro en una ceñida caracterización española o hispánica, ni hago hincapié en conexiones estoico-cristianas, harto discutibles (más aún en los próceres americanos). Simplemente, reparo en algo tan fundamental dentro de la doctrina estoica, como es la base ética, y en aproximaciones evidentes.

(31).—Martí, *Obras completas*, I ,pág. 4.—Ver además, *Obras completas*, II, págs. 382 y 438.

(32).—Martí, *Buenos y malos americanos*, en *Nuestra América* (*Obras completas*, II págs. 117 y 118.

Curioso: a pesar de esta presencia de San Martín —presencia y afinidad— hay críticos que al ocuparse de Martí y tender hacia cotejos más o menos vagos piensan exclusivamente en nombres como Bolívar y Washington (así, por ejemplo, lo hace Hernández Catá, *Mitología de Martí*, Buenos Aires, 1939 (pág. 13). Sin dar al hecho más importancia de la que realmente tiene, no deja de lastimarnos cuando vemos oculto algo trasuntado con tanta claridad en las páginas del propio Martí.

ble drama in crescendo cuya culminación se alcanza precisamente cuando se consuma su sacrificio, ese sacrificio que enunciaba la trayectoria rápida y el sentido de su vida. Quizás sea exagerado decir —como se hace a menudo— que la activísima prédica patriótica de Martí tronchó una obra literaria de más empinado relieve. Quizás sea más correcto decir que esa vida configuró una línea particular en su obra escrita, que quitó posiblemente primores nuevos a las letras hispánicas, pero que también dió en cambio primicias que sólo esa vida podía dar.

No nos lamentemos: en Martí concurren una gran obra literaria, un amor de patria notable y, por sobre todo, un gran ejemplo de hombre. ¿Qué más podemos pedir? La maciza consistencia de estos tres ejes —en inviolable contacto— confiere unidad a todo lo que lleva el nombre de Martí.

En última instancia, debemos reconocer los golosos de la letra escrita que todo —también la letra escrita— debe dirigirse a la sublimación de esta cosa perecedera y limitada que es el hombre. Si Martí alcanzó tan nítido perfil de "Hombre" (así, con mayúscula) alcanzó —otros méritos aparte— culminación poco común.

El, que sabía lo que vale una existencia digna en el hombre, que dejó páginas que no morirán en la belleza de su verso y de su prosa, fué por encima de todo un hombre de acción que procuró sostener su letra con su ejemplo. Por eso pudo escribir, en carta a su hermana Amelia, este párrafo:

> "Tú eres abierta, sincera, caliente de corazón, caritativa, pura, generosa. Quien no lo es, es odioso, cualesquiera que sean sus galas de inteligencia o de hermosura" (33).

Hablar de Martí supone un honor y un compromiso. Un hombre y una vida como los que se encarnan en Martí sirven para dar tibia resonancia a la pobre palabra humana, a esta pobre palabra humana.

Pero también su peso, su altura imponente va subrayando nuestra voz, y así como puede dar sentido a nuestra ofrenda, se burla o hace eco grotesco cuando nuestra palabra se apoya en una pobre consistencia. Pienso que un hombre indigno, la mentira y la simulación no pueden hablar y ensalzar a hombres como Martí. Quiera Dios que el eco que responda a este sencillo homenaje mío tenga el visto bueno que ansiamos al hablar de Martí, alta luz de América.

---

(33).—Martí, carta fechada en Nueva York, 1880. En *Obras completas*, pág. 1804.

EL RIO ESTA EN TODAS PARTES

por ***LEOPOLDO CHARIARSE***

He entrado a una oscura casa:
me siguen,
me miran sin verme
unos niños absortos en su mortal rincón
oyendo el grito de trenes que parten
y el arrullo amoroso de las ratas.
Era una tarde sol, mas aquí todo gime: hasta el río
se arrastra en noche cerrada sin esperanzas.
He bajado por la gastada escalera
y he visto cómo lentamente el agua penetra en los cuartos
y convierte mi alcoba nupcial en un infierno fangoso
y en tumbas los juegos de mi infancia.
He llamado a todas las puertas,
he preguntado a todos sin hallar respuesta.
No sabemos por qué, no queremos saberlo.
Es demasiado horrible.
Y clamé a tí, oh Justicia,
descendí hasta los últimos huecos
donde se apiñan enlutadas familias, muchachas hambientas
y hombres, pobres residuos que avientan las fauces de las fábricas.
Pregunté dónde estaba Dios entre los hombres
y han extendido las manos vacías,
me han pedido un pedazo de pan, han llorado.
He llegado hasta el lecho del río.
He seguido paso a paso la prostitución de las vírgenes:
María, ¿dónde llevas a tu hijo? ¿por qué huyes
con espanto en los ojos y los cabellos desatados al viento?
¿Te siguen aún la mirada viscosa o los cuernos de oro del sátiro
ocultos en la faz del adolescente?
Ya tu rostro es el esplendor del verano
y el río llega a todas partes.
¿Dónde está el asesino?
Ahora estás sola:
¿Por qué me hacen daño?
¿Por qué, si yo amaba tanto?

Barcelona, 1953.

La batalla

por C. E. ZAVALETA

La corneta de la banda del Colegio Santa Inés de Yungay hizo olvidar al pueblo de Tingo. Inundó Caraz a su ingreso por la infinita pampa de San Miguel y, de entonces en adelante, junto a los tambores, a las demás cornetas altivas y soberbias y al grueso de los muchachos uniformados, marchando a pie luego de haber descendido de sus camiones, caminó todo el pueblo festejando la llegada de los cordiales enemigos que iban a jugar durante todo el día contra el Colegio Dos de Mayo

El forastero no se movió del quiosco de la plaza caracina, tan sombreada de ficus, tan bien puesta, a fin de contemplar el Huandoy radioso y metálico bajo el sol fulgente. Se inclinó sobre la baranda del quiosco y escuchó la corneta varonil, aguda e indestructible, y escuchó el rumor de la marcha y los aplausos de las gentes. Todavía se estuvo inmóvil cuando el robusto mozallón santainesino, que encabezaba el desefile, llegó a la plaza y subió por una de las callejas repechosas y empedradas: apenas si descubrió el estandarte de aquel Colegio cuyo orgullo era triunfar sobre el Dos de Mayo, y apenas si siguió con la vista a las muchachas que cruzaban y marchaban delante de los varones.

Y era que había venido a otra cosa. Se lo dijo a sí mismo con asomo de nostalgia. Había venido a abandonar a los muchachos de su edad y a olvidar que también él, alguna vez, había gozado desfilando uniformado y había defendido a su Colegio con la pelota o con sus puños. Caminó el último tras de la fanfarria y los curiosos que cerraban el desfile. Cuando llegó al Mercado, se dijo que ya el primer cornetín de la banda estaría cerca del Dos de Mayo.

Paso a paso echó sus pies sobre las cantosas pedrezuelas; quitó su saco obediente al sol y cruzó ante el achaparrado edificio del Colegio, cuando ahí adentro y fuera los gritos y los aplausos menudeaban. Vendrían los discursos y luego las competencias deportivas. Pero él iba camino a Tingo, aquella vieja aldea sepultada este día en su fiesta por la voz de una corneta y la alarida de los muchachos.

Fué por ello que nadie supo cuándo cruzó el Colegio el forastero, pues ninguno pudo imaginar que tales fueran sus distracciones. Los grupos de muchachas y de familias enteras vestidas con sus mejores trajes, avanzaban en dirección del Colegio, y nadie sin duda, pensó que, siendo él joven, huyera de tales compañías y se fuera, quitado el saco, a subir la trocha esa que iba a Tingo. Sólo a algunos indios podría ocurrírseles tal cosa. Si alguno lo vió y se preguntó quién era, fué sin duda uno entre doscientos. Si Bertha, la hija del señor Abel Alba, hubiera estado en el lujoso chalet de su padre, puesto muy en lo alto a fin de dominar, a un lado, el puente cercano al matadero y, al otro, el mismo Colegio Dos de Mayo, quizá ella le hubiera visto subir, ingresar en esa tenducha del puente y tomar una tibia kola caracina salida de la fábrica de aguas gaseosas del señor Romero; hasta le hubieran seguido sus ojos en aquel repecho ganado de matas y de pircas.

Mas también ella estaba en el Colegio y, en el matadero, lavaban unos indios la sangre de las locetas y ninguno de ellos miró al puente. El forastero, pues, sólo pudo ser divisado doscientos metros más arriba, cuando la trocha se volvía una calleja y surgían tejados lumbreando bajo el clamor del sol. Esto era Tingo y cualquier lugareño sabía bien que un hombre que subiera en mangas de camisa o una mujer sin tacones altos, fueran o no envueltos por la nueva y segunda fanfarria de una banda pueblerina, venían sólo por una razón.

Y fue así que uno de ellos respondió como era debido a este muchacho que venía sin corbata y con el saco al brazo, jadeando por la cuesta. Le dijo que siguiera de frente o torciera a un canchón de la izquierda, muy cerca de aquel morro donde, según decían, se oculta un antiguo edificio incaico. La trocha parecía servir en un solo sentido y llegar nada más que veinte metros arriba, límite del cual nadie pasaba, torciendo en efecto a la izquierda. Para nadie en Tingo era secreto que este año la celebración aquella obedecía, a más de la obligación de cumplir con la costumbre, al desafío habido entre el capitán Mendoza, el jefe provincial, y el señor Chueca, dueño del Ingenio, unos sembradíos volcados sobre el segundo puente, llamado Calicanto, ahí, abajo, donde moría Caraz y empezaba el camino hacia el distrito de Pueblo Libre. Todos en Tingo lo sabían y jamás se les ocurrió dudar de que este joven no lo supiera.

Apenas si las gentes habían tenido tiempo de preparar sus comidas y dejarlas al rescoldo, cuando se dijeron que debían ya partir rumbo a aquel enorme potrero desierto que hoy negreaba de tan lleno. Se sentían orgullosas de que la única calleja del poblacho la hubieran cerrado los camiones y los tres automóviles en que habían venido de Huaraz los amigos del señor Chueca, y de que las mujeres, con simples cajones, hubieran fabricado al aire libre un mostrador cubierto de manteles, detrás de los cuales venderían licores, chicha y butifarras. Cierto era que las mujeres, sin ser partidarias de aquella fiesta hombruna del cóndor tironeado y despedazado, habían preparado la comida y la chicha, y habían lavado y almidonado los vestidos; pero solamente las muy chiquillas y los jóvenes se acercaban a los jinetes, que, en grueso número, se juntaban al fondo, rodeaban a esa banda rústica donde indios emponchados tocaban el contrabajo, el bombo y los platillos, o, mas bien, temerosas se quedaban mirando al pajarraco aquél, atado en un largo travesaño de madera que descansaba sobre dos postes. El gigantesco animal se estaba quieto, pero su pico y sus ojos incendiados lucían muy abiertos, jadeando en una espera inacabable.

Las jovencitas de diecisiete a veinte años pudieron, sin embargo, darse cuenta de que un forastero estaba ahí, repartiendo sus ojos entre ellas y el cóndor, de albo collar y patas como raíces de árboles, con sus alas extendidas proyectando una sombra, un manto amoroso y trágico sobre el polvo de la pequeña pampa.

Aquel enorme pico abierto y rocalloso que dejaba ver una lengua rojiza, y las fosas, ahí en la raíz del pico, parecían otros ojos. Y el plumaje negro se había como desmelenado y brillaba al fulgente sol cual una seda, mien-

tras en el centro de su cuerpo, en el pecho, se adivinaba un palpitar oscuro y aterrado.

Las jovencitas veinteañeras, pues, se dieron cuenta en el forastero y ocurrió que al no ser éste ningún tímido se acercó a conocerlas, indagó sobre la fiesta y se permitió incluso cortejarlas. Mientras tanto, allá, en el fondo del canchón, algunos jinetes de botas relucientes y plateadísimos arneses, y otros con pantalones de calle y aperos miserables, se dieron a caracolear sus caballos, probándolos aquí y allá. Hasta que la banda se demudó un instante y despuntó luego con el requiebro de una marinera interrumpida por las voces de Chueca y del capitán Mendoza, y por las cariñosas burlas que de la enramada les dirigían los notables.

El forastero se había situado detrás de una de las jóvenes y renovó sus preguntas respirando sobre los cabellos y la tez de aquella mestiza sonrosada. Entre risillas, sólo le dijeron ellas que aguardase y mirase bien lo que hicieran al cóndor y los jinetes. Al punto, en efecto, se agruparon al fondo éstos a unos cien metros del travesaño donde habían crucificado al cóndor. Y éste era en lo alto un murciélago envanecido de sus alas, o quizá si la copa de un árbol flotando lejos de su tronco, o, más bien, una araña gigantesca y fantasmal durmiendo en el centro de sus hilos, en el centro de sogas y correas que le ataban a los tres palos. Bajo este sol clamoroso, pero jamás nocivo, a la vista de las pacíficas gentes de la enramada, avanzó un jinete indio, tan sólo a fin de probar el ánimo del cóndor y evitar el peligro a sus patrones; en mal caballejo arreció el galope y pasó como una centella por bajo del pajarraco. Las jovencitas tuvieron que explicarle al forastero —pues de nada se había dado cuenta— que el indio había golpeado con el puño el pecho del animal, y que el cóndor, teniendo apenas libres el cuello y la cabeza, se había volcado a picotear el puño traidor, pero que el hombre había sido más veloz. Todavía el cóndor se quedó con el pico abierto, flameando su lengua rojiza, y convulsionó su cuerpo y sus alas; mas las ligaduras resistieron y ellas le explicaron al muchacho que el cóndor estaba sediento y hambriento desde hacía dos días.

Cuando el segundo jinete indio cruzó por bajo de la sombra del animal y sólo se atrevió a mirar a lo alto y levantar el brazo, el forastero se alejó de ellas y se fué a apoyarse en uno de los postes a fin de mirarlo todo sin engaño y a fin de que el cuerpo del cóndor le protegiera del sol. Lo confundían sin duda con un árbol. Las muchachas pudieron, pues, apreciar sus reacciones. Cuando el capitán Mendoza galopó raudo con sus botas y sus arreos militares, el forastero hizo un gesto para descubrir el impacto; más sólo cuando el capitán iba a dejar atrás al cóndor, empinóse en sus estribos y lanzó un puñetazo como quien descarga el golpe de una comba, de atrás hacia adelante, o un hachazo traicionero. Entonces, se dijeron ellas, el forastero volvería a ese lado, una vez satisfecho de la ira del cóndor y del fulgor del sol y del dulce huayno que añoraba una vida solterrada. Mas él permaneció junto al poste, arrojando más allá su saco y su corbata. Y el siguiente en avanzar fué el señor Chueca, vuelto un príncipe en el mejor caballo de la región, remangada su camisa y abierta en su pecho velludo y blanco.

Pero Chueca tenía otra forma de combatir; venía de lejos sin perder jamás de vista al cóndor y como si desafiara a que éste le aguardara jadeante y con el pico abierto cual una herida. Inició la carrera pisando en los estribos, sin tocar jamás la montura, y, cuando llegó a mirarse con el cóndor, blandió su puño derecho sin temor alguno, a fin de que el pico y el cuello se lanzaran en su busca, pero simultáneamente, contrajo un brazo y descargó con el otro un formidable puñetazo, ahí en pleno pecho de rocas y plumajes. Entonces, enfurecido, el cóndor volvió a retorcer sus ligaduras, pero ya otros hombres y aún jóvenes colegiales, cruzaban por debajo, unos a lanzarle buenos golpes y los demás tan sólo a golpear tímidamente sus patas, a arrancarle una pluma, mofarse de él, a perderle el miedo y a mirar fríamente la faz aquella hecha de hueso, de plumas, de raíces de árboles y de piedras guijarrosas. Cada vez que un jinete pasaba debajo del animal tenía que dar una vuelta para ponerse de nuevo en columna y aguardar su turno siguiente; pero antes, como en otra obligación, se detenía frente al mostrador de cajones y brindaba con chicha sentado en su caballo.

Para la segunda vuelta el forastero había ya acercado a la chichería improvisada y se había enterado de las condiciones de la apuesta entre el capitán Mendoza y el señor Chueca. Ganaría cincuenta libras el macho que, a pasos iguales, colocara más puñetazos debajo mismo del pico. Las muchachas vieron que incluso el forastero, riendo y mirándolas, se consumía de lo lindo un enorme poto de chicha. Y luego vieron que ya para esto, como reza el dicho, la cosa no era con guitarra sino con cajón. El capitán Mendoza, carajeando, puñeteó más arriba de donde lo había hecho antes y el señor Chueca le mandó al animal lo que se llama un huaracazo y sacudió al cóndor de tal modo que se sintió un graznido, como si le cortaran el resuello. Pero cuando les llegó el turno a los prosistas, a quienes sólo iban por montar un rato y pasar debajo, uno de los faites fué como levantado en peso por aquel pico saturniano, fué arrojado del caballo, y cuando todos corrieron en su ayuda, se dieron con que el cóndor le había desgarrado por completo una manga y con que sangraba ese hijo del vecino de su padre. Y entonces nadie quedó en la enramada y aquellas gentes bien vestidas se metieron en el polvo. Una vieja le emprendió a voces contra esta "salvaje" costumbre y casi todas las señoras se llevaron herido al pobre cholo. Media concurrencia metió el rabo entre las piernas. Las madres de las muchachas llamaron y reprendieron a sus hijas, pero se escabulleron éstas con el vocerío y cuando una nueva calma, ya nerviosa, se rehizo, vieron que inexplicablemente el forastero estaba ya encima del caballo que acaba de perder a su jinete y escucharon que se acercaba al señor Chueca.

—A sus órdenes, señor Chueca —dijo—. Vengo de Lima. Jamás había visto una cosa igual a ésta.

— ¡Oh, mucho gusto! — dijo el mayor hacendado de Caraz.

—Me han hablado de una carrera de cintas que es un juego de niñas comparado con esto— comentó el muchacho. Chueca se dió a reir.

—Por supuesto —repuso—. Con cintas. Se cuelgan del poste y uno

tiene un palito en las manos y cuando uno pasa por debajo debe ensartar el palito dentro del anillo que las cintas tienen en una de sus puntas.

Ellas vieron que desde entonces el señor Chueca se le hizo muy amigo y le metió lo que se dice en la candela y le invitó la melífua chicha caracina; y vieron que también el forastero, esta vez gallardeando de jinete, avanzaba hacia el capitán y le decía:

—Muy buenos días. ¿El capitán Mendoza?

—Sí, el mismo— repuso el otro, sudoroso y dominando a su cabalgadura.

—Usted tiene un primo — añadió—. David Mendoza.

—Oh, sí —sonrió aquél, Hace tiempo que no sé de él ni de su familia. Vivía en Chimbote. ¿Los conoce Usted?

Con sólo esas frases se hizo querer de todos. Y todavía, a fin de mostrar que no se había olvidado de las muchachas, que se hacían cosquillas mutuamente y se llenaban de rubores, las invitó y le dijo a la mestiza de las butifarras que las sirviera a voluntad. Por toda retribución, ellas le pidieron que no interviniera en el rachi-cóndor, pues se precisaban muchas mañas, y él se exhibió muy sensato al decir que sólo cruzaría por debajo y que jamás se le había ocurrido dárselas de valiente.

Y vino así la tercera vuelta. La banda tocó un vals criollo, zumbón, malicioso y carbonero... Y hubo que ver la pandilla de haraganes caracinos que llegaron oliendo a chicha y con sus guitarras, después de haber fugado, de la fonda de Godenzi o del billar de Ricardo! Ya para entonces los curiosos formaban una calle desde el fondo del potrero hasta los postes que exhiben a la araña gigantesca, al monstruo convulso y a ratos serenado. El capitán Mendoza y el señor Chueca golpearon sobre el corazón, mas también los siete jinetes se portaron a lo macho. Todos martillaron en un mismo sitio, pasando como centellas. Cuando se reunieron de nuevo, el señor Chueca rechazó la chicha y dijo:

—No llegará a las diez vueltas.

—¿ Cree usted? —dijo Mendoza—. No es tan chico.

—Ya vamos a romper las costillas.

—Oh, sí. Pero de ahí a matarlo...

Partió el demonio de Chueca. Siendo zurdo, iba el muy cunda lo más a la derecha que pudiera y al pie mismo del cóndor, ladeaba su cintura y su caballo y esgrimía ambos puños, pues como si se peleara con un trejo. No cogía las riendas ni se sentaba en la montura. Mas hoy su golpe no llegó al corazón; más bien, con ambas manos, y cual si fueran garfios, golpeó en dos sitios el pecho, se diría buscando aplastar un costado sobre el otro. Sin embargo, el crucificado supo ya lo que iba a hacer en el futuro. Tal vez por obra del dolor había volcado más el pescuezo y cubría con el pico la parte adolorida. Así la escena por venir se volvió jadeante y sangrienta y las plumas del pájaro se esponjaron en el viento y sus ojos regaron sobre el campo y las gentes un odio justiciero que incluso iría a cobrarse las deudas no debidas. Y quizá por eso, cuando llegó Mendoza a descargar su como golpe de porra, se inhibió de hacerlo al ver que el cóndor le aguardaba con el pico abierto y rojizo, se diría ensangrentado antes de tiempo: perdió, pues una vuelta y los

otros siete jinetes dudaron un tanto a fin de mirar los puños del capitán y ver si no habían picotones.

—¡Vaya con el desgraciado!— aulló el capitán palideciendo.

El tercer jinete tampoco descargó su golpe. Pero los demás, muy atravesados, se lanzaron uno en pos de otro y cuatro de ellos golpearon en el mismo corazón, y los dos últimos, sin saber cómo, molieron el pescuezo dejando al cóndor sin resuello, haciendo contraer sus patas y sus alas en ademanes de agonía. Como las muchachas lo supusieron había caldeado con el cóndor y la chicha. Hasta que del grupo de indios que bebían los dejos de sus patrones, avanzó el primero de tres jinetes en risibles caballejos.

—Atracito, taita... —mendigó hacia Chueca—, Quima nu más nusutrus.

—Allá ustedes— dijo él—. Pasen si quieren. No me digan que yo les mandé.

Entonces ellos se pusieron detrás de la columna y un cuarto indio montó en vez de uno de sus patrones, cuando éste se fué cayendo de la silla de puro tieso; quitáronse los ponchos y metieron sus pies desnudos en los estribos; los aparejos de sus cabalgaduras eran de borricos, de esparto y con estribos de madera, y apenas si los animales lucían viejos y resecos bozales; pero ahí marcharon al compás de la banda, del contrabajo y los platillos. Y Chueca hizo partir el primer grito. Avanzó por la derecha, se ladeó a la izquierda y lanzó un sonoro golpe con esta mano ahí donde nacía el ala, y, una vez repasado el peligro, volvió con inusitada maestría, torciendo su cuerpo atrás, y golpeó con sus dos manazas las espaldas del pájaro que se revolvió acezante; partió el grito de protesta de los demás jinetes, cortándose al punto éste y brotando uno nuevo, de terror, cuando Chueca, que jamás se cogía de la montura o de las riendas, salió despedido y cayó delante mismo de su caballo, el cual cruzó y relinchó por encima de su cuerpo. La banda rompió su bombo o sus platillos y todos dijeron que estaba herido o muerto. Pero Chueca la emprendió contra quienes le cogieron.

—¡Déjenme! —Se alzó polvoriento—. ¡Mi mujer no está aquí y nadie debe agarrarme! ¡Déjenme solo!

Mirando de alto abajo, el cóndor se revolvía y graznaba quedamente, volviendo su pico a todos lados y echando por sus ojos fulgores y demonios; y abajo, enloquecido, Chueca avanzó a beber la chicha que antes rechazara.

—¡Antuco! ¡Antuco! — rugió.

Corrió hacia él un indio que estaba conteniendo el alazán.

—La cincha, don Lucho— dijo.— Si'a roto.

—¡Pues cámbiala! estalló—. Y usted, ¿qué hay? —voceó en son de guerra al capitán que ni se había movido.

—No le debió golpear atrás — protestó Mendoza.

—¿Que no? —escupió Chueca la chicha—. Tiene el pescuezo descolgado y lo mueve por todas partes. Le dí atrás después de darle por delante.

—Aunque sea — repuso el capitán.

—¿Ah, sí? —se le enfrentó Chueca y caminó a pies hasta su caballo— ¿Tanto le hace hablar el miedo?

—Cincuenta libras más, si quiere... —desafió aquél y miró con sus ojos indignados.

Las muchachas temieron que se armara una gresca. Mas el forastero les sonrió y se calmaron. Avanzó el muchacho y les llevó un poto de chicha y ellas lo bebieron; y de súbito ya estuvieron sobre algodones, riéndose las unas de las otras, mofándose de sus ojos y mejillas encendidas, achacándose mútuamente el estar enamoradas del forastero, que iba y volvía jineteando un caballo prestado. Cuando partió el capitán, ellas no lo supieron; pero el rumor de los cascos se sintió sobre la música de un huayno quejumbroso, perdido y terco en volver a la querencia, y al desviar ellas la cabeza vieron horrorizadas que algo se había detenido en el aire, que el caballo del capitán, su jinete y el cóndor eran un mismo cuerpo y que el pico palpitaba, sin separarse de una mano o de un ojo de ese hombre. Y a sus gritos se unieron los de una mujer que se precipitó por entre la doble hilera de gentes, mucho antes de que éstas reaccionaran y azuzaran al caballo a fin de que se llevase al hombre y lo librara de aquel destrozo del pico y de las garras. Y hasta fugaron muchos a la calle creyendo que el cóndor se había zafado de las cuerdas. El loquerío fué desusado, como si las montañas se hubieran ido muy lejos, como si el sol se hubiera ahondado en la tierra y la hubiera alzado a fin de echarla contra un vacío imaginario. Al fin, cuando hasta los platillos y el triángulo, un instrumento tocado siempre por un niño, resonaron y cayeron arrojados por las gentes que fugaban o corrían a auxiliar a Mendoza, sólo se vió al caballo dando de corvetas, perseguido por la misma mujer de traje azul. Mas cuando ella pudo impedir dos veces que sus enormes tacones de limeña la volcaran, recibió los gritos del extraviado capitán que escondía una mano en sus espaldas, escupía la sangre de su rostro, y se defendía con los pies a fin de impedir que las gentes le abajaran. Voceó y atacó a puñadas a todo el mundo, echando ajos y cebollas y rancio olor a chicha. Empero, cuando vino lentamente el señor Chueca y se burló de él con un manotazo, el capitán se demudó y la sangre de su boca y de un lado de su rostro empezó a manar salvajemente. Su mujer, entonces, salió a defenderlo y se abalanzó sobre Chueca, mordiendo sus manos y hundiendo las uñas en esa piel odiosa. Las gentes remolinearon luego y el capitán arrojo su propia sangre en el vestido de su mujer y la empezó a golpear —pues no le dejaba combatir cual un hombre— y Chueca, a su vez, golpeó también gustoso a esa mujer que no le dejaba acercarse a Mendoza, ni romperle la boca de un solo puñetazo. Y todo sucedía mientras en lo alto jadeaba el cóndor y dejaba caer con una serenidad pasmosa sus primeras gotas de sangre, sólo mirando y abriendo el pico, recordando la dureza del puño de los hombres.

Mas en un momento, ambos rivales se miraron. El capitán había perdido al parecer el dedo de una mano y había sido picoteado en la cabeza: quedó mudo y acezante después de haber arrojado al suelo a su mujer, y descansó un segundo a fin de echar el primer ajo contra Chueca, su verdugo. Este pudo, pues, acabar con Mendoza de un solo golpe en aquel su ojo anegado de miseria; pero sintió que su ataque sería el de un cobarde y no hizo movimiento alguno. Y entonces, en un descuido, el capitán y su mujer se le fueron

encima y lo tendieron por el suelo. Chueca, empero, tenía ganada su fama. Apenas se puso de pie y evadió las botas del capitán, le golpeó una sola vez, ahí, sobre la sangre, y el capitán y su mujer volaron lejos y todos tuvieron que contener a este hombre que iba a despedazar a la pareja. Las muchachas, temerosas a un comienzo y luego indignadas y humanitarias, corrieron en pos de pañuelos y de lienzos, y algunas sólo miraron esa mano sangrienta y esa cabeza deshecha. El forastero ayudó, gritó y miró al cóndor, confundiéndole sin duda con el sol; se alejó a contemplar que Chueca, salvaje y fuera de sí, de nuevo hundía su puño en un costado del animal, provocando el ruido de los charcos, y que los demás jinetes, a su orden, tras envolverse los puños con pañuelos, trozos de ponchos o camisas, se lanzaban golpeando al pájaro que hoy perdía la sangre por el pico y destilaba un pozo negro en la tierra polvorienta. Ya nada tenían que temer, protegidos como estaban sus puños. Pero todavía el cóndor tuvo fuerzas para romper una ligadura y blandir las extrañas ramas de unos garfios e ir desgarrando las camisas y sembrando de hilos rojos la piel de todos los brazos. En su pico flameaban pedazos de ropas y sus ojos estaban ya perdidos; más aún, salvajes y coléricos. Los señores de Caraz no pudieron soportar aquello. Abandonaron estos jinetes que sólo pensaban en beber chicha antes de iniciar los turnos y en seguir al demonio de Chueca. Se diría orgulloso de los borrachos y de los vagos que habían cogido las guitarras y reemplazado a la banda. Si algún indio renunciaba, un borracho se improvisaba de temerario y subía al caballo libre. Las muchachas le dijeron a su amigo el forastero que todavía el cóndor duraría mucho, destrozaría aún unas manos y, tal vez, si conseguía librar sus alas, devolvería los futuros golpes, pero que jamás se escaparía de la muerte. El charco del suelo aumentaba a cada paso y ya los perros, tan sabios, corrían a lamer la sangre y a ser arrojados por el cruce de los jinetes. Ellas le dijeron, en fin, que únicamente los indios se quedarían a ver el final, mas se pesaron de haberlo dicho porque en un descuido, y sin despedirse de nadie, el forastero entregó el caballo prestado y se esfumó, y ni siquiera supo que media hora más tarde hasta los indios y los borrachos se habían espantado de que Chueca tomara una rienda y zurrara con ella salvajemente al cóndor, mirando a lo alto y flagelándolo entre insultos y el alucinado chisporroteo de la sangre. Y tampoco supo el muchacho que el cóndor, media hora más tarde, no había muerto aún: ahí estaban sus garras libres, su pico rojo, un coágulo o una flor de sangre, y ahí estaba el charco maldito y crecido, lamido y besado por los perros.

Chueca bebía más chicha y flagelaba más y mejor, y en un instante, desde su caballo cogió al animal de una pata y se la fué arrancando poco a poco, enloquecido por la fuerza de aquellos huesos, de aquellos insospechados músculos metálicos. Los indios se hicieron a un lado y las guitarras se callaron, y ahí estaba Chueca, borracho, cayéndose de la montura, pero insultando y echando espumarajos. Hasta que se lanzó nuevamente, se colgó de aquella pata y el hombre y el animal se cayeron, rotas las ligaduras; y ahí se levantó el verdugo y fué hundiendo sus botas en el pico y en el pecho, fué casi bebiendo y probando la sangre con su lengua y con sus ojos, hasta que falló un puntapié y se cayó él también lejos del cóndor que le miraba y le lanzaba

su jadeo, sus dignos y débiles graznidos de odio y de dolor. Y ahí se quedó el salvaje, hablándole borracho a la tierra y a las plumas deshojadas, insultando al cóndor y golpeando a los indios que querían levantarle... No, el forastero no vió nada de eso. Simplemente entregó el caballo y se esfumó; y cuando el grupo de muchachas de Tingo salió a buscarle, ya él se iba hacia el puente cercano al matadero, descendiendo la cuesta con su saco al brazo y una actitud que no se sabía si admiraba o compadecía a los hijos de la aldea.

HECHOS Y PROBLEMAS PERUANOS

Ica *

por JOSE M. VELEZ PICASSO

Discurrir sobre Ica como centro urbano resulta un tanto artificioso.

Según opinión del sabio José Sebastián Barranca, Ica significa río, pozo, laguna. El enigmático topónimo de eufónica brevedad condensa, en el tiempo y en el espacio, la característica esencial del núcleo humano. En todo momento, Ica vive en función del agro. Sin la fecundidad de su tierra, la población que se desarrolla en ese escenario carecería de aliento telúrico. Para lograrlo hay que recurrir al elemento líquido y, unas veces en quietud y otras en dinamismo, siempre será el agente que lo impulsa a la superación.

En un ensayo juvenil compuesto en 1926 y que lleva por título *El Agua en el Pasado Iqueño* afirmaba que "a poco que se observe en la historia iqueña, el agua resalta como factor preponderante en la conformación de su fisonomía. Ya sea en la época incásica o en la colonial, el elemento líquido pone su dejo de romántica exaltación y de violenta querella. Entre los hombres y la naturaleza se entabla un constante diálogo. El agua es uno de los temas preferidos. Para la vida posee una importancia indiscutible. Y cuando el cielo no manda agua al hombre, éste ha de buscarla, ha de ir en pos de ella: captarla, dominarla. No puede existir sin líquido y la tierra para fecundarse necesita del riego vital. La agricultura presupone esa base y toda civilización desenvuelta en torno del cultivo terrestre le reconoce su decisiva influencia".

Estas observaciones entonces formuladas, considero que ahora pueden ser ratificadas plenamente, merced a posteriores investigaciones, porque la más cabal interpretación de Ica como núcleo humano tiene que relacionarse con el agua y a este intento obedecen las referencias recolectadas en la lectura de textos históricos que, por diversas circunstancias, tenemos a nuestro alcance y cuya consulta resulta fácil en estos días.

Entre las obras del siglo XVI disponibles ahora, hay que destacar la *Miscelánea Antártica* de Miguel Cabello Balboa, que el Instituto de Etnología de la Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos ha presentado en una cuidada edición dirigida por el doctor Luis E. Valcárcel, asistido por los esposos Matos Mar. Desde que conocí la incompleta versión de dicha crónica ofrecida en la colección Urteaga y la actuación del autor como cura del pueblo de San Juan, comprensión de la villa de Valverde del valle de Ica, que me comunicó mi buen amigo Manuel Moquillaza y que dí a conocer en nota insertada en la *Revista de la Universidad Católica del Perú*, tuve la certeza de que alguna noticia trascendente sobre Ica podría suministrar el famoso cronista que, en su vida, alternó el manejo de la espada con

---

* Conferencia en el Instituto Riva-Agüero, el 14 de diciembre de 1953, en el ciclo *Ciudades del Perú*.

el de la pluma y la cura de almas. Cuando sacerdote, para sentir siempre el regusto de la aventura, hizo una entrada para la conversión de los chunchos de nuestra montaña, al decir del cronista agustino Padre Torres y como lo recuerda el misionero del siglo XIX, el franciscano Bollo di Revello. Consta también que Cabello Balboa al término de su existencia se encontraba atendiendo a la doctrina de indios en Camata, pueblo de Larecaja.

Nos interesa la explicación referente al aprovechamiento de los Llanos que nos brinda Cabello Balboa.

Menciona las actividades de Túpac Inca y consigna que "vinieron a Pohechos y allí descansaron algunos días, y fué determinado que el General y Señor Topa Ingayupanqui se subiese a la Sierra con alguna parte del ejército, y sus dos tíos (con su nombre y voz) se fuesen por los llanos y arenales del Piru, y con tal determinación se apartaron los unos de los otros, llevando consigo los dos Capitanes la mas copia de la gente guerrera, porque habian de pasar por unos valles de gente belicosa y mal sujeta al poder de Chimo Capac, por esto y por la contienda que con este pujante enemigo se había comenzado y haber de prolongar todo su Imperio, contrastando los presidios y guarniciones por él puestas, fué visto convenir traer los Capitanes consigo la fuerza de la gente suya. Estos llanos y arenales secos del Piru (de quien en algunas partes dejamos hecha mención) fueron muchos siglos tenidos por inahabitables e infamados entre los naturales por parte pestilencial, criadora de muertes, hasta que ciertas familias que habitaban en aquella tierra mas baja y cercana a la mar de los confines de Contisuyos, huyendo las armas y crueldad de los naturales Collas, que con diabólico furor mataban y robaban sin saber que cosa fuese misericordia se metieron como desesperados en la parte más suprema de estos arenales, que cae hacia el territorio de Ariquipa: no porque entendiesen excusar la muerte (según la mala opinión en que tenían a los llanos) sino por dilatarla algún tiempo, y teniendo por mejor morir por ocasión de los calores que no a manos de quien tanto los desamaba. Finalmente como desesperados se arrojaron en ellos, y comenzaron a buscar las partes más húmedas de aquellos valles y allí hicieron sus sementeras; y poco a poco, el temple del Cielo, hizo amistad con sus complexiones: y estas también la hicieron con los aires, y calores de la tierra, y comenzaron a multiplicar en gran cantidad, y a desmentir la infamia en que los llanos eran puestos derramándose por la tierra (de lengua en lengua) la paz hecha entre los calurosos llanos, y los hombres, y habiéndoles perdido aquel envejecido temor comenzaron a dejarse venir muchas naciones serranas, siguiendo las aguas que, por los valles, viajaban de la alta cordillera, y de esta manera se iban hinchendo de habitaciones las partes que de todo punto no repugnaban ser habitables. De tal suerte se fueron multiplicando las gentes Yungas que ya no cabían ni se podían sustentar en los Valles por mas que artificiosamente hicieren tratable y para sembrar aquellas partes que por su malo y aspero sitio eran desaprovechadas e inútiles, y a otras tambien que, por estar muy ocupadas de arenas, y faltas de agua eran secas y esteriles, cavaban hasta descubrirle a la tierra la humedad que tenia en sus entrañas, y casi forzando a naturaleza les hacian dar fruto asi como vemos

en muchos Valles de este Piru, especial en el de Runaguana (Lunahuaná) que por una y otra parte, va lleno de andenes guarnecidos de Piedras, y con las anchas hoyas de Chillca (Chilca) y Villacuni (Villacurí) donde se ven hoy día los frutos crecidos en las entrañas y senos de la tierra sin gozar de mas riego que el que de sus venas chupan y arrebatan".

Cabello Balboa esclarece en los términos trascritos de su obra el aprovechamiento de los Llanos de la costa peruana en sus orígenes y alude en seguida a que este procedimiento fué adoptado para el trasplante de gentes naturales de otras tierras en las cuales ya no cabían.

En otro pasaje de su misma obra, el Cura de San Juan del Valle de Ica perenniza el romance de Huáscar con Chumbillaya. Entre los muchos gobernadores que acudieron a darle el parabién por el nombramiento que su padre Huaina Cápac le hizo de sucesor y universal heredero de sus estados, hubo uno Inga Topa, Gobernador de los Valles de Ica, Pisco y Humay que no pudo presentarse personalmente en el Cuzco, pero que le envió con mensajeros de valor y confianza las gratísimas congratulaciones de su felicidad y por inestimable presente "juntamente una graciosa doncella de hermosura tan estremada que ponia admiración a cuantos la miraban. Esta era hija de un honrado Indio natural del valle de Ica, llamado Xullcachangalla, su mujer se llamaba Yllayococche, el nombre de su hermosísima hija era Chumbillaya". La acompañaron sus padres y Huáscar se prendó de ella. Se le cambia su nombre por el de Curicuillor (Estrella de oro) y murió envenenada por sus rivales en el amor del Inca, dejando una hija, con quien se teje la leyenda amorosa que la vincula a Quilaco Yupanqui y que es una de las joyas tradicionales de la época incásica.

De la región quedarían consignadas en la obra de Cabello Balboa dos versiones preciosas: una de ellas es el romance imperial y la otra atañe a la transformación de los arenales.

En un estudio sobre *Las Hoyas de Villacuri y Chilca* traté de la labranza de los arenales costeños. Fué presentado a la Tercera Asamblea del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, que se reunió en esta capital el año 1941.

Rememoraba la descripción de las hoyas de Villacuri ofrecida por Diego Fernández de Palencia, mejor conocido por "el Palentino", al ocuparse del triunfo logrado por el rebelde Francisco Hernández Girón, hace pronto cuatro siglos. En ese texto se consigna lo siguiente:

"Son estas hoyas, hechas a manos de Indios: entre grandes arenales; y siembran en ellas su maíz, yuca, frisoles y otras legumbres. Y asi mismo arboleda de guayabos, pacaes y lucumas. Lo cual se da todo abundantemente. Y aunque las hoyas son poco hondas, no se ve de fuera un hombre a caballo, ni el hierro de la lanza, aunque la lleve alta".

Fué esa forma de aprovechar la zona desértica típica de Villacuri y Chilca, y al respecto resulta muy sugestiva la referencia recogida por Fray Diego de Córdova y Salinas en su *Descripción del Arzobispado de los Reyes y en general de las tierras del Perú* que acompaña al *Teatro de la Santa Iglesia Catedral Metropolitana de la Insigne Ciudad de Los Reyes* que ter-

minó de escribir en marzo de 1650 y que pude conocer debido a la bondad del P. Vargas Ugarte, quien me franqueó la fotocopia que posee del precioso manuscrito. Dice en la parte pertinente:

"En un sitio, que llaman Villacuri, seis leguas de la ciudad, que es la mitad del camino del Puerto de Pisco, hay una gran cantidad de salinas, de donde se proveen de sal sus contornos, sin hacerle beneficio alguno. En el mismo paraje corren unas salitrales, llenas de grama que cavándose, y sacando la superficie quedan hechas unas hoyas, donde plantan el sarmiento, a tres años dan copioso fruto, sin mas riego, ni agua que la humedad y bondad de la tierra, porque no llueve jamás en aquellos parajes. En este como en otros, que están más cerca de Pisco hay viñas considerables, así en la cantidad como en la calidad del vino que es bonísimo. Danse en pedazos de tierra que los naturales llaman macamaes, sin riego ni lluvias (como ya se dijo) melones, sandías, trigo, maíz y garbanzos y con ser el temple cálido y seco, hay huertas de palmas que a dos y tres años dan óptimos dátiles y colmados racimos. El viento común es el sur, agradable a los cuerpos humanos, que fecundando los animales, sazona los frutos".

En otro párrafo expresa el mismo cronista que "es cosa de gran deleite ir caminando por unos arenales muertos y salitrosos, y de repente dar en las hoyas, vergeles de a dos y tres cuadras cada uno de verdes parras, salpicadas de estremadas hortalizas y varias flores, que en hermosura dejan atras los países, que pinta Flandes y las florestas que retrata Virgilio. A estas coronan árboles, cuando se dan en las huertas, sin otra diferencia que sus frutos son de mas regalo que los que beben las aguas de arroyos. Cógense de estas hoyas en dieciocho haciendas sobre treinta mil botijas de aventajados vinos. La tradición de estas hoyas, o milagro de la naturaleza, que hay entre los más antiguos indios de aquellos valles es que uno de sus Reyes Ingas condenó a algunos Ayllos (que son linajes) a estos desiertos arenales por rebeldes, porque matándolos allí la sed y el hambre, más lentamente, sirviesen de escarmiento a otras naciones; mas ellos enseñados de la necesidad que descubre meteoros y virtudes ocultas, buscaron agua ahondando en los arenales donde la hallaron cerca y poniendo en sus humedades sus maíces, papas y otras semillas, prendieron y brotaron en abundancia, con que se animaron a romper espacios más dilatados, que son los que hallaron y heredaron los Españoles, a cuya imitación van abriendo otras mayores".

Tanto Cabello Balboa como Córdova y Salinas coinciden en la explicación del origen de las hoyas de Villacuri. La necesidad de los hombres impuso esta peculiar forma de aprovechar los médanos. Se prolongó de manera intensa hasta los primeros años republicanos y hasta ahora rinden sabrosos frutos las palmas datileras y las higueras de la pampa de Villacuri donde se trata de retornar a tan original sistema de labranza de la tierra.

Fué siempre famosa la fertilidad de la tierra del valle de Ica. López de Velasco consigna que para la Huerta del Sol, en la ciudad del Cuzco, se llevaba la tierra "a cuestas" desde el valle de Ica.

En una de sus estrofas de *Armas Antárticas*, Miramontes y Zuázola

nombra a la "fértil Ica", dándole así trato singular, ya que al enumerar a otras zonas no les dedica ningún epíteto.

Mencionado el antecedente de las hoyas de la región de Ica como una tendencia al aprovechamiento de la tierra valiéndose de la humedad superficial, hay que destacar también que la construcción del cauce de La Chirana, se atribuye a que uno de los Incas que recorrían la comarca, se prendó de una preciosa doncella de Tate y como ésta le pidiera agua para fecundar sus áridas parcelas, ordenó la apertura del canal legendario que, aunque transformado, se tiene siempre como auténtico beneficio de los naturales, a quienes corresponde todo el caudal que discurre los domingos en la época de avenidas.

Desde los primeros días de la conquista, en el valle de Ica se asienta un pueblo de españoles.

No existe referencia precisa acerca de su establecimiento oficial, pero en escrituras labradas en los mismos momentos iniciales y que figuran en el protocolo ambulante estudiado por Lohmann Villena, se alude al pueblo de Ica en algunos de esos documentos.

El valle fué repartido en dos encomiendas: la de Hanan Ica y la de Lurin Ica.

Con la primera se favorece a Juan de Barrios, y la segunda se le asigna a Nicolás de Ribera, el Viejo. Este conquistador, que fué el primer alcalde de la Ciudad de Los Reyes, en escritura extendida en Lima, ante Alonso Valencia, el 13 de mayo de 1556, funda y dota un hospital para indios bajo la advocación de San Nicolás, en unas casas que tenía ya edificadas junto al tambo principal de dicho valle. La fundación la realiza "por vía de cargo y restitución y descargo o como más convenga a la seguridad y saneamiento de su ánima y conciencia". En el mismo documento declara que se llevó parte del oro y la plata de Cajamarca y otros despojos que se hubieron en dicha conquista.

El origen de las instituciones de asistencia social en Ica hay que referirlo al acto caritativo del encomendero de Lurin Ica, que lo practica cuando todavía no tenía existencia oficial la población de españoles y que obedeció a la esencial finalidad de favorecer a los indios del valle de Ica, a quienes a más de mantenerlos y asistirlos con las funciones religiosas, oficiándose misas las pascuas y fiestas solemnes, mandaba que se le diera "ropa de la tierra", es decir, al varón su manta y camiseta, y a la mujer, su anaco y lliclla. Instituía también que se diera a los indios caminantes, comida y sustentación por dos días.

Interesa destacar esta primitiva fundación del Hospital de San Nicolás del valle de Ica ejecutada por Nicolás de Ribera el Viejo, ya que constituye admirable preocupación por la suerte de los indígenas.

Las favorables condiciones que presentaba el valle de Ica para el fomento de la agricultura determinaron que fuera escogido por el Virrey Conde de Nieva para fundar uno de los pueblos de españoles que la Corona le había instruído que llevase a cabo, repartiendo tierras entre los pobladores, prefiriendo a los servidores de Su Majestad que no hubieran sido favoreci-

dos en el último reparto de encomiendas, con el objeto de borrar los enconos y rencillas que la distribución de éstas producía. Se eligió el valle de Saña para enclavar la villa de Santiago de Miraflores; el de Chancay para fundar la villa de Arnedo; y en el de Ica se cometió la creación de la villa de Valverde a don Jerónimo Luis de Cabrera, con acuerdo y parecer de Pedro de las Casas. Esta fundación se realizó por setiembre de 1563 y aunque esté perdida la respectiva acta, existen varios documentos que acreditan la creación.

Comenzó hace 390 años la existencia de la villa de Valverde, primitiva denominación del centro urbano hoy conocido por ciudad de San Jerónimo de Ica, categoría a la que fué ascendido en 1633, por decisión de Felipe IV, de la que tampoco hasta ahora se ha logrado obtener una copia, teniéndonos que conformarnos también con las referencias contemporáneas.

La villa de Valverde fué ubicada en el pago de Tacaraca. Hasta hace alrededor de treinta años se conservaban ruinas de unos portales y se aseguraba que en el mismo paraje se había plantado la primera parra.

Después se mudó el emplazamiento al lugar que ocupó el fundo Manzanilla y la botijería de Angulo. De esta segunda Ica, quedaba como único vestigio un olivo plantado por San Francisco Solano, cuando residió en el convento iqueño de su religión.

El tercer emplazamiento corresponde al actual.

Estas mudanzas de la población fueron provocadas por los terremotos que siempre determinaron grandes trastornos en la vida iqueña.

La traza de la primitiva villa de Valverde se mantuvo. En la Plaza de Armas se destinó un solar para la Iglesia Matriz, que lo era la Parroquia de españoles de San Jerónimo, patrono originario en honra del fundador Cabrera. La Virgen de los Remedios, devoción auténticamente sevillana, era la advocación principal de Ica. Al cabildo se le asignó el solar que hasta ahora ocupa el Municipio. El convento de la orden de San Agustín ocupó el solar que se reservó Cabrera, como lo indica Calancha. Desde la fundación se erigió convento de franciscanos. Posteriormente de mercedarios y los regulares de la Compañía de Jesús abrieron colegio y levantaron templo anexo. El local escolar lo ocupó hasta hace poco tiempo el Colegio Nacional de San Luis Gonzaga y la iglesia sirve como catedral, ahora que hay obispado.

En el centro urbano, ya sea la villa de Valverde o la ciudad de San Jerónimo, es interesante que además del Cabildo de españoles con su parroquia, la de San Jerónimo, convivan las parcialidades indígenas. Estas mantienen sus cabildos y parroquias. La de Hanan, la de Luren y la de Santa Ana de Yanaconas. El progreso ha determinado que se borren las iglesias y sólo persisten las plazas. Por la devoción del Señor de Luren, tan hondamente arraigada, perdura el templo donde se rinde culto a la milagrosa efigie.

Los pueblos de indígenas tenían sus tierras de comunidad. Por eso, hasta ahora se aferran a la posesión de las pampas de propiedad comunal y que la acción conjunta de tinterillos y latifundistas ha tratado de extinguir.

Dentro del centro urbano, existían los pueblos de indígenas y cuando se jura la independencia o pasa Bolívar por Ica, figuran sus cabildos. Era la per-

sistencia del agro aborigen, que luchaba por sus fueros y se afanaba por librarse de la extinción que lo amenazaba.

Característica esencial de Ica fué la coexistencia de españoles y de indígenas.

No es del caso aludir a la fisonomía de Ica. Se dispone de descripciones tan sugestivas como la de José de la Riva-Agüero, que le encuentra similitudes moriscas y árabes. Otra muy completa y muy feliz es la de Aurelio Miró Quesada S. que, en tres capítulos de *Costa, Sierra y Montaña,* condensa una cabal interpretación de Ica.

Como elogio de Ica, recordemos el del P. Vásquez: "Ica, ciudad pequeña en la población, pero con un claro y benigno cielo, corta en el ámbito, pero sana en el temperamento, y tan fecunda en la nobleza de sus hijos, que cada uno de los que ha dado pesa más que algunas ciudades enteras del mundo".

La Villa de Valverde tuvo por finalidad ser un asiento de labradores. En la fértil tierra de Ica, las viñas cobran pronto importancia decisiva. Sus caldos sirven para elaborar vinos que adquieren rápida fama. "En Ica hincha la bota y pica", según apunta el Reverendo Lizárraga, es consejo que se da el viajero. La fermentación de los mostos que son destilados a la manera árabe, con albercas y falcas, permiten obtener los celebrados aguardientes: el puro de Ica, que se exporta por el puerto de Pisco. Por las botijas de barro que le sirven de envases reciben pronto el nombre de *piscos.* Se confunden las denominaciones y hoy al "Puro de Ica", se le llama "Pisco". Se elaboran aguardientes aromáticos de las uvas Italia y moscatel y con sabor de frutas, como cereza, limón, mango, higo.

En la vida del agro iqueño, el aguardiente adquiere enorme significación. El vino siempre está expuesto a torcerse cuando es de uva. En cambio, el aguardiente gana con el tiempo. Añejado, aumenta su calidad y, por ende, su valor. Las cosechas se convierten en botijas de aguardiente y a medida que se necesita dinero, se venden. Antaño, el ahorro de los iqueños consistía en botijas de aguardiente y con ellas se hicieron muchas cosas grandes. Chacareros modestos labrando sus majuelos y elaborando aguardientes consiguieron dinero para formar a sus hijos como profesionales.

Durante mucho tiempo, las viñas y los pallares fueron las bases de la economía iqueña.

Es ya en la época republicana cuando se acentúa el valor del algodón. Se había cultivado antes de la conquista. Lo acreditan los maravillosos tejidos de Paracas. Por muchos años, se mantiene el cultivo de la variedad "país". Al introducido se le denomina "egipto". Se le debe a don Domingo Elías el impulso de la industria algodonera. Cultivo fácil, no demanda capitalización. Por ello, con sus avances se destruyen los viñedos y cuando Fermín Tangüis forma una variedad resistente, en actitud generosa nunca suficientemente alabada, determina que Ica sea la tierra o la mina del "oro blanco".

El cultivo de la vid permite resistir los años de sequía. Las vacas gordas y las vacas flacas. Como en el sueño bíblico, los años buenos alternaban con los malos. Siete y siete. Juego de fortuna. Opulencia y miseria. Se cla-

ma siempre por el agua. Se piensa en traerla de las alturas andinas, de las lagunas de Castrovirreina. Orcococha y Choclococha se convierten en cifras del anhelo colectivo. A principios de este siglo, un iqueño visionario comprende que el agua del subsuelo puede representar la solución provisional del problema. El doctor Raúl D. Boza propugna la perforación de pozos. Se logra buen éxito, pero la deficiencia de los equipos de bombeo impide que el procedimiento se practique en escala industrial. Años más tarde, don Víctor Elías Toledo recurre al sistema y abre nuevas perspectivas para la agricultura iqueña. Pronto se multiplican los pozos y las plantas de bombeo proporcionan el riego para estabilizar la producción. Al mismo tiempo, la ejecución de obras en los cauces y principalmente la construcción de la boca-toma de La Chirana, permiten una racional utilización del elemento líquido. Inciden ambos factores y desde hace un cuarto de siglo, se transforma la fisonomía económica de Ica. El agua de los pozos sirve para engañar a la tierra. Cuando las plantas principian a apremiar, se encienden los motores y funcionan las bombas. Se compra caro el petróleo, pero proporciona agua para salvar los cultivos y asegurar las cosechas. El "oro negro" se convierte en "oro blanco". En los últimos tiempos, se comprueba la mutación de la agricultura iqueña. Ha dejado de ser aleatoria y se considera que, disponiéndose de mayores cantidades de agua, se podrá labrar las tierras áridas de sus contornos que permanecen como una constante incitación.

En plena pampa de Villacuri, Fray Ramón Rojas, el Padre de Guatemala, cavó un pocito. Fué desde entonces un símbolo. Cuando la Carretera Panamericana pasa a su lado, las gentes se admiran del prodigio. Las hoyas de Villacuri han desaparecido. Quedan algunas datileras, higueras y huarangos. Sobre la pampa se intenta volver a la labranza y se colocan carteles indicadores de fundos que existen más que nada en la imaginación de quienes tienen ansias de tierras para fecundarlas. También en la disputada pampa de los Castillos se intentan explotaciones y, con ayuda del capitalismo, se han perforado pozos y se han instalado bombas.

Ica siempre piensa en el agua. Cuando gregariamente eleva sus plegarias al Cristo de Luren le pide agua. La antigua novena era de rogativas de aguas y cuando las avenidas del río demoran, se conduce a la venerada efigie y se la coloca de frente a la cordillera.

El problema de Ica es el del agua. Con el elemento líquido se fecundan las tierras y surge la riqueza. Años prósperos determinan el progreso urbano. La ciudad no tiene crecido número de habitantes, pero diariamente recibe una población flotante que contribuye a su animación. Las facilidades proporcionadas por el transporte automovilístico permiten que los moradores de la zona rural se trasladen al perímetro urbano. Así, Ica tiene una población precaria que le inyecta estímulos. Por esto, la ciudad adquiere impulsos de progreso. Ahora, se encuentra a tres horas de la capital de la República. Sus vecinos leen los diarios de Lima a la misma hora que los lectores limeños abren los ejemplares, cuando toman el desayuno o marchan al trabajo. El auto ha permitido reducir al mínimo la distancia y hoy el iqueño transita

por las calles de Lima en vehículos magníficos que le permiten regresar el mismo día a su habitual residencia.

Ica cuenta con sus lagunas salutíferas. Huacachina, La Huega, La Victoria, etc., se convierten en focos de atracción para los forasteros y contribuyen al fomento del turismo.

El ambiente de Ica tiene una constante tónica de alegría. El sol que luce todos los días del año le proporciona ese elemento de vida que anima a los espíritus. En su literatura vernacular se traduce la propensión jaranera. Sus gentes se inclinaron siempre a la parranda. En las tradiciones dedicadas a Ica, Palma emplea alusiones sabrosas. José de la Torre Ugarte, el iqueño autor de la letra del Himno Nacional, compuso la celebrada canción patriótica *La Chicha*. El insigne Francisco Flores Chinarro urde una primorosa comedia, *Cuidado con las Jaranas*, que satiriza a los "monos bravos". Eudocio Carrera Vergara hace nacer al doctor Copaiba en la tierra iqueña y sienta el apotegma galénico de que "nadie se muere en Ica, teniendo el remedio en Pisco". Si Julio César Nieri canta al Señor de Luren y Navarro Neyra al huarango, Alberto Ureta nutre su inspiración en los médanos circundantes. Donaire Vizarreta descubre los secretos folklóricos en *Campiña Iqueña* y Moreno Thellesen en admirables cuentos fija episodios campesinos. Esta influencia de la tierra cobra máxima expresión en dos típicas obras del genial Abraham Valdelomar: *El Caballero Carmelo* y la por desgracia trunca *Verdolaga*.

Aún en el lenguaje, las gentes iqueñas usan alusivas expresiones. Hablan de la "llapana", que en otras partes es el "huaico". Hay temblores y "paracas" de aguas. Los nublados se denominan "armamentos", presagiadores de aguas. El rocío excesivo es "blandura". Si tardan las avenidas, se dice "Enero poco, Febrero loco". Se piensa siempre en el agua y se le asigna valor decisivo.

Es así que Ica tiene la perenne influencia de la tierra. Se ha dicho que Dios hizo el campo y el hombre, la ciudad. Tal vez por ser obra de la Providencia, la vida iqueña intensamente agraria posee su misticismo risueño. Aún en la austera liturgia de la Semana Santa, la procesión nocturna del Señor de Luren, el Jueves Santo, adquiere caracteres sevillanos.

La interpretación de la vida iqueña, más que al pormenor de su tradición urbana, abatida tantas veces por las "ruinas", hay que intentarla en la amorosa comprensión de la tierra sedienta que en los médanos exhibe la gravedad del huarango y la esperanza del toñuz, como representaciones elocuentes de anhelos eternos.

FLOR DE LEER

EL DOCTOR ALONSO DE HVERTA,

Al Excelentissimo Señor Marques de Montes Claros.

Recibe este don pequeño
Gran Señor, que en el veras
qve le da tu amparo mas
que yo, que he sido su dueño,
con tus labores me empeño
a publicar atreuido
los preceptos que he leydo,
que si por ti los diuulgo
la lengua mordaz del vulgo
no me tocara al vestido.

Yo Señor doy como pobre,
pero siendo el don tan chico
a vuestras manos le aplico
para que el valor le sobre.
Bien es que esperanzas cobre
donde ya la fama nombra
el nombre que al Orbe asombra,
que es en mi feliz fortuna
gloria, quedarme a tal Luna
y ampararme con tal sombra.

SONETO

Dexa a la Luna el Sol, de su luz llena
y al mundo parte a dar lo que le han dado
el curso de su termino passado
buelue al mismo lugar clara y serena.

Tu Luna, que con luz propria y agena
que te dio el Sol de España, de su lado
viniste a dar la luz que te auia dado
al nueuo Mundo, que tu rayo enfrena.

Ya que alumbrando a Mexico y a Lima
de tu famoso ingenio las señales
muestra el gouierno, y tu saber profundo.

Qual Luna al Sol, que tu valor estima
con nueuos rayos de tu lumbre sales
para voluer con nueua luz al Mundo.

Muy pocas noticias teníamos de que Alonso de Huerta, autor del *Arte de la lengua quechua*, Lima, Francisco del Canto, 1616, fuese versificador además de hombre interesado en los problemas de la lengua quichua. Los versos que en los preliminares del citado libro (fol. 3) dirige a Montesclaros no autorizan ciertamente a pensar en algo más que una general aptitud para la versificación, aunque sirven para confirmar la fama del "famoso ingenio" del Marqués. Resuelvo en esta ocasión las abreviaturas, así como me veo obligado a reemplazar la zedilla de *esperanzas*, por razones tipográficas. Expreso mi gratitud a mi amigo Enrique Peña Barrenechea por la diligencia con que se ha servido proporcionarme las fotocopias que de estos versos le solicité. (LUIS JAIME CISNEROS).

TESTIMONIOS

LOS HERMANOS DE MARIANO MELGAR

Por gentileza de Federico Schwab, reproducimos en seguida un interesante expediente administrativo relacionado con los hermanos de Mariano Melgar, que se conserva en el Archivo Histórico del Ministerio de Hacienda, bajo la signatura P. L. 8. - 516.

Dicho expediente aclara, en primer término, el nombre y la situación de los hermanos de padre y madre de Mariano Melgar y Valdivieso en el año de 1827, o sea doce años después de la ejecución del ilustre y patriota poeta en Umachiri. Como se sabe, el padre del poeta, Don Juan de Dios Melgar y Sanabria, casó dos veces, y ambas en Arequipa: la primera en 1766 con doña María Domínguez, y la segunda veinte años después, el 3 de diciembre de 1786, con Doña Andrea Valdivieso. Padre prolífico en ambas ocasiones, el investigador Don Santiago Martínez ha señalado los nombres de siete hijos del primer matrimonio: María Josefa, Antonia, Petronila, Josef Rudecindo, Manuela, Silvestre y Pablo, y de once de las segundas nupcias: María Eustaquia, Narciso Josef, María Josefa, Mariano, José Toribio, Juan de Dios, José Mariano, Inés, José Fabio, Juliana y Fermín. (Véase su libro Arequipeños ilustres; Arequipa 1938; y, sobre todo, los datos proporcionados por el mismo Doctor Martínez para la obra de Pedro José Rada y Gamio: Mariano Melgar y Apuntes para la historia de Arequipa. Lima, 1950, pps. 114-118).

A pesar de esa enumeración, en el documento que reproducimos, fechado en 1827, sólo se hace mención de seis hermanos: Mariano, el poeta y en cierto modo cabeza moral de la familia, bautizado en Arequipa el 12 de agosto de 1790 y fusilado en Umachiri el 12 de marzo de 1815; Josefa, al parecer mayor que Mariano, pero citada en segundo término; Juan de Dios, que según el Dr. Martínez nació el 8 de marzo de 1796; Inés, nacida el 22 de enero de 1800; José Fabio, nacido el 26 de febrero de 1802; y Juliana, que nació el 4 de febrero de 1804. Josefa e Inés estaban casadas (la primera con Romualdo Corrales y Salazar, y la segunda con Antonio Moscoso), y Juan de Dios, el peticionario, era Capitán Ayudante de la Plaza y la Prefectura de Ayacucho. Sólo quedaban, por lo tanto, necesitados del apoyo oficial como hermanos del héroe: José Fabio, para quien se solicitaba un empleo de Hacienda (más tarde llegó a ser Ministro, en el segundo gobierno de Castilla), y Juliana, entonces soltera (en 1833 casó con el Dr. Pío Valdivia). . . .

Hay otro aspecto de interés en estos documentos, con referencia a la bibliografía de Mariano Melgar. En la Biblioteca Peruana de Mariano Felipe Paz Soldán (Lima 1879-81, pág. 524, Nº 104), se cita una edición de la Carta a Silvia impresa en Ayacucho en 1827. Esta edición princeps del célebre poema se ha perdido; pero la circunstancia de que precisamente en ese año se hallara Juan de Dios Melgar en Ayacucho, y se preocupara por la gloria del héroe y el bienestar de sus hermanos, refrenda el dato de Paz Soldán y hace presumir que fuera él quien publicara la obra en la flamante imprenta de Don Alonso Cárdenas.

Señor.

El Teniente Coronel graduado D. Juan de Dios Melgar, Capitán Ayudante de Plaza y de la Prefectura de Ayacucho, según dro. ante Vt. S. Dice: Que D. Mariano, Da. Josefa. con el qe. subscrive, D. Ines, D. José Fabio y Da. Juliana son hijos legítimos de D. Juan de Dios Melgar y Da. Andrea Valdivieso naturales de la Ciudad de Arequipa. El primero fue auditor ge-

neral de guerra el año de 814 en el Ejercito Patrio del mando del General Puma-cahua: prisionero en Huma-chiri, y fusilado luego, son triste recuerdo de la desgraciada jornada qe. los Peruanos por primer ensayo hicieron contra el poder opresivo de España. D. Mariano fue por su constancia y patriotismo el primer martir de la Libertad Peruana. Sus virtudes y talentos en su temprana edad sin duda le arrastraron a ello pr. un excesivo amor a su Patria, dejando a sus ancianos Padres por galardon la opresion e injusticia con qe. fueron perseguidos con sus tiernos hermanos por el Gobierno español, bajo cuya ferula perecieron. El qe. habla, poco años despues, fugitivo tuvo qe. tomar partido en las Provincias del Alto-Perú, al mando del General Lamza, y despues incorporarse al Ejercito Peruano, donde ha prestado hasta el presente sus servicios y se halla bien recompensado. Da. Josefa y D. Ines bién ó mal están casadas; mas D. José Favio y Da. Juliana estan sin destino y estado; el primero sin embargo de sus aptitudes pa. un destino en Hacienda u otra clase, y la segunda pr. tierna de edad qe. subsiste al lado de una hermana suya.

Todos tuviemos la desgracia de perder tempranamente a un hermano qe. alagaba las esperanzas no solo de sus Padres sino de su Patria. Su inhumano fallecimiento ocasionó la ruina de su Casa, y no faltan en el ceno de ésta Representación Nacional, sujetos qe. conocieron el ardiente entusiasmo de aquel joven qe. pr. sus virtudes y conocimientos merecio aplauso en su tiempo. Su suerte pues desgraciada no debe refluir contra sus tiernos hermanos, qe. hoy viven en la miseria y retiro. El suplicante, animado de los ejemplos de gratitud y clemencia, con qe. Vt. S. ha premiado los servicios de los hijos del Perú, y qe. su afecto fraternal, no es suficiente a socorrer a estos en todas sus necesidades.

A Vt. S. suplica qe. pr. la notoriedad y publica fama del acontecimiento qe. lleva espuesto, se sirva decretar qe. el Ejecutivo destine a D. José Fabio en algún empleo de Hacienda, proporcionado a sus aptitudes, y qe. a Da. Juliana se le señale alguna pension mensual en las Cajas de Arequipa mientras tome estado, o se le de alguna corta finca de la Nación, qe. asi es de justicia y merced qe. espera de Vt. S. N. Ayacucho Octe. 30 de 1827.

Señor.

Jun. de Ds. Melgar.

Lima y Nove. 16/1827.

A la comision auxiliar de Memoriales.

(dos rúbricas).

Lima y Nove. 27/1827.

A la comision auxiliar de Memoriales.

(dos rúbricas).

A la Comision de premios. Sala de la Comision auxiliar de memoriales. Nove. 30 de 1827.

Tellería.

Lima y Agto. 29/1828.

Remitase al Gob. pa. qe. en uso de ssu atribuciones, provea lo conveniente.

(dos rúbricas).

CONGRESO PERUANO (un timbre)
Secretaría del Congreso General Constituyente.

Lima, a 5 de Setiembre de 1828.

La Comon. permanente en vista de la solicitud del Teniente Coronel graduado D. Juan de Dios Melgar, natural de la Ciudad de Arequipa y residente en la de Huamanga, pidiendo un destino para su hermano D. Fabio; há acordado — Se remita al Gobierno para que en uso de sus atribuciones provea lo conveniente.

De orden de la misma lo comunico a U. incluyendo por duplicado dicha solicitud á efecto de que se sirva elevarlo al conocimto. de S. E.

Dios gue. á U.

J. Martín Garro

Sr. Oficl Mor. del Minist°. de Estado en el Departamento de Hacienda.

Lima, Sete. 5 de 1828.

Acusado el recibo, pongase al despacho.

P. O. de SE.
Rozas

Lima, Sete. 9 de 1828.

Vista al fiscal.

P. O. de SE.
Rozas

Exmo. Sor.

El Fiscal dice: Que el recurrente pide se coloque á su hermano Dn. Fabio en un destino que pueda desempeñar, y que Da. Juliana también hermana se le de una pension. Sobre lo 1º V. E. resolvera lo que tuviera por conveniente, no asi sobre lo 2º pues el ejecutivo no puede conforme á la Constitucion conceder pensiones. Lima Sepe. 11 de 1828.

Mariategui

Lima, Septiembre 18 de 1828.

Designado el suplicante, destino que se halla vacante, y en que quiera se coloque á su hermano Dn. Fabio Melgar, se tendrá presente su mérito y aptitudes en concurso de los demas pretendientes á el; y por lo que hace á la pension que solicita para su hermana Da. Juliana, se declara no haber

lugar, respecto á no corresponder al gobierno conforme a la constitucion, hacer esta clase de concesiones.

(rúbrica del Vice-Presidente, encargado de la Presidencia Dn. Manuel Salazar y Baquíjano).

P. O. de SE.
Rozas

Tomose razon.

(una rúbrica).

Ministerio de Hacienda — Archivo Histórico — P. L. 8 — 516.

N O T A S

WALTER GROPIUS DE PASO POR LIMA

Hemos tenido el gran placer de tener entre nosotros como huésped a un grande y mundialmente reconocido arquitecto, uno de los más destacados pedagogos artísticos y un sincero admirador del Perú: a Walter Gropius, quien con ocasión de las celebraciones cuatricentenarias viajó a Sao Paulo, donde se le confirió el Gran Premio Internacional de Arquitectura. El nombre de Gropius como renovador del arte se hizo ya popular en su nativa Alemania en los años de la primera pre-guerra. Y en el decenio entre 1920 y 1930 este nombre alcanzó una significación fija en toda la Europa interesada en el arte de nuestra época. Desde que Gropius ocupó una de las más importantes cátedras de Arquitectura en EE. UU., la de la Universidad de Harvard, su figura y su labor se presentaron en el lugar más visible para todo el mundo civilizado. Ya antes de 1914 Gropius había construído edificios que —aunque hoy apartenecen a la Historia del Arte— todavía obran como modelos de una convicción artística contemporánea. Y en este momento, cuando ya ha pasado los 70 años de edad, actúa aún como conductor de un grupo sobresaliente de jóvenes arquitectos americanos, que tienen entre sus manos toda una serie de grandes y vitales tareas constructivas. A la vez se ve llamado por los gobiernos de muchos países como consultor de sus grandes planeamientos. Antes de su visita a Lima regresó de París, donde presta su ayuda a la Unesco y pronto corresponderá a invitaciones que le conducirán a Australia y al Japón.

Lima recibió a Walter Gropius cordialmente, consciente de la alentadora influencia que el contacto con un promotor cultural tan comprobado puede originar. Gropius vino al Perú en el justo momento, cuando entre nosotros no solamente se empieza a imponer la convicción de la importancia que incumbe al planamiento previsor para ciudad y campo, sino también se generaliza el reconocimiento de la labor decisivo que se relaciona con la educación técnica y artística de la juventud peruana, que un día dará nuevas facciones a su patria. La Municipalidad limeña lo declaró huésped ilustre de la ciudad; la Escuela Nacional de Ingenieros le confirió el título de catedrático honorario; la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos le ofreció su venerable Aula Magna para una conferencia pública de gran significación; y la Sociedad de Arquitectos le entregó el diploma de miembro honorario para honrar a un colega cuya labor había superado las escalas meramente profesionales y conquistado el nivel de las importancias mundiales. Gropius reconoció profundamente estas muestras de simpatía y estima que se le dispensaron y las contestó con sincera cordialidad y aprecio.

Parte de su talento extraordinario y de sus capacidades dinámicas los ha dedicado Walter Gropius a la juventud artista en todo el mundo. Si bien es probable que por esta su preocupación pedagógica se ha visto privado de un número mayor de grandes realizaciones prácticas, no es menos seguro que por eso el radio de sus influencias sobre la generación actual sea mayor que el de sus compañeros de armas, simpatizantes y coetáneos que carecían de ese constante contacto con los jóvenes. El que durante los últimos decenios observó la estimación siempre creciente, que ha cosechado Gropius tanto entre los colegas progresistas y los amigos del arte viviente en todo el mundo como entre la juventud interesada de todos los países y lenguas, pregunta instintivamente por la secreta causa del gran efecto que su actividad artística motivó y por el contenido de sus enseñanzas artísticas, que en una época de modas pasajeras y de vida efímera de los ídolos deberían ser tan persistentes. Como las grandes preguntas se aclaran generalmente con simples respuestas, así también el secreto de la gran influencia de Gropius se explica sencillamente en la simple suma de dos virtudes básicas, la verdadera obsesión y tenacidad artísticas suyas y su profunda y auténtica abnegación humana. Cuán superior a todo prestigio individual y personal ha visto Gropius siempre la vocación del artista, que considera como misión y obligación, se demostró ya cuando en la época del más pronunciado individualismo discutió y propagó la anomalía para la creación entre todos los artísticamente creativos. Y en el lado humano se destacó su enseñanza —algo sorprendente para la anterior generación— de que no valía construir artística y técnicamente, si la voluntad constructiva no era dirigida intencional y conscientemente a la mejora de las condiciones humanas. ¿Y cuáles podían ser los métodos, que propuso y que deberían cambiar el rumbo de la creación artística para conseguir más que un fin estético un efecto civilizador?

En un momento cuando un sinnúmero de tendencias artísticas obviamente conducía no sólo a la lenta disolución de las escalas del arte, sino a la vez a la consecuente corrupción de las disciplinas creativas y espirituales, le pareció imperioso el simplificar y densificar todo el pensar y el actuar artísticos. Veía ayuda y salvación únicamente en los métodos que para la reedificación del arte usaban materiales y formas simples, comprensibles, inteligentes y sensibles. Y para preparar este nuevo material de construcción se ocupó desde temprano de las normas artística y racionalmente estandardizadas, de las formas básicas que deberían poseer no tanto una brillantez extrínseca cuanto un contenido

importante y una significación precisa. Porque tales formas elementales debían cumplir no solamente funciones racionales sino también funciones sugestivas. Debían además disponer de la virtud de ayudarse mutuamente para llegar al óptimo de su fuerza comunicativa, cuando se las sumaba y multiplicaba. Tan interesante como la forma aislada pueda serlo únicamente la bien organizada acumulación de formas (que actúan de común acuerdo y equilibradamente) gana real importancia y poder para influir en el bienestar del hombre. Porque esta acumulación es nada menos que la realidad tangible de nuestro medio ambiente. No pocos de los que interpretaban mal este concepto normativo y que lo veían como una simplificación niveladora y meramente técnica, reprochaban a Gropius de propagar una degradación de la libertad artística. Se equivocaban porque pasaban por alto el hecho innegable de que las formas densas y simples como resultado de un largo proceso de concentración y fruto de la colaboración de muchos, lógicamente disponen de mayor riqueza y más fuerza comunicativas, que la forma individualista y creada por las condiciones del momento. Que más bien las formas artísticamente perfeccionadas y maduradas son indispensables para el reconocimiento y el gozo de cada conjunto de arte y de grandes proporciones, esto lo comprueban claramente todas las épocas de gran estilo. El verdadero milagro de su eficacia estilística consiste precisamente en la graduada repetición y el variado readvenimiento de pocas, pero expresivas y elocuentes, formas elementales. Sabemos que en los siglos del arte grande la norma posee hasta el poder de transformarse en símbolo. Y en nuestra complicada situación moderna, donde sentimos claramente la ausencia de los conceptos espirituales unificadores y fascinadores, que en tiempos más felices conducían de por sí a la normalización tranquilizadora y bienhechora del medio ambiente, no habrá procedimiento alguno que promete más éxito que el que trata de sustituir la multiformidad sin sentido y significado por la animadora y vivificante sencillez de un grupo de formas normativas. Además, las verdades de hoy, que para muchos son inteligibles, son relativamente sencillas, y el proceso de su comunicación no necesita de un dispositivo complejo. Cada paso hacia la forma simple representa un avance hacia una más simple orientación dentro de una situación confusa y es para el hombre moderno de mayor importancia que cualquier nueva creación brillante y adicional. Y no puede dudarse que la obra que se comunica simplemente y en orgánicas repeticiones, estimula los valores duraderos y ejerce influencias unificadores, cuando la obra complicada, que generalmente surge y vive de la sorpresa y la egolatría momentánea, carece de esta fuerza. Gropius ha repetido estas verdades más de una vez. Y ha añadido una advertencia muy importante: que es imposible extraer las pocas normas que necesitamos para nuestras comunicaciones de hoy, del rico tesoro de las formas del pasado. Las tenemos que crear por cuenta propia. Todo lo que Gropius planeó y construyó poseía esta voluntad hacia un orden rejuvenecido y una fácil comprensión. No había aún llegado a los 30 años, cuando edificó la famosa fábrica "Fagus" que por primera vez en Europa reveló este principio.

En un tratado acerca de la educación estética del hombre, el poeta Schiller dirige una vez esta severa exhortación al artista creador: "Vive con tu siglo, pero no seas su creatura. Procura para tus contemporáneos no lo que alaban, sino lo que necesitan!" Esta proclama del poeta nos parece la idea directriz del hombre y del artista Gropius. Si bien era el más moderno entre los modernos —y lo sigue siendo hoy— ni su obra ni su enseñanza se veían jamás unidas a uno u otro de los muchos "ismos" que acompañaban su actuación. El enfocó su máximo interés en "lo que necesitan", y aunque trató de procurarlo con los medios más nuevos e inauditos, nunca simpatizaba con la sensación narcisista. Y así también procedió cuando diseñó el programa para aquella única institución pedagógica de arte, la tan citada "Bauhaus", que (más tarde) debería imprimir tan profundo sello en el desenvolvimiento moderno de muchas fases de la creación artística en todo el mundo. Con su "Bauhaus", Gropius se convirtió en muy poco tiempo en el más discutido y más reconocido pedagogo de arte de nuestro siglo. Y esto no obstante de no poseer ni anhelar ninguna de las características de un "académico" de la antigua talla. Porque enseñó sin doctrina pre-fijadas, y si sus teorías eran premeditadas y resueltas, pero a la vez, dúctiles y flexibles. No recomendó recetas artísticas patentadas, ni añadió nuevas "reglas" de arte a la lista de las muchas anteriores y exánimes. Lo que procuró enfáticamente era aprehender cada tarea artística nueva con un método correspondiente y nuevo, e invocar siempre la participación espontánea de la natural voluntad creativa y el gusto sano del instinto. A pesar del aspecto pronunciadamente anti-académico de todo la actuación dentro de la "Bauhaus", su significado no se explica mejor que comparándolo con aquella influencia de la "académie francaise", cuando bajo la dirección de Claude Perrault y Charles Lebrun no solamente era el punto de partida para la potencia productora de gran parte del mundo de arte, sino obraba como el centro de energías para muchos esfuerzos culturales paralelos y ulteriores.

La "Bauhaus" nunca intentó —como hoy día podría parecer— inventar, propagar, o imponer un determinado "estilo", algo que quizás podría servir de uniforme para la heterogenidad de las creaciones en su época. No podía tratar de embellecer un estado de cosas, que buscó superar y alterar básicamente. En sus primeros manifiestos Gropius describió claramente el propósito final de su empresa, pero no prescribió la ruta fija por

seguir. La ruta debería ser buscada. Y para evitar el peligro de una solidificación prematura del esfuerzo renovador y de los métodos en ensayo, trató con cierto escepticismo todos los resultados rápidos y más casuales. La labor de la "Bauhaus" empezó por eso con la preparación de las herramientas y la elaboración de prácticas artísticas "de laboratorio", con las cuales más tarde debería ser relativamente fácil llegar a una producción ancha y mancomún. Y no se querría desperdiciar las fuerzas en vista de la encanada lucha inminente contra la arbitrariedad, la ilegalidad y la presunción del arte reinante y sobreindividualizado. Pero ninguna lucha se gana sin una intención de gran concepto, y ninguna tarea se realiza sin un gran aporte de altruismo. Ambos, intención y altruismo, Gropius sabía renovarlos e incitarlos siempre de nuevo dentro de la comunidad de la "Bauhaus". Y ambos conseguían en el curso de los años sus positivos resultados, que han sido reconocidos por los entendidos como reales testigos para la posibilidad de éxito, cuando se invierte un gran empeño que busca de asegurar y aumentar el confort espiritual y material del hombre moderno.

Porque nadie ya dudaba entonces que la situación espiritual y material para un número grande de nuestros prójimos se presentaba poco confortable. El arte viviente desde los comienzos de nuestro siglo lo había primero pronunciado. Si este arte, empero, hasta el momento se había contentado con el rol del monitor y acusador, era menester ahora, según la visión de Gropius, convertirlo paso a paso en aliado cooperador y dirigente de los que podían manos a la obra para subsanar las calamidades de la sociedad. En su tiempo, tal programa frisaba ligeramente lo patético. La primera post-guerra europea abundaba en proclamaciones, profecías y proyectos humanitarios. Pero como el plan de Gropius se basó sobre justos reconocimientos, no trató de pasar por alto el inmediato y duro trabajo, e incluyó prudentemente el importantísimo aporte del entusiasmo creador y la abnegación generosa de la juventud artística, se destacó positivamente de parecidos propósitos del momento, que pretendían conseguir sus fines más teórica y menos drásticamente. Sería impertinente no mencionar las grandes dificultades que se oponían a la realización del plan o de no ver los errores que a veces se cometieron y que deberían ser corregidos. Pero cuando Walter Gropius dejó la dirección de la "Bauhaus", la gran intención suya, firmemente perseguida durante años, había cosechado más ricos frutos de los que él probablemente había anticipado. Y los nombres de aquellas pequeñas ciudades en el corazón de Alemania, Weimar y Dessau, que albergaban y protegían la "Bauhaus" desde 1919 hasta la era oscurantista del 33, significan hoy marcas importantes para la futura historia de la evolución cultural de nuestro siglo.

La clase de experimentos que la "Bauhaus" acometió, las investigaciones y análisis artísticos muy originales que emprendió, se han descrito muchas veces y en muchos idiomas. Pero me parece que generalmente se olvida explicar uno de sus planes más importantes, algo como el "leitmotiv" de sus especulaciones artísticas, que debería ser su empresa más sobresaliente, y que se pierde un poco entre los relatos de sus aspectos multicolores y atractivos y hasta de sus movimientos evasivos y arabescos fascinantes. Esta impronta, que todavía hoy es de gran transcendencia, se relaciona con su modo de contemplar el tema de la técnica moderna y de entenderse con la máquina. Y es lógicamente uno de los temas más delicados y de máximo interés para los habitantes de los países altamente industrializados.

Para ellos la fisonomía de la gran mayoría de las cosas que su mirada abarca, lo mismo si se dirige a lo cercano o lo distante, lleva las drásticas huellas de la máquina. Y aunque no es posible imaginarse algo que podría ser más preciso, más eficaz y perfecto —y en unión con tales virtudes también satisfactorio desde el punto de vista estético— que el producto que surge de la exactitud e incorruptibilidad de la máquina, es sumamente extraño el hecho de que han sido la máquina y sus productos que se han conjurado en efecto nuestro mundo y de llevarlo —y con él a sus moradores— a un estado antes desconocido de desequilibrio e inquietud. El producto de la máquina que por la calidad de su apariencia firme y la estabilidad de su carácter debería haberse convertido un punto de apoyo y de descanso para el ojo humano y también para las facultades sensitivas del hombre, y que por la orgánica repetición de algo constante y acabado podría haber conducido a un estado de comodidad y bienestar para muchos, causó lo contrario. Originó una diversidad ambigua, una multiformidad desconcertante, una utilidad rara y efímera, que en vano trata de cubrir los daños internos que causa, y finalmente un aspecto inarmónico del mundo tangible lleno de formas excitantes y paradógicas. Nadie enseñó a la máquina a actuar en la manera suave, calmante y conmovedora de una naturaleza amiga del hombre, o con la mentalidad que en días menos excitados dirigía la mano del hombre cuando creaba una sana seguridad de formas, tan perfectas y aprovechables para el empleo como provechosas para los sentimientos y afectos. El espíritu maquinista fomentaba con sus desórdenes materiales todos los gérmenes de desorden anímico que en tiempos anteriores la belleza y el orden hierático de un medio ambiente ordenado diluía. La máquina, naturalmente, no se originó en sí misma; era el genio del hombre el que la inventó y la puso en marcha. Pero era importante observar cómo la máquina desde el principio correspondió primero y preferentemente a la clase de genio humano, que sin reservas admira la técnica por razones técnicas, que se entusiasma con las utilidades cer-

canas y es insensible para los efectos concomitantes, y el impacto que la máquina y su producción "técnicamente" dirigida originan en aquellas esferas de la vida humana que comienzan a espaldas de las utilidades técnicas y las "rentabilidades". El hombre sensible e impresionable que vivía en secreta rebelión contra este desenvolvimiento hacia una brutalidad insensata, se veía reducido al papel del descontento, apartado y algo necio, cuando la máquina entretanto invadía cada vez más su mundo sensible, reduciéndolo y achicándolo sistemáticamente.

Hombres como Gropius reconocieron que el mero volumen de las nuevas realizaciones de las máquinas aumentaría tan rápidamente y representarían pronto una cantidad tan abrumadora de fealdades desorganizadas, que deberían ahogar como a una "quantité négligable" a todo lo que la voluntad ordenadora del espíritu y del arte podía formar y hacer visible. No faltaban compresiones e intenciones que se oponían con alta voz a este desarrollo y propagaban remediar la peligrosa situación. Pero la mayoría de ellas debía perderse por partir de la errónea creencia de que podría ser posible volver atrás la rueda de la máquina y reconstruir el ideal rosado de los tiempos pre-maquinarios. La máquina en este momento ya no se dejaba parar. El plan que Gropius delineó no era nada romántico sino muy realista y previsor, y consistía en aceptar la máquina, pero nutrir el motor de su fuerza con un nuevo y especial combustible, que, sin reducir su ritmo, su eficacia y su rentabilidad, cambiaba empero, drásticamente, su mentalidad productora. Y el nuevo combustible debería ser precisamente el genio del hombre espiritual y artista, que hasta el momento era considerado como el contrario declarado y antagonista de la máquina. Su genio debería figurar como regulador en un proceso productivo útil y en sí admirable, pero mal aprovechado, por considerarlo a él especialmente dotado de aquel tino, que instintivamente compensa entre la natural rigidez de todo mecánico y el profundo deseo humano de vivificar y activar todo material. Con tal participación se inyectaría al proceder y al producto de la máquina un estimulante psíquico, que convertiría en afabilidad y compañerismo su inconsideración y despotismo.

Para llevar a término una empresa tan compleja, no bastaría, por supuesto, ni la más pertinaz capacidad y el entusiasmo de un incitador genial, ni el más abnegado esfuerzo de un simpatizante pero reducido grupo de partidarios. Nadie mejor que Gropius lo sabía, cuando afrontaba la tarea de transformar por lo menos parte del programa en realidad práctica con la ayuda de la "Bauhaus". Pero lo que finalmente consiguió fue la clara demostración de que es posible domesticar a la máquina e incorporarla al mundo orgánico del hombre. No solamente pudo enseñar el camino transitable, sino dar él mismo los primeros pasos decisivos. Todavía hoy no se reconoce el final del camino, pero la seguridad de su existencia ya se ha comprobado como ganancia imperdible. Y es muy característico observar que el intento de Gropius supera grandemente el éxito de los esfuerzos simultáneos, que anhelaban parecidos fines, pero actuaban por medio de pronunciamientos éticos, con llamados moralistas o consejos científicamente convincentes. Hoy, cuando un posterior desarrollo técnico ha reconocido la justeza y la fecundidad de los conceptos adelantados por Gropius, nadie las tachará ya —como entonces se hizo— de manías caprichosas de un reformista exagerado. La intervención humanitaria de la escala y la mentalidad artísticas dentro del proceso técnico, se ha vuelto hoy día una de las insistencias de los ingenieros mismos.

En los días de la fundación de la "Bauhaus" era todavía estricta costumbre el no mezclar los conceptos y los intereses estéticos con las exigencias éticas. Pero Gropius vió claramente que para sus proyectos de tanta envergadura humana, parte de la labor educativa debía ser dedicada a la formación de un sentido realmente social entre sus compañeros de armas y sus jóvenes adeptos. Porque ningún padre y ningún médico cumple con la totalidad de sus deberes, cuando educa a su hijo como un buen médico pero no como un buen hombre. Le preocupaba por eso mucho cultivar dentro del círculo de la "Bauhaus" un espíritu auténtico de comunidad, una camaradería que superaba las dignidades profesionales y que no anhelaba títulos ni diplomas. Y, realmente, para los no-iniciados la "Bauhaus" poseyó pronto una apariencia casi monástica. Es natural que dentro de esta original comunidad de conjurados no se cotizaban muy en alto las genialidades individualistas y los esfuerzos brillantes causales. Se declaró la perfección del rendimiento mancomún como la más alta marca y como único garante de la deseada universalidad para sus resultados finales.

Podría preguntarse ¿cómo cuadraba —una vez aceptada la teoría de la necesaria influencia artística en los procesos industriales— esta teoría con la dura realidad de la práctica? Porque es evidente que la "Bauhaus" no podía imponerse con meras sugestiones y que tampoco podía actuar ella misma como productora en masa como para sustituir en el mercado todos los productos malos por mejores y propios. Lo que se planeó y lo que se practicó consistió más que nada en elaborar para muchas categorías de géneros y de mercaderías sus convenientes prototipos modelos, que una vez perfeccionados y comprobados se ofrecían para su multiplicación y su aprovechamiento a la industria establecida. Para elaborar los modelos y los ejemplos, artísticamente intachables y técnicamente realizables, la "Bauhaus" disponía de gran cantidad y variedad de talleres experimentales. Y los prototipos que de estos talleres salían eran a veces resultados de

los procesos más originales y estudiados con los métodos menos ortodoxos. Todo lo que se conceptuó, analizó y desarrolló para este efecto surgía, en la verdadera acepción de la palabra, de una maravillosa interferencia del juego deliberado y el cálculo sistemático y racional.

Gropius procuró trazar el marco para las actividades creadoras dentro de la "Bauhaus" lo más amplio posible. De ninguna manera quería fomentar exclusivismos. Como tenía siempre a la vista la complejidad de las relaciones que existen entre el producto artístico y el provecho humano, era natural que no se discutieran únicamente los aspectos profesionales que normalmente se discuten entre artistas y artesanos. Se contempló entre los arquitectos el arte constructivo junto con las posibilidades de una pre-fabricación; entre los escultores el tema plástico se abordó junto con el de los nuevos materiales sintéticos y la aplicación diversa; entre los pintores se analizó los caminos de conquistar campos de acción adicionales. Como básicamente no se perseguían fines de parcialidad estética sino el distante fin de un armonizado conjunto de formas culturales y simbólicas, que en la jerga íntima de la "Bauhaus" se llamó "anhelar la futura catedral", se estimaba siempre y muy en especial todo éxito que salía de la coordinación inusitada y la concomitencia nueva entre medios y profesiones artísticas, que hasta el momento actuaban aisladamente. Y son obvias para cada entendido las muchas nuevas soluciones y las acrecentadas posibilidades que pueden surgir de un plan de auténtica colaboración entre el poder inventivo del artista, la habilidad de mano del artesano y la potencialidad de la máquina. Se salía de la construcción de la vivienda con sus múltiples funciones y a ella se agregaba, tanto formalmente como según su propio y verdadero sentido, los muebles, tapices, lámparas, instalaciones especiales, baterías de cocina, cerrajería, etc. De la vivienda un camino se bifurcaba hacia las construcciones comunes y comunales, los medios de transporte las instalaciones industriales. Otro se dirigía a los cuadros y libros, la litografía y la pintura mural, el mosaico y el vitreau, el affiche y la decoración teatral. Y no faltaron a la vez en la "Bauhaus" una orquesta, un cabaret y un ballet modernos.

Los que no podían distanciarse de la venerada imagen del "arte sublime e independiente" (arte, que en estos años agonizantes daba sus últimos alientos) clasificaban la "Bauhaus" como una escuela sublimada e intensificada de artes y oficios. Más tarde tuvieron que conceder que la "Bauhaus" supo demostrar que el arte real se siente a las suyas donde se le permite existir sin arrogancias y presunciones exageradas y que inadvertidamente se asocia a cada sincera aspiración del artesano y a cada empeño despreocupado del creador. También la industria observó primero los esfuerzos de la "Bauhaus" con marcada reserva. Pero también ella se dió pronto cuenta que muchas de las normas artísticamente efectivas que la "Bauhaus" había desarrollado no eran solamente atractivas y racionales, sino prometían a la vez una fácil y lucrativa reproducción. Todavía hoy muchos de los tipos originados en la "Bauhaus" se encuentran en aprovechamiento industrial. Y al que se toma la molestia de analizar los buenos productos actuales de la industria internacional, se le revelará en no pocos casos la directa o derivada influencia del pasado trabajo de la "Bauhaus". Lo que ella no pudo desenvolver por las adversidades del desarrollo político, que todos conocemos, ha sido anónimamente absorbido por una técnica profundamente reformada y muy deferente a las enseñanzas antes ridiculizadas. Ella sabe hoy que un ideal producto industrial no solamente tiene que conformarse formal y estéticamente con el medio ambiente en que existirá, sino que su función racional debe acomodarse a una función más decisiva, la de las buenas modales de una urbanidad humana.

Lo que Gropius acometió con la labor civilizadora de la "Bauhaus" fue un trabajo lleno de conatos y en aquella época una aventura. Pero una aventura que se desarrolló bajo buenas estrellas. ¡Cuando habrá nuevamente una constelación tan favorable para un nuevo experimento de idéntica consciencia de propósitos que pueda disponer de tantos talentos magistrales como la antigua "Bauhaus"! No solamente disponía de un piloto tan previsor como se comprobó ser Gropius, quien personalmente dirigió el laboratorio de construcciones, sino de un Johannes Itten, que enseñaba el análisis del arte, del gran Paul Klee que presidía la labor del taller de los textiles, de un conocido como Wassily Kandinski que era el jefe de estudio en los talleres gráficos del famoso escultor Gerhard Marcks, que asesoraba la producción cerámica; de un talento como Lyonel Feininger que era el regente de los trabajos en madera y metal; de un Josef Albers —de tan grata memoria también entre nosotros en Lima— y un Moholy-Nagy, que desarrollaron los cursos preparatorios y los estudios elementales. De haber podido atraer y entusiasmar para sus ideas a un grupo tan selecto de grandes artistas de valor propio, demuestra quizá más que nada las extraordinarias calidades de Walter Gropius.

PAUL LINDER.

EL MUNDO POETICO DE ALEJANDRO ROMUALDO

Desde una "Torre de los Alucinados", Alejandro Romualdo nos da en éste su primer libro (Premio Nacional de Poesía en el Perú, 1949) la visión de su mundo propio, reconstruído a su manera, en una mirada retrospectiva primero, pero proyectada después —como toda existencia— más allá del tiempo y de la muerte.

La Torre de los Alucinados es, *pues, un ciclo completo por sí, y ya cerrado, que prepara o anuncia otra etapa: la de* El Cuerpo que Tú iluminas, *que aún conserva inédita el autor. Porque Romualdo tiene bien sabida la lección de Rilke, aquel "madurar como el árbol que no apura sus frutos"; y él no se apresura, para recogerlos en sazón.*

Por eso, esta su primera obra, que reúne poemas escritos entre 1945 y 1949, tiene, toda ella, un normal desarrollo, una progresión constante, no sólo en la concepción sino en el estilo, que hablan bien claramente de un surgir desbrozando desde la tierra en pos del retoñar

La unidad del libro, del primero al último verso, le da una rara consistencia, una armonía que no sabe de disonancias, que responde enteramente a la concepción romualdiana: la poesía y la vida como camino, con etapas es verdad, pero que permite en cualquier momento al poeta colocarse en una atalaya —"la torre"— desde donde puede hacer el recuento de la existencia, el itinerario digamos, para cantar.

Y este canto que viene del tiempo sólo puede sustentarse en la experiencia vivida para que sea sincero, según la idea poética de Romualdo. Lejos, muy lejos de la fantasía que desubica está la imaginación que re-crea, el recuerdo capaz de idealizar, si, en la expresión bellamente lograda, pero tiene hondas raíces en el pasado, en el ser ya vivido y propio.

Así es como abrimos la primera página para hallar una primera retrovisión en Albica (17):

Nunca fué más sumiso el trigo,
ni más dócil el agua
(Mi niñez era un ángel de vidrio)

En todo fuí un ciervo de alas,
un pájaro de arcilla huraña
(Mi niñez era un pez de mercurio)

La docilidad, la sumisión, el retraimiento huraño, el miedo tembloroso, la fragilidad que nos hablan de un pavor de noches oscuras, de fantasmas, de un huidizo fugar, de un ser infantil puesto ya en tiempo pasado, porque ahora (termina el poema):

(Hay sobre mi niñez: palomas muertas,
crepúsculos caídos, alas derretidas)
Llego de mi niñez y sigo andando.

Este seguir andando es lo que, ya adolescente, le permite burlarse de lo que otrora impresionara los ojillos de un niño asombrado: de aquel sapo, Diente de Luzbel (22):

Beodo que hipa,
rebota en mi pecho,
sonoro, sin vida.

o de la Cabeza Divina (24), *ese sol deslumbrador de otros tiempos a quien ya puede llamar:*

¡Pobre diablo solitario, tío vivo por las nubes,
dios inútil, globo idiota, niño bobo!

Es la dulce y cruel venganza de una suficiencia que dan los "pantalones largos" al que antes, tímido y todo, poseía una

....pistola de agua
para herir a los astros o hacer blanco en la luna (18)

y que se permite luego —¡oh preciado desdén que otorga el bozo!— cantar una Elegía al Duende (20), *a ese "duende antiguo" que sonara en sus horas de cornetines de papel, de trompetas ahuecadas en los nudos de sus manos:*

Guardián de la luna, tirano del miedo,
poderoso monarca de los cuartos oscuros,
viejo verde, barba roja, mano negra.

Dueño y señor de muchas pesadillas, capaz de columpiar su tricolor en todos los sueños infantiles, aupándose al miedo con unas horribles y estudiadas morisquetas, ya no es nadie, a nadie asusta; por eso la invitación:

.....duerme, duende,
duerme en tu baúl celeste, que yo rezo
y me persigno con tu rabo azul y triste.

Vencidos los azogados temores, irreverente y altivo burlador de los gnomos, bien puede mirar dulcemente —la distancia desdibuja— su mundo primero:

¡Oh la infancia, la hora blanca del reloj,
el tierno silabario, el bonete de los ángeles y el duende:
Uno se siente nuevo, herido por un corcho,
muerto heroicamente sobre un caballo de madera:
amo mi infancia, mi corazón en pantalones cortos. (19).

El mundo infantil así descripto, el "universo de bolas" se desliza entre "pistolas de agua", "pitos", "duendes, "globos", "silabarios"; tiene gobernantes: la "Reina de los caramelos" y los protagonistas de una vieja creencia infantil: "en la infancia son monarcas los ratones y los dientes" (19).

Pero si todo ese conjunto de seres y objetos entre los que mal se puede discriminar lo real de lo imaginario, son elementos transitorios en los pocos años ("escobas que vuelan", "ánimas benditas", "mariposas del espanto", "orugas del pavor"), el circo es la primera realidad que adopta —vista en perspectiva— tonalidades trágicas. Es el toque de atención que despierta al poeta de los ensueños a que se había entregado. La farsa de la risa, manido tema, adquiere una profunda y desoladora tristeza en el poema que sarcásticamente titula Homenaje al Rey (23), en una muestra más del humor trágico y del contraste expresivo de que hablaremos más adelante:

Este es Clodín:
amarillo y fúnebre muñeco
tirado en un rincón sonríe para siempre.
El hilo del amor y la burla lo sostiene,
y apenas, un broquel de telarañas
lo humilla y lo defiende.
Sólo su esqueleto de aserrín es eterno
como el triste redentor de los pájaros,
el tontocristo de las sementeras.
Este es Clodín:
el trompo y la cereza,
el enano rampante,
el que madruga para sufrir.
Hélo ahí: enamorado, inofensivo y desolado
como una mano de mendigo.

Pero Clodín no es un pelele imaginario, un recuerdo tan sólo de la primera edad como lo son el sol, la luna, el sapo, el viento, el duende. Si observamos más detenidamente el ser y el decir poéticos notaremos la identificación autobiográfica:

Mi infancia era una pista de amargos aserrines (18).

El aserrín es la tierra del circo, y el muñeco está hecho del mismo barro: "tan sólo su esqueleto de aserrín es eterno". Por esto no nos extraña cuando el pelele habla en primera persona para decir en Función de Gala (27).

Estoy solo entre cortinas, entre ojos ausentes,
pintado por un niño inocente y sanguinario,
solo, bajo un cielo remendado, soñando en mi gloria.

Y ese Rey para quien va dirigido el Homenaje del poema anterior no es otro que el de la Creación. Este hombre-muñeco obligado a sonreir para siempre, como todos los demás, plantea una actitud frente al sufrimiento y la desolación expresados en algunos ver-

sos y que consiste en la burla, la burla trágica, como si ellos se columpiaran sobre una pista circense o dibujaran una única, perenne risa de "clown".

La terminología propia de la niñez es reemplazada por la de los "cielos remendados" de un circo cualquiera, las "cortinas", las "máscaras", el "aserrín", los "payasos pintados a golpes", el "trapecio" y aquel "columpio en la brisa puesto para que vuelvas", imprescindibles indicadores de la evolución temática.

En el recorrido vivencial de esta poesía, el amor ocupa, como en el tiempo, un lugar a continuación de la infancia. Pero —así en la realidad— el amor se bifurca en dos sentidos perfectamente delimitados y disímiles: el uno que idealiza y eleva, aquel inalcanzable amor desde siempre que se guarda como en una urna para permanecer intocable; y aquel otro, amor carnal, de posesión física, de dicha terrena y lujuriante. Los dos han de aparecer —¡y cómo no!— perfectamente distinguibles en estos versos. A la clase primera (llamémosla así) pertenecen Ser Diluído, Tántalo Pensativo, y La Virgen en el Espejo. En Ser Diluído (28) campea aún la idea de la infancia en el primer amor infantil y tierno, pequeño y escondido:

¡Oh mi pequeña amada, mi terrible secreto!
.....
Ser que giras en lo alto o reposas en mi almohada
....., si tus labios he besado
en cada fruta, si te he amado en mis cuadernos, en mis lápices
si tu nombre se destruye en silabarios, no seré yo
.....quien sostenga tu rostro como una esfera embrujada.

Es el amor disperso, "diluído", para emplear su propia denominación, inubicable, impreciso; pero cuya definición en el último verso.

El amor es una espada de seda, igual que la muerte

nos ofrece la primera muestra de madurez consciente que permite el paso a la reflexión en Tántalo Pensativo (30), donde esa idea de la muerte que separa volviendo inalcanzable al ser querido, se desarrolla en toda su plenitud:

Mis brazos mutilados, tú dormida,
¡qué cerca, Hermana, estamos de nuestra lejanía!

Entonces la duda y las preguntas atormentan ante la posibilidad del castigo mitológico:

Cuando mis manos busquen tu corazón
¿lo han de tocar mis ojos? ¿He de verlo a lo lejos,
diariamente, como una manzana imposible,
como una fruta esmeralda en la otra orilla?

Mas la incertidumbre pasa, y la amada vuelve a ocupar el altar para ella construído detrás de un espejo, lejos siempre:

.....virgen hundida en el espejo,
perdida, solitaria, ante tí, ante tu celda
radiante me he posado, virgen perdurable,
huída como un soplo: No has visto mi cabeza
de lámpara, mi corazón entre los astros,
arder juntamente al lado de tu espejo? (48).

Por contraste, cuán diferente aparece el otro amor intercalado en las mismas páginas; frente a esa inmaculada virgen "perdurable", inasible, asoma esa otra:

.....muñeca ambulante, virgen corrompida,
niña de agua gaseosa, no huyas, estropajo de mi ternura.
Mujer que llevas tu vida como una escoba en un dedo

de Estreno de Lujo (25), poema que ocupa, por error de impresión, un lugar diferente del que corresponde, pero que plantea la otra faceta del amor, y da mediante una serie de sugerencias imaginativas o de similitudes expresivas magníficamente logradas, la cabal idea de la posesión física que emparienta tanto este poema con ese otro, Violación de la Primavera (38), al lado del cual debió figurar como que correspondía al mismo contenido vital.

La oposición espiritual-carnal obedece fielmente a la doble posibilidad que Romualdo señala en una Letanía (32) del amor:

El Amor eleva al hombre como un triste,
heroico árbol contra el cielo
o lo diluye, roto y pálido, en su fuente.

Sin embargo, conviene anotar que una fúnebre idea alienta el final de los dos poemas sensuales señalados arriba: "nuestra muerte colgada, nuestro amor en un hilo", del Estreno de Lujo, y la última estrofa de Violación de la Primavera que no nos resistimos a trascribir:

Pero, de pronto, un viento, como un intruso, apaga
sus mejillas y sus ojos, la envuelve en su velo
y la deja dormida en un bosque de astas blanquísimas
como a una paloma de sueño y escarcha.

La muerte, ese "supremo resplandor para el que cierra los ojos de pronto" (28) lo va inundando todo, y lo que antes fué la luz de Albica (17) en que no se sabía "que por las manos puede uno morirse", se convierte en Alba Inútil (39).

Oigo la voz de la que todo entría
para volver tal vez hacia su centro
que blanquea, silencia y nos estía.

Lo blanco, la "blanca hora" del primer poema lleno de reminiscencias "álbicas", es ahora lo que "blanquea", acallando con su frío pavoroso y lúgubre. Es que en medio de todo está emergiendo el tiempo, la conciencia del tiempo: a la "hora blanca del reloj" (19) se sucede esta cita de Rilke que encabeza el último poema del libro: "Tú me impones, Señor, una hora extraña" (54); y en el mismo sitio: "el tiempo colgado de un clavo", "un reloj hundido en la memoria".

La rosa es entonces el mejor símbolo para ese ser perecedero; por eso La Rosa Sensata (41) e Imagen de la Rosa en Secreto (42).

Ha de nacer la rosa bajo el sino
mortal que la deshace.
Y volverá Dios a improvisar
la rosa inacabable.

El camino está llegando a su meta

porque somos una orquesta cuyos instrumentos
suenan indiferentes, hasta llegar a El
como una gran armonía

que dice la Sinfonía Terrenal (50); por lo mismo en El Paso del Vagabundo (51) leemos:

Amo el viento porque pasa y nada mancha
y a los astros porque todos han caído de tus ojos, Señor.

que es como el corolario de una continua presencia religiosa a lo largo de toda esta obra, expuesta muchas veces a la manera de un mero recurso expresivo como aquellos "mil cristos arlequines", ese "tontocristo" de las sementeras y "triste redentor de los pájaros", dicho del muñeco que los espanta; el "agrio cristo", para nombrar el vino; o cuando "cantan los gallos y me niega el día este pedro tenaz que llevo dentro" (39); pero donde adopta caracteres más marcados es en la Oración del Amor Escondido (33) en la que el poeta ha unido la contextura del Credo a su decir poético en un novedoso y bien logrado procedimiento

.....sólo mi pecho
resucita en tus ojos, sube al viento.
Entre las verdes ruinas....
.....creo en tus ojos dulces y sencillos.

De igual manera aprovecha algunas lexicalizaciones para —modificándolas o no— hallarles contenido poético, como sucede en el Estreno de Lujo (25) de que habláramos anteriormente y cuyo solo título está apuntando a otro sentido, y en donde hallamos "boca de lobo", "cantante y sonante", "moviéndose al filo del sueño", "nuestro amor en un hilo".

Pero ya estamos hablando de procedimientos en un trabajo que por su expresión no

intenta otra cosa que recorrer el mundo propio de Romualdo, de ese "llego a mi niñez y sigo andando" similar a "ecce infantia mea olim mortua est et ego vivo" de San Agustín (Confesiones, I, , 9), hasta el "os dejo estos anillos que caen, esta amargura" que cierra el libro. Es la misma amargura que conoció en la niñez: "mi infancia era una pista de amargos aserrines" (18), y que envuelve toda la obra de tristeza, pues "yo soy el condenado luzbel de ojos tristes" (31). Y el amor mismo se tiñe de esta tonalidad:

El Amor hace al hombre de tierra
y consagra su polvo a la tristeza.

El Amor hace del hombre una joya doliente,
una pesada lágrima o un niño poderoso.

El Amor inunda al hombre por sus venas
y sume a Dios en él como en un hondo,
glorioso espejo de amarguras. (Letanía, 32)

Y esta tristeza es recargada por los toques de humor como en Cueva de la Escultura (36) donde

Morfeo, los ojos a medias, insomne,
se quita el chaleco, y un fauno beodo
exprime sus barbas....

Apolo es un dios de vinagre, un tuerto
que mira la luna.

Porque este humor es amargo y triste, como el del pobre Clodín que en su rincón sonríe para siempre; es el contraste el que permite intensificar las tonalidades. Es que, digámoslo de una vez, hay en Romualdo una marcada concepción plástica del poema. Ha sabido aplicar no poco de ese arte en la plasmación de su obra, ya cuando en la imagen "carga la tinta", llamémoslo así, al decir "pez de mercurio" para reforzar la huidiza condición del pez con la escurridiza sensación del mercurio; o como "ciervo de alas (17) donde se recalca la idea de velocidad. Los contrastes, lógicamente imposibles, los ofrece como una sola posibilidad ambivalente: "santo suicida" (22), "sonoro, sin vida" (22); aquellas telarañas que "humillan y defienden" (23); "amarga alegría" (25); ese estar "entre ojos ausentes", el "niño inocente y sanguinario" (27); las sombras "de cristal" (28), y "de alabastro" (29); la "nota sin sonido" (49); o en aquel contraste que produce un chispeante juego de luces:

escuchando los idiomas del aire, apagándome,
brillando, rojo y verde, azul y amarillo (27)

donde la mayor o menor intensidad en las pinceladas consigue que el poema titile.

Muchas veces la aplicación del color es consciente y meditada, como en Canción de las Horas (43).

Las melodías enterradas
—azules, blancas, rojas, negras-
rasgan los cielos y el abismo
durante siglos de concierto.

en que el amanecer, el mediodía, la tarde y la noche llevan su coloración propia. Pero en todas las páginas podemos ir señalando cómo se enciende el color, desde Albica poema pintado de blanco donde "florece un tiempo verde" (17); la leche roja y los columpios azules (18); la hora blanca del reloj (19); viejo verde, barba roja, mano negra, baúl celeste, rabo azul (20); y citaremos sólo un ejemplo en cada una de las siguientes para no hacer demasiado larga la enumeración: rostro zafiro (21); sonora manzana (22); amarillo y fúnebre muñeco (30); semáforo encendido (31); roto y pálido (32); herido azul (33); la rosa se va tornando lila (34); caballos azules (35); oscuro racimo (36); enciende trompetas de lirios al alba (37); flores y cantáridas que iluminan el follaje (38); esqueleto de hoguera, ceniciento (39); tarde purpurina (40); cabeza de lámpara (48); cuello nevado (49); fruto luminoso (50); pasa y nada mancha (51); la luz que da forma a las cosas (52); una gran cortina para mostrarnos la luz (53); el rostro encendido de los astros (54).

Así todo el libro se ofrece iluminado, pictórico, en deslumbrantes fuegos que hablan bien de la alucinación de su título. Parafraseando aquellos "payasos pintados a gol-

pes", podemos decir "poemas pintados a versos", en los cuales la consideración detenida de la subjetiva valoración cromática puede llevar a interesantes estudios estilísticos y conclusiones respecto de la obra de Romualdo. Tales las relaciones de amarillo y fúnebre, azul y triste, blanco y frío.

Por esto, teniendo en cuenta esta propensión plástica no nos admira que nos hable de pronto de "la joven luna abriéndose a mi lado" (48), o del cisne reclinado sobre la luna amada" (49), imágenes en las cuales la perspectiva se anula, y la pintura plana coadyuva para obtener una "imagen plana o bidimensional", nombre con que las ha descripto el propio Romualdo en un artículo (MdS 20); en ellas, como en la pintura actual, se ha anulado todo fondo o perspectiva clásica.

Tal la obra de Romualdo, unida por una sola línea que le da la continuidad que señaláramos en un comienzo a esta poesía del ser mismo del hombre; donde la infancia, el amor, la risa y la tristeza, Dios y la muerte, se ofrecen en apretado y luminoso florecer de imágenes.

Sevilla, 1952.

LUIS ALBERTO RATTO.

CRONICA

SYMPOSIUM SOBRE EL PERU EN LA INDEPENDENCIA

Con resonancia singular, se ha desarrollado en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos un importante Symposium sobre "Idea del Perú en la Independencia", organizado por la Facultad de Letras a iniciativa de su Decano, el Dr. Aurelio Miró Quesada S.

El Symposium ha servido para aportar nuevas informaciones, cotejar opiniones, esclarecer, desde puntos diversos pero con parejo interés cultural, el panorama doctrinario, las bases ideológicas y el nacimiento de la idea de patria en el período de la Emancipación.

Participaron como ponentes, e intervinieron en los debates suscitados, los siguientes catedráticos sanmarquinos:

Manuel G. Abastos, "Ideas políticas en los primeros años de la Emancipación"; Juan B. Lastres, "El pensamiento médico y las ciencias naturales en la época de la Emancipación"; Emilio Romero, "Ideas económicas en el período de la Independencia"; Jorge Basadre, "Contribución a la historia de la idea de Patria en el Perú"; Carlos Daniel Valcárcel, "Del fidelismo al separatismo"; Alberto Tauro, "El primer recluta peruano en el Ejército Libertador"; Augusto Tamayo Vargas, "Literatura de la rebeldía y de la Emancipación"; Augusto Salazar Bondy, "Ideas filosóficas en la Emancipación"; Carlos Neuhaus Rizo Patrón, "Indagación sobre la Independencia del Perú"; Raúl Porras Barrenechea, "La política internacional del Perú en la Independencia".

CUADERNOS TRIMESTRALES DE POESIA

Con excelente cuidado tipográfico, y con encomiable regularidad, se continúan publicando en Trujillo los "Cuadernos Trimestrales de Poesía", que se iniciaron al comienzo de 1952 y que reúnen voces líricas de las dos o tres últimas generaciones del Norte del Perú.

Los títulos de los "Cuadernos" publicados hasta hoy son: "El Mar y sus palabras", "Vértice del Canto", "Sendero junto al Trino", "Magnitud de la entrega", "La Voz en el espejo", "Entre el alma y el tiempo", y "Tala en el silencio".

Los poetas representados son, por orden alfabético: Horacio Alva, Carlos H. Berríos, Héctor Centurión Vallejo, Marco Antonio Corcuera, Nicanor A. de la Fuente, Antonio Fernández Arce, Carlos Alfonso Ríos y Wilfredo Torres Ortega.

MEINECKE

A los 92 años de edad muere el ilustre historiador alemán Federico Meinecke, que fundara allá por 1893 la *Historische Zeitschrift* en colaboración con Sybel, Treitschke y otros historiadores de la escuela prusiana de la cual él era uno de sus más famosos miembros.

Meinecke nació en Salzwedel (1862), estudió en Berlín, fué miembro del cuerpo prusiano de archiveros e inició su larga y fecunda carrera de profesor universitario en Estrasburgo (1902). Ha revelado su gran capacidad crítica y su profunda y universal erudición histórica en libros como "Weltbuergertum und National-staat" (Cosmopolitismo y Estado Nacional), "Idee der Staatsrason in der reueren Geschichte" (Idea de la Razón de Estado en la Historia Moderna) y "El Historicismo y su génesis", único de sus libros traducido al español (en deficiente versión de José Mingano y San Martín con Tomás Muñoz Molina). Meinecke, historiador del Estado y la Nación Alemana encuadra su obra dentro de la escuela histórico-psicológica a la cual contribuyó precisando y desarrollando el pensamiento de Ranke sobre la doctrina de las "Ideas Históricas", en el segundo de sus libros citados. Por su mentalidad y formación no sólo histórica sino también filosófica da, dentro del terreno estrictamente histórico, los primeros frutos de esa corriente histórico-filosófica que arranca en Hegel, progresa con Ranke y culmina con la obra de W. Dilthey. A pesar de la amplitud de su visión, Meinecke no pudo librarse de los prejuicios nacionalistas de su escuela prusiana: considerar a la Iglesia Católica, por ejemplo, como la gran enemiga de su patria. Desaparece con Meinecke uno de los más grandes historiadores de la actualidad, en momentos en que desempeñaba el rectorado de la Universidad Libre del Berlín del Oeste, fundada en 1949.

VICENTE LECUNA

El infatigable apologista del Libertador Bolívar, Director durante mucho tiempo de la Academia Venezolana de la Historia y colaborador asiduo de su *Boletín*, ha muerto en Caracas uno de los últimos días de febrero, cuando había pasado ya los ochenta años.

Lecuna era no solamente la máxima figura de la historiografía venezolana sino también uno de los epígonos de una escuela histórica que estamos en trance de superar en Hispanoamérica; escuela que entrañaba la exaltación romántica de los nacionalismos y el sentido apologético de la

historia, pero de la cual hemos de aprovechar la enseñanza de su fervor patriótico y de una laboriosidad con la que trataba de suplir el rigor científico de épocas más recientes.

Lecuna hizo de su vida un culto constante de la memoria de Bolívar y había intervenido —pugnaz e incansable— en cuanto debate se ocasionaba en torno al Libertador. Gran parte de sus muchísimos libros están dedicados a polemizar con los historiadores de la corriente sanmartiniana, y en los últimos años en que la discusión sobre "la entrevista de Guayaquil" se había enconado y enmarañado, él hizo del Boletín de la Academia Venezolana de la Historia tribuna exclusiva de sus puntos de vista. El *Bolívar* de Salvador de Madariaga ocasionó en Lecuna tan airada indignación que promovió una abierta campaña de proporciones casi continentales en censura y proscripción del libro. Hace poco había publicado su obra de más aliento: "Crónica razonada de las Guerras de Bolívar" (Nueva York, 1950, 3 vols.), culminación y síntesis de sus trabajos anteriores.

Expresamos aquí el homenaje al ilustre historiador que deja escritas muchas páginas de aportación a la historia peruana, si bien algunas de sus interpretaciones —adversas a nosotros— habrán de ser discutidas y revisadas.

CATEDRA DE ESTUDIOS BRASILEÑOS EN SAN MARCOS

Con gran acierto se ha creado, por parte del Gobierno y la Universidad del Brasil y con la acogida de nuestra Facultad de Letras, una Cátedra de Estudios brasileños en la Universidad de San Marcos. La regenta el profesor Josué de Souza Montello, catedrático de la Universidad carioca, ex-director de la Biblioteca Nacional. La labor desarrollada por la Cátedra, y por el mismo profesor Montello (labor de alta cultura, académica, seria) ha servido ya para crear un círculo de intereses por la cultura brasileña, visible en la simpatía con que maestros y alumnos de San Marcos han rodeado desde el primer momento al destacado profesor brasileño. MAR DEL SUR se complace por que los trabajadores de la cultura del Brasil se asocien a la labor paciente de los escritores peruanos.

L I B R O S

LUIS JAIME CISNEROS, *Lenguaje*. Curso Secundario. Lima, Ediciones Huascarán, 1953, 160 pp.

Es ésta una interesante tentativa de iluminar el enseñamiento escolar de la lengua, poniéndolo sobre bases mucho más concretas y científicas que las gramáticas comunes. Una tentativa en algunos respectos similar había realizado hace años Adelchi Baratono en el volumen *La prima grammatica*, Firenze, Sansoni, 1942. Cisneros sostiene que en los primeros tres años de la enseñanza secundaria los jóvenes deberían tomar contacto con el mecanismo de la lengua tomando debida cuenta de algunas nociones fundamentales; y sólo más tarde, conseguida una mayor madurez, estudiar la gramática en sus particularidades. Inicia Cisneros su demostración estudiando la unidad expresiva tal como se manifiesta en el discurso real, destaca la elevación y el descenso del tono de la voz; y luego sigue mostrando, por ejemplo, qué cosa es un pronombre de primera, de segunda o de tercera persona, cuál diferencia corre entre coordinación y subordinación, etc. Aparecen a lo largo del libro las huellas de la alta enseñanza de un maestro muy pronto desaparecido, Amado Alonso. (*Lingua Nostra*, Firenze, XIV, Fasc. 4).

BRUNO MIGLIORINI.

ANTONINE TIBESAR, O. F. M.: *Franciscan Beginnings in Colonial Peru*. Publications of the Academy of American Franciscan History. Monograph Series, I (Washington, D. C., 1953). XVIII. 162 pp.; tres láminas.

Por una singular coincidencia, en el mismo año, han visto la luz pública cuatro obras, que atañen muy de cerca a los hasta ahora muy poco estudiados temas de la evangelización del territorio del extinguido imperio de los Incas. Ellas son la del P. Johann Specker, S. M. B., publicada en Suiza, la del P. Rubén Vargas Ugarte, S. J., aparecida en el Perú, la de Fernando de Armas Medina, impresa en España, y la que nos ocupa, editada en los Estados Unidos de América. Todas reflejan, cada una desde su respectivo ángulo y en razón de la diferencia de fuentes documentales manejadas, la curiosidad por un asunto tan decisivo en la formación espiritual de la población del antiguo Virreinato del Perú.

La obra del P. Tibesar, basada en material mayormente inédito, se contrae a desarrollar, a lo largo de cinco capítulos, la historia externa del establecimiento y expansión de la Orden franciscana en el Perú durante el siglo XVI, explicando subsidiariamente la organización y métodos de catequesis utilizados por los miembros del referido instituto. Tarea sumamente ardua, pues las escasas noticias que sobre la iniciación de la Orden franciscana en el Perú han logrado sobrevivir al trascurso de cuatro siglos, sólo de una manera muy deficiente permiten reconstruir aquella etapa, de suyo tan interesante, en la historia eclesiástica del Virreinato. La diligencia del P. Tibesar en allegar datos, en esencia los mismos que utilizara hace tres siglos su hermano de hábito, el P. Córdoba Salinas para trazar su *Crónica*, pero manejados con moderno criterio, le han permitido bosquejar felizmente la aportación de los franciscanos a la gigantesca tarea de la evangelización del Perú.

En resumen, puede precisarse que los dos primeros capítulos versan sobre la llegada de los franciscanos al Perú y la organización de la primera provincia autónoma en la América del Sur, los tres siguientes, examinan los intentos de asimilación del elemento aborigen y su incorporación a la fe cristiana, los obstáculos que embarazaron esta tarea, y los métodos utilizados para instruir a los gentiles en los rudimentos de la nueva religión.

El Capítulo Primero toca al momento histórico en que se invoca la fundación de una provincia independiente franciscana en el Perú, a partir de 1531. Luchando con la penuria de informaciones, debida a la misma índole mendicante de la institución, el P. Tibesar sale airoso de la tarea de localizar e identificar a los franciscanos que tuvieron parte en la colonización del Perú, cuyo punto de partida radicaba en Panamá. Un número proporcionado de páginas se consagra a la secular disputa sobre la precedencia de las varias Ordenes religiosas en su presencia en el Perú, y no se olvida tratar del famoso Fr. Marcos de Niza, informador del P. Las Casas. Concluye este capítulo inicial con la creación de la "custodia", de los Doce Apóstoles, así denominada por haber sido otros tantos los franciscanos que acudieron al Perú en comunidad, distribuyéndose en las tres residencias establecidas en Lima, Cuzco y Trujillo.

El segundo capítulo, versa sobre la fundación de la Provincia franciscana autónoma de Lima, por promoción de la "custodia", pero conservando el título primitivo. De particular interés son aquellas páginas en que el P. Tibesar va explicando la inquietud cultural que promueven los franciscanos en el ambiente peruano, y sobre

todo, el nacimiento de un grueso núcleo de criollos, que ingresan presto a la Orden. El capítulo tercero expone los difíciles comienzos de la tarea misional entre la población nativa, habida consideración de que al principio, los religiosos debían actuar no sólo en tal calidad, sino simultanearla con la de conquistadores. Difícil era mantener el equilibrio entre el sórdido interés de los conquistadores, y la apatía de los indios, por una parte, y por otra, atender a las labores propias de la catequesis, no disponiendo de asiento fijo. En un principio, pues, se instaura un régimen que podría denominarse de misioneros ambulantes, cuyas deficiencias bien pronto hubieron de advertirse, porque dada la fugacidad de estas enseñanzas, poco arraigo cobraban en el espíritu de los catecúmenos. Planteóse así la urgencia de establecerse en conventos o recolecciones, bien que ello llevara consigo la adopción de labores similares a las parroquias, en oposición a su propio instituto, y en abierta resistencia del clero secular.

No empece estos obstáculos, la urgencia de incorporar a la fe cristiana a la población nativa, obligó a dejar de lado tales obstáculos, y en el último tercio del siglo XVI, el P. Tibesar puede registrar hasta 59 doctrinas regentadas por sus hermanos de Orden, teniendo bajo su administración a una décima parte de los indios. El capítulo cuarto en este extremo es muy sugestivo, por las distintas modalidades que esta tarea de catequesis adopta en el vasto territorio peruano.

El capítulo quinto explana la organización y métodos misionales seguidos en las doctrinas franciscanas, esencialmente inspirados en las experiencias obtenidas en México. Sucesivamente pone de relieve el autor el desarrollo de la vida de catequesis, la implantación de escuelas, hospitales, industrias domésticas, etc., y los distintos problemas dimanados de la administración de los sacramentos a los neófitos.

Amén de las conclusiones a que arriba el P. Tibesar, como consecuencia de los supuestos documentadamente probados en el texto, adornan a éste varios apéndices documentales, del mayor interés historiográfico.

El enjundioso trabajo del P. Tibesar se beneficia de un sugestivo prólogo del brillante profesor peruano doctor Víctor Andrés Belaúnde, cuyas observaciones corroboran los puntos de vista enunciados en el texto.

GUILLERMO LOHMANN VILLENA.

BENVENUTTO TERRACINI: *Conflictos de lengua y de cultura.* Ediciones Imán, Buenos Aires, 1951, 277 pp.

En esta obra, Terracini desarrolla el tema de las lenguas y de las culturas, en sus principales relaciones. Parte de la convicción, de que el concepto "*lengua*" solo logra su pleno sentido, cuando se lo considera en relación "con la particular forma de cultura de la cual es portadora".

El morir una lengua, es para el autor, tanto como el cambiarse por otra; en última instancia, los cambios lingüísticos se reducen a un caso particular de bilingüismo, en el que serían indispensables dos condiciones: el enfrentamiento de dos comunidades lingüísticas y la superioridad cultural de una de ellas, es decir, su mayor prestigio. Pero esto implica trasladar el problema del cambio lingüístico a un conflicto de culturas, ya que el concepto histórico-cultural de "prestigio" alude, en el fondo, "a la fuerza viva y arrolladora de la cultura".

Para Terracini, la autonomía lingüística coincide con un sentimiento de independencia cultural. La "íntima fusión de las civilizaciones" es, para él, un momento decisivo en la disolución del galo en latín. Puede haber distancias lingüísticas, pero ello no impide que se hable de culturas galo-romanas, celtíberas, celtoligures, etc. La conclusión es que el problema de los cambios lingüísticos no es sino un aspecto de los intercambios culturales.

El concepto mismo de la muerte de una lengua, puede tomarse en varios sentidos. J. Vendryes no vaciló en señalar el 27 de diciembre de 1777, como el día de la muerte del habla celta, día en que murió el último de sus hablantes. Terracini, siguiendo a Meillet, toma la muerte de una lengua al nivel del sentimiento de haberla cambiado por otra. El concepto de Vendryes ha sido atacado por Bonfante.

El problema del coloniaje lingüístico, dado por la pérdida de la forma interna de una lengua, es ya un comienzo de muerte. Otra forma de muerte se dió en el caso del latín; cuando los nuevos pueblos tomaron conciencia de que sus lenguas vulgares eran su forma más adecuada de expresión, comenzó a morir el latín.

En la segunda parte, *El problema de la traducción*, aborda Terracini, el tema de "las consecuencias idiomáticas de dos formas opuestas de cultura".

El problema de reproducir exactamente las teorías de un sabio, que Meillet tenía por de imposible solución, lo resuelve Terracini, pensando que la traducción es también reproducción y que "reproducir tiene en los dos casos, un valor completamente distinto". La confusión surge de que hablar y reproducir tienen un momento común: el comprender, y este comprender individual, a su vez, dado su carácter subjetivo, implica una simpatía intelectual, una comunión espiritual que hace imposible toda reproducción objetiva.

Bien mirado, el límite que la ecuación

personal pone a la comprensión, es un problema que rebasa el plano puramente lingüístico, pero dada su "analogía innegable" con el problema de la traducción, urge tomar una actitud frente a él. El filósofo, pese a las limitaciones psicológicas, se inclina a sostener que existe un elemento común que "permite un juego teóricamente ilimitado a la comprensión" (p. 47) y es que el lenguaje está destinado a que todos le entiendan. De hecho, en la traducción "estas dificultades no subsisten, o pueden ser mucho menores". Empero, el problema de la traducción no queda en el plano de la comprensión. Toda traducción implica el paso de un sistema de valores culturales a otro sistema de valores culturales distintos. "La traducción nace de un desajuste cultural, por leve que sea" (p. 49), desajuste acentuado por el particularismo idiomático. En el traductor, siempre vive "el sentimiento de esta contraposición de formas culturales e idiomáticas". Al traductor le falta la consonancia espiritual, que palpita en la conversación de dos hablantes de una misma cultura y una misma lengua. Es verdad que el traductor no puede anular su propia ecuación personal, pero "se hace transparente, se reduce a una pared de cristal", que permite una visión clara de lo que está detrás y, al mismo tiempo, "mantiene distintos los ambientes".

Para que exista traducción, piensa Terracini como primera conclusión, tiene que darse no sólo una oposición idiomática, sino una oposición cultural; por ello en la Edad Media no hubo propiamente traducciones. Así entendida, la traducción en sí no presenta límites; "quizá, dice Terracini, no haya libros intraducibles, pero sí hay pueblos intraducibles" (p. 67). (Bien mirado, sin embargo, lo que Terracini dice, es que la traducción, idiomáticamente considerada, no tiene límites, pero culturalmente vista presenta serias limitaciones; pues él mismo agrega, más adelante, que para comprender debidamente libros de otras culturas, es necesario acercarse antes a esos pueblos, enterarse de su cultura, "acostumbrarse" a su peculiar manera de vivir y pensar. Es decir, meterse en su *forma interior*.

Claro que, no todo es limitación y dificultad y que uno de los recursos del traductor es el de su libertad estilística. Lo importante es que no se quede en el plano *formal* de la transposición, sino que sepa distinguir lo *esencial* de lo *accesorio*.

En la tercera parte, Terracini aborda el problema de la lengua y la cultura, en el armónico ajustamiento que ofrecen al nivel de una lengua culta. Un aspecto muy interesante de la etimología, es el de ofrecernos valiosos datos acerca de la historia cultural y de los cambios sociales de un pueblo; esto es posible, porque el lenguaje es, al mismo tiempo, actividad y producto. Pero el problema se puede concretar en una pregunta: ¿qué forma específica de cultura es el lenguaje? La relación variable entre forma y contenido, entre actividad y producto, hace que el lenguaje represente "la forma primordial y elemental de la cultura" (p. 10); para Terracini esto se debe al sentido teleológico, al "anhelo que impulsa al hablante a salir de sus límites en busca de lo universal". En esta antinomia entre actividad y producto radica el valor cultural del lenguaje. El problema es para él histórico antes que teórico, y su solución tiene necesariamente que considerar la imagen concreta de una lengua y de una cultura.

Fué Humboldt quien formuló más claramente el problema de la relación entre lo natural y culto de una lengua; se planteó y resolvió positivamente, el problema de cómo una lengua puede empaparse de cultura, sin perder su peculiaridad. El aspecto natural de la lengua aparece, a los ojos de Humboldt, "como una consecuencia necesaria de la diversidad y diferenciación de los linajes de los pueblos"; mientras que, en cuanto producto espiritual, aparece "como elemento creador de una unión ... culta del género humano". Para Humboldt, el intercambio lingüístico es necesario y favorece el desarrollo cultural de una lengua; sólo que las razones de Humboldt son más sociológicas que lingüísticas. Le correspondió a Shuchardt, posteriormente, señalar, con argumentos lingüísticos, que este intercambio es factor fundamental en la vida de las lenguas. Sin embargo ya en Humboldt se vislumbra la solución, o por lo menos la tendencia hacia ella, de la oposición entre lo subjetivo de la actividad lingüística y lo objetivo y universal de la cultura. Lo universal sólo es posible en lo individual, de manera que entre lo universal y lo individual no hay exclusión sino, mas bien, complementación.

Terracini piensa que el planteamiento de Humboldt lleva a pisar el terreno firme y concreto de la historia, en el cual, por lo demás, es posible encontrar la solución de nuestro problema.

El proceso de espiritualización de las lenguas ya ha sido tratado por Vico y Cassirer, entre otros. A Terracini también le interesa el problema, pero en un aspecto bastante heterogéneo y menos abstracto. De hecho hay una relación entre el grado de cultura de una lengua, su nivel cultural, y la libertad expresiva de sus hablantes. Los pescadores y las campesinas no destacan ni necesitan destacar el momento individual de su expresión; viven sumidos en la norma de su lengua.

Sólo en las lenguas cultas es posible la rebeldía contra el propio idioma, la expresión de la individualidad personal, el estilo. "El estilo es un problema de libertad idiomática" (p. 149); que no sólo permite la expresión de la individualidad sino "la facultad de salir perpetuamente de

sus límites, de recoger y plasmar lo universal... de la forma de su espíritu" (p. 150).

Lo característico, para el autor, de una lengua culta, es su poder expansivo, revelador de su vitalidad intensa. Esta fuerza expansiva puede apreciarse aún en los estudios de microscopía dialectal, pero estas investigaciones carecen de valor si no se las refiere a los problemas más amplios de una lengua nacional. "El dialecto es el idioma de una comunidad lingüística que reconoce el prestigio de una forma superior de cultura y la toma como su norma ideal, tendiendo a compenetrarse con ella" (p. 152). Dialecto y lengua nacional se influyen recíprocamente. La afectación de lo nuevo puede considerarse, como un síntoma de madurez, como un indicio de haber alcanzado la conciencia de la propia personalidad. Entonces la lengua empieza a diferenciarse y especializarse en lenguaje común, especial, hablada, escrita, científica, técnica, poética, etc.; se ha insistido en las diferenciaciones aisladas, pero el verdadero valor de esto "es un valor de relación, en cuanto estructuran la fuerza vital de una lengua", culta. Esto también es válido para la oposición *lengua-dialecto*; la convergencia de estos dos aspectos es lo que Terracini llama "nivelación del idioma". La confluencia de estas dos corrientes es lo que da plenitud de vida a las lenguas; ahí los sobresaltos y las reacciones defensivas no tienen razón de ser, pues por un lado, la lengua sólo se desarrolla conforme a su propio modelo y, por otro lado, lo nuevo y propio de una lengua emerge tanto de sus grandes creadores literarios como de las mismas "porfundidades del pueblo".

La compleja unidad ideal de una lengua culta tiene, en su base, un soporte sentimental: el *sentimiento de la lengua*. Ya lo vismos aparecer en su aspecto histórico de *tradición*; ahora lo veremos como principio activo del *uso*. Se ha pretendido ubicar el sentimiento lingüístico sólo en el momento de la libre creación personal, pero "este sentimiento se hace efectivo sólo cuando se ajusta a la condición de la persona histórica del hablante". El sentimiento de la lengua implica, pues, por un lado *la libertad individual* y, por otro lado, el reconocimiento del *valor tradicional del uso*. En este sentido hay una verdadera analogía que nos permite hablar, no sólo de un estilo y personalidad individual, sino también, de un estilo y personalidad de la lengua. Este estilo es, según Terracini, "un indicio más" de la vitalidad de una lengua". Pero aquí también es menester considerar a la lengua como límite y como libertad, dos momentos distintos del particularismo lingüístico. Ya Vossler veía en la poesía popular la primera expresión de la personalidad de una lengua; pero sólo en lenguas más cultas es posible contemplar los valores universales del espíritu. El impulso expansivo de una lengua arranca desde el momento en que se ha constituído en la expresión de una forma original, de una civilización, pero el resorte profundo de este impulso radica en el estar abierta a la universidad de la cultura, que, a su vez, la sustenta e impulsa.

Es curioso, aunque muy natural, que esté presente el concepto de vitalidad. Cuando la lengua se orienta hacia una forma especial de cultura, religiosa, jurídica, etc., la cultura termina por matar, en cierto sentido, a la lengua. Pero aquí, en el problema de la vitalidad, sucede algo distinto, pues la plena vitalidad solo es posible cuando la lengua "está libremente abierta al gran manantial de la mezcla lingüística" (p. 166). La vitalidad de una lengua se presenta como un momento activo y vital de "historia, como indicio de una cohesión social..." que la lengua hace patente "con una claridad que ninguna otra manifestación cultural puede alcanzar" (p. 169).

Siguiendo a Spitzer, Terracini expresa que el problema de la caracterización no queda aquí, pues hay otros factores psicológicos que "sintetizan el modo de ser de una comunidad de hablantes", sin que esto implique ningún racismo ni determinismo histórico pues, dice Terracini, estos rasgos se encuentran desligados de base tan concreta, se encuentran en la obra o lengua producida, en un momento culminante de su historia.

La obra de Terracini concluye con un interesante apéndice sobre la interpretación de la lengua etrusca, justificado por la multiplicidad de aspectos que el etrusco presenta para su reconstrucción. La civilización etrusca es todavía una incógnita. Su escritura deriva del griego y la podemos leer; pero "leer no es todavía interpretar"; rara vez se traduce una media docena de palabras seguidas, esto se agrava por el hecho de que el etrusco no ha dejado descendientes, que nos ayuden en su interpretación. Algo más. Entre las lenguas antiguas no hay ninguna que ofrezca una serie regular de correspondencias con el etrusco, que nos sirva de guía, o clave. Sin embargo, pese a esta falta de correspondencias regulares con otras lenguas, no faltan quienes se lanzan a su interpretación, con este método comparativo. Se elige como clave el armenio o el agipcio y a menudo el griego y luego se pretende haber descubierto el etrusco. Lo que se consigue son castillos en el aire, que violando las leyes elementales de la epigrafía, sólo tienen el mérito de una imaginación fecunda. El caso de las confusiones de Corssen es una prueba cabal. Los mayores logros se han alcanzado por vía de la onomástica. Actualmente se domina ya muchos de los valores sintácticos y morfológicos del etrusco pero, "todavía no hemos salido del dominio de lo incierto".

ARMANDO BARREDA DELGADO.

ERICH TITSCHACK: *Beitraege zur Fauna Perus. Nach der Ausbeute der Hamburger Südperu-Expedition* 1936, *andererer Sammlungen, wie auch auf Grund von Literaturangaben.* Tomo I(*Reisebericht,* 1951, con 223 imágenes y 1 mapa, de 403 pp.), Tomo II (*Wissenschaftliche Bearbeitungen,* 1951, con 179 imágenes y 1 cuadro, de 344 pp.), Tomo III (*Wissenschaftliche Bearbeitungen,* 1952, con 37 imágenes y 4 cuadros, de 266 pp.), Verlag von Gustav Fischer (Jena).

El Prof. D. Erich Titschack ha publicado, en tres grandes volúmenes lujosamente empastados en tela, una obra intitulada *Contribuciones al conocimiento de la fauna del Perú,* según el material recogido por la Expedición hamburguesa de 1936 al sur del Perú, el de otras colecciones, así como los datos de la literatura sobre el tema.

Esta obra, que enriquece fundamentalmente nuestros conocimientos acerca de la zoogeografía peruana, representa un aporte de la ciencia alemana al estudio de la realidad natural del país, comparable con la labor realizada por el Profesor Weberbauer en el campo de la fitogeografía de nuestros Andes.

Con extraordinario y meritísimo tesón el Prof. Dr. Titschack ha logrado publicar los frutos de la expedición que realizara en una zona que comprende la costa, la sierra y la selva, desde los desiertos de Ica hasta el Río Apurímac. A pesar de la pérdida de numerosos ejemplares de animales y de documentos de la expedición, por efecto de los bombardeos que destruyeron el magnífico y centenario Museo Zoológico de Hamburgo, los *Beitraege zur Fauna Perus* contienen una inmensa suma de investigación original y de información complementaria.

En el primer volumen, escrito por el jefe de la expedición, se describe detalladamente el viaje. Su lectura revela cuán importante es la exposición de las peculiaridades locales y de todas las circunstancias de tiempo, clima etc., para determinar el marco ecológico de la vida de los animales. En este tomo, más que en los otros, se pueden apreciar los requisitos para la labor del naturalista y todas las dificultades que ha de vencer para el logro de sus fines.

Los volúmenes II y III, de elaboración científica, contienen el estudio sistemático hecho por numerosos y competentes especialistas. No sólo se describen y clasifican las nuevas especies descubiertas, sino, en muchos casos, se expone una información sintética acerca de las especies de los grupos correspondientes ya reconocidas en la fauna peruana.

En conjunto la obra significa un considerable avance del conocimiento de nuestra fauna, digno de nuestra gratitud y de que se recuerde a su autor como recordamos a Alexander von Humboldt, a Antonio Raimondi y a Augusto Weberbauer. Además, obliga a ofrecer su aporte personal a los peruanos que se dedican al cultivo de la zoología y que en lo sucesivo tendrán un modelo y un repertorio fundamental para encaminarse en sus investigaciones; pues la obra no termina con los tres volúmenes que han aparecido, sino que seguirá extendiéndose con nuevos estudios.

La publicación que nos ocupa entraña también un estímulo para la gente adinerada capaz de realizar una de las más nobles acciones en pro de la cultura, cual es favorecer la investigación científica. Me refiero al ejemplo dado por el comerciante alemán Sr. Hermann Roedinger, radicado en Ica, quien decidió al profesor Titschack a venir al Perú cuando preparaba viaje al Africa, y quien sufragó los gastos del preparador entomólogo asistente del jefe de la expedición, ayudando eficientemente a ambos cuando iniciaron sus trabajos en el país.

Merece asimismo aplauso el editor de la obra, pues la presentación de ella es excelente; en todos los aspectos es digna de la fama de una casa en la que los libros de biología siempre se han distinguido por la tipografía, la encuadernación y las ilustraciones acabadas.

HONORIO DELGADO.

GRAHAM GREENE: *El fin de la aventura.* Bs. As., Sur, 1949. 277 pp.

Conoce Greene lo que el amor y el odio pueden. Sabe del Dios omnipresente que, aun a través del pecado, nos sale al encuentro. Su 'técnica' de presentar al hombre con sus desnudeces y sus llagas encubiertas logra descubrir la mirada amorosa del Padre. Y, a veces, logra penetrar (por la vía literaria, claro está) los secretos caminos del Señor: es cuando G. G. llega al escándalo del "absurdo". Su novela es exponente de una fe paciente y, sobre todo, confiada.

El fin de la aventura es la historia de un adulterio. Sarah, heredera de una pésima educación "familiar", y víctima de la *despreocupación* de su marido, engaña a Henry Miles con el novelista Maurice Bendrix. Tanto el triángulo amoroso, como el ambiente que lo rodea viven despreocupados de toda idea religiosa. La creación artística (Maurice), la vanidad (Sarah), la ocupación burocrática (Henry), o el progresismo ideológico (Richard Smythe) constituyen el único centro de sus vidas.

Sarah ama intensamente a Maurice, pero éste duda de la adúltera, y su amor se

torna cruel. El amor humano y pecaminoso, asediado desde su base por la duda, se mezcla entonces de odio; y por la herida de insatisfacción que deja esta dolorosa mezcla, se filtra el Otro. Y el Otro es Dios. Entonces es cuando el adulterio adquiere "dimensiones" insospechadas.

Una noche de 1944, cuando las bombas V-1 destrozan Londres, Maurice, que había salido de la alcoba, queda aprisionado entre los escombros. Sarah lo cree muerto. Desnuda, agazapada en el suelo, junto a la cama, ruega a Dios (en cuya existencia aún no cree) que devuelva la vida a su amante; promete inclusive, renunciar a él. Cuando Maurice vuelve la encuentra agazapada, como si estuviese orando. Pero Sarah ya no quiere reincidir, y vistiéndose rápidamente abandona la alcoba. Es el fin de la aventura, pero también el comienzo de ella. Sarah abandona a Maurice, y a pesar de que consigna en su diario (17 de junio de 1944): "No es posible que coexistan esta desesperación y un Dios misericordioso" (Lib. III, p. 111), sigue cumpliendo la desesperante promesa. Ni Maurice podrá gozar con otra mujer, ni ella, con otro hombre: el dolor ha purificado la lujuria.

Sarah trata de girar sobre sí misma: "Y créeme, Señor, yo no creo en tí todavía, no creo en tí todavía"; pero, antes que por el amor, se entrega a Dios por el odio: trata de herirlo, y este su afán de herirlo va ligándolo a El. Los argumentos de Richard Smythe en vez de alejarla, la acercan a Dios. Sarah odia a Dios, pero frente a la misericordia de El, cuando vuelve a encontrar a Maurice el 10 de enero de 1946, confiesa: "Era la segunda vez que me lo devolvías. La vez anterior Te había aborrecido por ello, y Tú habías tomado mi odio como habías tomado mi falta de fe en Tu amor, guardándolos para mostrármelos más tarde, cuando pudiéramos reírnos de ellos los dos; como me reía a veces con Maurice, cuando decíamos: "¿Te acuerdas de lo tontos que fuimos?" (III, p. 131). No vuelve, sin embargo, a reanudar sus relaciones con Maurice.

Sarah quiere aprender a orar olvidándose de ella misma. "Haz que me olvide a mí", dice, confesando su propia indignidad. El 10 de febrero del 46 se preguntaba "¿O era realmente a Tí a quien amé todo el tiempo? ...Pues él me daba tanto amor y yo le daba tanto amor que pronto cuando hubimos terminado, no quedó otra cosa que Tú. Para uno y para otro". (III, p. 142). Sin embargo su afán de superación a veces la hacía desfallecer e implo-raba: "Necesito el amor mundano corriente y corrompido. Señor, Tú sabes que deseo desear Tu dolor, pero no ahora. Apártalo de mí por un tiempo y dame un respiro".

Cuando el diario de Sarah llega a manos de Maurice, celoso ex-amante, éste se siente vencedor de Dios; cree que había sido el más fuerte porque la había llegado a poseer. La muerte de Sarah hace que Maurice reflexione en su efímera posesión: "No somos poseídos por nadie, ni siquiera por nosotros mismos". En una carta de Sarah, que llega tarde a sus manos, lee: "He pillado la fe como una enfermedad. He caído en la fe como otros caen en el amor. No he querido nunca como te quiero a tí y nunca he creído antes en nada como creo ahora. Estoy segura... Luché contra la fe más de lo que había luchado contra el amor, pero ya no me quedan fuerzas para luchar" (V, p. 175).

Un hálito de milagro y santidad sucede a la muerte de Sarah, sin embargo Maurice no quiere creer: "Pero yo no quiero Tu paz, ni quiero Tu amor, Yo quería algo muy sencillo y muy fácil: quería a Sarah durante esta vida, y Tú te la llevaste. Con Tus grandes fines arruinaste nuestra felicidad como una cosecha arruina la madriguera de un ratón: Te odio, Dios, te odio lo mismo que si existieras". Pero el odio, como el amor, es una entrega. La oración final que Maurice encontró fué: ¡"Oh Dios, ya hiciste bastante, ya me quitaste bastante, estoy demasiado viejo y cansado para aprender a amar de nuevo, déjame en paz de una vez!" (V, p. 227).

Dios frente a Maurice: ahí termina la novela, pero la vida continúa. Quizá es posterior la comparación que establece M. Bendrix entre la continua creación divina y la creación literaria (vieja comparación unamuniana) en las páginas 219-220. Sólo el santo es libre, es el personaje logrado, es el personaje que vive. Los demás "tenemos que ser empujados, nos empeñamos en no existir, estamos inextricablemente ligados a la acción, y cansadamente Dios nos obliga a ello de cuando en cuando, de acuerdo con su propósito, personajes sin poesía,..." (V, p. 220). Y aquí debemos referirnos al dominio que posee G. G. para manejar el tiempo en sus novelas. En *El fin de la aventura* el relato en primera persona, sobre su pasado, lo hace Maurice Bendrix. Empieza por narrar el segundo encuentro con los Miles (1946), queda insertado entonces mediante la captura del diario, el período de 1944-1946 en el que Sarah vive su pasión amorosa y luego su búsqueda de Dios. La última carta que la amante dirige a Maurice llega cuando ella ha muerto ya. Todo ello coadyuva a dar un sabor poético a la novela y a producir efectos inusitados.

El pecado en G. G. no es una inconsecuencia, ni tampoco "una actitud frente a la vida". Nace como una inconsecuencia, sí; es una actitud vital, también; pero termina por ser (lo que de veras es), entre la angustia y la rebeldía, una actitud frente a Dios. Satánicamente contra Dios, humanamente contra Dios se alza el pecado. He ahí su "grandeza". Dios está en frente y la lucha del hombre está entre servirlo o atacarlo. El Otro es demasiado grande pa-

ra se rtibio con El (Y de los tibios...). El odio a Dios es una manera de reconocerlo y de entregarse a El, y quizá un camino para amarlo. Con un pecado fruto de la inconsciencia poco consecuente, Graham Greene no conseguiría la "técnica" de sus novelas (sabemos muy bien que no sólo es técnica), y nosotros nos quedaríamos expectando la religiosidad de unos hombres incapaces de hacer voluntaria y decididamente el bien o el mal.

ARMANDO ZUBIZARRETA G.

ERNST BENZ: *Paulus als Visionaer* (Eine vergleichende Untersuchung der Visionsberichte des Paulus in der Apostelgeschichte und in den paulinischen Briefen). — Akademie der Wissenschaften und der Literatur. Geistes u. Sozialwissenschaftl. Kl. — Wiesbaden, 1952. 45 pp.

Con su estudio sobre Pablo visionario, Ernst Benz, joven historiador y teólogo protestante, catedrático de historia eclesiástica y dogmática en la Universidad de Marburg, quien se había hecho notable ya más allá de las esferas de la teología protestante, a raíz de trabajos de gran seriedad y envergadura (de los cuales uno verse acerca de la reforma franciscana, mientras otro recién publicado ve la iglesia ortodoxa desde el ángulo de la historiografía protestante), quiere contribuir a la aclaración e interpretación teológica de los delicados problemas inherentes a los fenómenos de las visiones religiosas auténticas. Al emprender la tarea de ejemplificar tales problemas en las experiencias visionarios de San Pablo (conforme se nos dan a conocer en los *Hechos de los Apóstoles* y en las mismas *Epístolas paulinas*), el autor tuvo que enfrentarse con el hecho de que, en el terreno de la teología protestante, quedaba casi todo por hacer para la fundamentación de una teología visionaria. Pues, hablando con las propias palabras de la introducción de Benz, la iglesia protestante no solamente carece de ejemplos ilustrativos modernos, sino que se ve falta de una verdadera tradición capaz de proporcionar al teólogo e historiador datos comparativos y, asimismo, criterios para juzgar los fenómenos en cuestión. (Esta aserción no sé si fué hecha por B. a despecho, y con exclusión premeditada, de la literatura pietista, rica veta de un misticismo individual de marcadas tendencias comunicativas). Por lo demás, es bien sabido que la teología protestante, refugiándose ansiosamente en el veredicto kantiano sobre la no-importancia de las experiencias visionarias, solía atenerse, con lógica circunapección, a una trayectoria estrictamente racional; por eso rehuía aquellos temas de investigación, ingratos si consideramos lo precario de sus resultados, y que constituían, por su naturaleza, materia sospechosa de alentar aberraciones y especulaciones nada científicas en quienes emprendieran la aventura de esa exploración. A lo que, por el contrario, siempre aspiraba la teología del protestantismo ortodoxo, era precisamente la línea científica, el carácter sobriamente racional. Las reticencias y reservas de este lado, que acabamos de señalar, no podían menos de atraer, por el otro, la curiosidad laicista, cada vez más inescrupulosa, e invitar también a los psicopatólogos, exentos de prejuicios teológicos, a que penetraran reverentes del creyente; y a que aplicaran, fríamente en regiones vedadas a los ojos p. ej., en el caso del Apóstol de los gentiles —sobre la base de la conocida documentación autobiográfica de las cartas— una terminología cuya vasta gama comprende las posibilidades de un epiléptico, de un histérico, de un paranoico propenso a alucinaciones crónicas, de un psicópata de tipo esquizoide o cuando menos de un neurótico anancástico. Las ciencias religiosas modernas, como observa B., acababan por adherirse a los puntos de vista de la psicopatología, y presentaban a Pablo visionario, de todas maneras, como un caso límite de la normalidad psicológica (*psychologischer Grenzfall*), pese a que lo consideren como uno de los genios religiosos más grandes que la humanidad haya tenido. Tales intromisiones un tanto irrespetuosas en el campo teológico no podían sino arrastrar serias consecuencias, ya que el creyente vió puesta en tela de juicio la inspiración teológica paulina, fuente importantísima de una gran parte de la revelación cristiana. Frente a esta situación, no se deja desoír tampoco el tono de resignación de un pensador y teólogo cuya esencia humana y vida ejemplar de lucha parece enteramente opuesta a todo lo que es resignación y débil retirada; me refiero a Albert Schweitzer quien, terminando su obra acerca de la Investigación paulina (*Geschichte der paulinischen Forschung*) reconoce que a pesar de la abundante erudición empeñada en la misma, ésta no ha rendido resultados que merecieran ser llamados "magníficos" (*Glanzleistung*). La culpa de ello la atribuye Schweitzer a una falta en el pensar y reflexionar adecuadamente sobre los problemas, mientras la teología católica cree descubrir el error culpable de dicho fracaso en ese miedo (no admitido, desde luego, por parte de la teología protestante) que infunde al ser racional humano la posibilidad de tener que "capitular delante de la última y más temible consecuencia... delante de lo sobrenatural". (J. Holzer, *Rings um Paulus*. München 1947. p. 20).

Frente a este panorama de problemas fugazmente bosquejado e incompleto, que

surgen automáticamente en torno de las visiones paulinas, tiene que despertar interés la tentativa de Benz, quien con serena acribia filológica y con el equilibrio de una mentalidad científica y religiosa que cree fundado el respeto del hombre ante un mundo sobrenatural, acomete su difícil tarea. El trabajo, ampliación posterior de una conferencia pronunciada sobre el Mar Jónico, en el barco de peregrinaje "Egeis", había sido originado por una solemne fecha conmemorativa. Al celebrarse los 1900 años pasados desde el primer arribo de Pablo a Grecia, la iglesia ortodoxa griega, en nombre del Movimiento Ecuménico, tuvo el acierto de reunir a cuantos altos dignatarios eclesiásticos y eruditos teólogos del mundo cristiano quisieron participar en una simbólica repetición del viaje marítimo que hizo tocar al Apóstol suelo europeo.

¿Qué camino se traza Benz, qué idea se propone perseguir en la exposición relativamente corta, la cual quizás no constituye sino el núcleo de un trabajo futuro de mayores contornos? Apoyándose en el ejemplo del teólogo francés Jean Baruzi, quien trata de obtener datos positivos en este terreno tan oscuro y tan complejo de las visiones religiosas, mediante el método comparativo, Benz confronta los relatos sobre visiones que tuvieron los miembros de la iglesia primitiva (*Urkirche*) e inclusive los de Pablo, en los *Hechos* con las autoconfesiones que sobre experiencias visionarias ofrecen las *Epístolas* de éste. B., lejos de descubrir incongruencias insalvables, llega a resultados que, si por cierto no dejarán sorprendida a la teología católica, tienen innegables alcances al ser puestos de relieve por un teólogo protestante. Pablo —esto es lo que B. subraya en primer lugar— no fué visto, dentro de la comunidad cristiana primitiva, como un fenómeno psicológico aislado, no se destacó individualmente por sus dones visionarios, sino que compartía con todo este círculo de los primeros fieles la atmósfera carismática, que se inicia en cierto modo a partir de la Resurrección de Cristo. En I *Cor.* 15,5-7 hay que ver una especie de canon, un número fijo de apariciones del Señor, que conocieron y aceptaron como su credo los primeros cristianos. Si Pablo agrega a éstas sus propias visiones, las apariciones del Señor, primero cerca de Damasco, a la cual se debe su conversión, y luego todas las que siguieron, y le confirieron la dignidad de un apóstol, confirmándole en la conciencia su destino misionero entre judíos y paganos, y que lo enrumbaron (véase p. ej. *Hechos* 16, 9-10) o lo inspiraron teológicamente (p. ej. I *Cor.* 11, 23 ss.) — si Pablo agrega éstas sus revelaciones individuales a las tradiciones fundamentales de la joven comunidad cristiana *sin* que ésta las rechace, en calidad de una innovación no-comprobada, heterogénea e ilegítima: entonces a nosotros no se nos ofrece sino *una* alternativa y el *tertium non datur*. Benz (con otros antes de él) se enfrenta al dilema diciendo (p. 42) que Pablo o es un impostor, un mentiroso que hábilmente supo engañar al ambiente (y en esto no vale aducir intenciones buenas) o sus "apocalipsis" (éste es el término que preferentemente emplea) deben considerarse como auténticos, como una justificación legítima de las palabras del Señor transmitidas por él, y de las órdenes que recibe y realiza. Pero imposible es pretender que en Pablo sólo se encuentra un uso impropio de expresiones místicas, un lenguaje teológico cargado, por decirlo así, de términos metafóricos oriundos de la esfera extática, de experiencias no vividas por él. Queda, en fin, como única vía de argumentación en favor de la legitimidad de sus revelaciones visionarias, la interpretación pneumática (título del captíulo final de B.), para la cual hallamos la clave en una fórmula muy concisa II *Cor.* 3,17: *ho de kyrios to pneuma estin* ("porque el Señor es el Espíritu"). Aquí es donde B. ve la necesidad de señalar un hecho (histórica y teológicamente) importante: El Espíritu Santo, manifiesto en revelaciones directas y otras visiones, en dones, facultades o dínamis múltiples, no es más que "la forma de presencia del Señor para el entretiempo hasta su llegada". (p. 43). "La manifestación del Espíritu es una anticipación de la Parusía". (p. 44). Esto quiere decir que la interpretación del Espíritu, como permanencia del Señor en su iglesia, remedia la estrechez temporal de las ideas escatológicas que tuvieron erróneamente los demás apóstoles y fieles, mediante un concepto escatológico paulino, válido hasta nuestros días y hasta el fin del mundo.

El trabajo de Benz, para resumirlo brevemente, no se refiere sino al contenido dogmático de las visiones de Pablo y alude sólo de paso a la fuerza y calidad emotiva de sus vivencias extáticas. *Extrema tangunt*: recordemos, al final, que nada menos que Nietzsche (en el anexo autobiográfico del *Zaratustra*) revela y describe el advenimiento de la gran inspiración, transmitiéndonos en forma muy sugerente una impresión de lo que significa para el hombre el ser llamado a un destino visionario, el entregarse en un éxtasis a fuerzas divinas, extrínsecas, en suma ajenas a la naturaleza humana.

GRED IBSCHER ROTH.

HANS OSTER, *Die Hervorhebung im Spanischen*, Zürich, Buchdrvckerei Fluntern, 1951, 200 pps.

Estamos tan enfermos de gramatiquería en América, que la lectura de este trabajo resulta confortadora. Porque de él podría decirse lo que de otro libro ya clásico; sirve de advertencia "contra cierto gramaticalismo pedante que únicamente admite la regla de la lógica y que desconoce las formas vitales creadoras tales como se manifiestan en el estilo literario y en el lenguaje hablado". Le tesis doctoral de Oster, hecha bajo la mirada de Arnald Steiger, debe saludarse indudablemente con regocijo. La sintaxis española sigue siendo tema atrayente para quienes se deciden a penetrar los secretos de la peculiaridad lingüística del español. Tema atrayente y virgen. Sabido es que carecemos aun del libro definitivo sobre la sintaxis del español moderno, pese a las contribuciones de Lenz y no obstante la obra de Gili Gaya, que si es en verdad libro ejemplar por muchos respectos, no alcanza a ser un trabajo de investigación. Los trabajos aislados sobre formas sintácticas del español (cito a Badía Margarit, a Emilio Alarcos, a Salvador Fernández, a Criado de Val, al mismo Gili Gaya) van preparando el camino para el libro deseado. Lo prepara asimismo, y en forma singular, este estudio de Oster. No podemos trabajar ya en sintaxis sin conocer lo que recoge por su lado el estilista, lo que descubre el gramático, lo que averigua el filólogo, y si nos olvidamos de la participación creadora del hablante en todas las formas que estudiamos. Acá en el Perú cuesta todavía mucho imponer estos criterios. Debemos repetirlo hasta el cansancio, sin embargo de los pudores de quienes creen ver amenazada la norma gramatical por una nueva preceptiva. Hay que repetirlo a los alumnos, a los profesores, a muchos "especialistas", que temen entrar en terrenos ajenos a la gramática por falta de adecuada preparación lingüística. Porque se trata de aprender lo fundamental; y lo fundamental es que "en el contenido de una expresión hay siempre otras sustancias que no pertenecen a la esfera de lo lógico". Lo he dicho con la voz de Amado Alonso. El ensayo de Oster afecta, pues, a la estilística de la lengua, en cuanto ésta estudia (¡otra vez Alonso!) lo afectivo e imaginativo, que interviene en "el contenido total de una expresión... como contenido comúnmente compartido y vivido por todos los que hablan la lengua correspondiente". Claro se está que todo esto supone conocer también la peculiaridad espiritual del pueblo que la habla, y se hace también claro que por este camino muchos temen caer en un puro psicologismo. No debemos tampoco caer en los extremos, pero no se puede negar la necesidad de prestar atención al hecho psicológico-gramatical. Los que rechazan la psicología de los hechos gramaticales ignoran que ella es la única (léase en Spitzer) "capaz de darnos el sentido último de los giros consagrados por el uso".

Se ve, pues, que el libro de Hans Oster tiene buenas razones para ocupar desde hoy lugar destacado en la bibliografía de la sintaxis española. Esta tesis ordena muchas papeletas respecto de un tema atrayente: la *puesta en relieve;* es cierto que la ordenación, que supone un recuento con miras a conclusiones de estadística, imprescindibles en sintaxis, no lleva el autor a conclusión alguna, pues lo suyo es, bien mirado, una larga exposición de hechos, una presentación del material, librada a la crítica, que él intenta muy pocas veces. Verdad es también que el título de la tesis promete más de lo que el trabajo da: no hay estudio ni presentación históricos, ni vamos más allá del español moderno, ya que los ejemplos van y vienen entre Galdós, Pereda, Valera, los hermanos Quintero, Benavente. Español de inicios del siglo.

La *puesta en relieve* es un aspecto poco conocido de nuestra sintaxis. Aun entre los especialistas suele hallarse la inseguridad y la vacilación; es cosa que está más allá de la norma gramatical y más centrada en la necesidad expresiva. Muy pocos textos la estudian. Se trata de formas sintácticas de que nos valemos para poner de relieve ciertas ideas, para reforzar lo que queremos decir, para intensificar un valor conceptual o afectivo de nuestra expresión. Algunos tratadistas prefieren llamarla *relevación* (y como tal la consigna, por ejemplo, el último *Diccionario* de Lázaro Carreter), término que no deja entrever, como el otro, la traducción francesa, pero en que no se alcanza a traslucir el mecanismo exacto de la *Hervorhebung*, en mi opinión. De otro lado, el uso de *relevante* en la nomenclatura fonológica puede crear peligrosas asociaciones con esta palabra. Los franceses fueron los primeros en llamar la atención sobre el tema, y entre ellos, el ya clásico libro de María Luisa Müller, aparecido once años atrás en la misma Zürich, resultó la obra que colocó el problema en terrenos científicos. Posteriormente, han dedicado ligera atención a la importancia del tema, aun cuando desde ángulos distintos, Lofsted (*Syntaktische Forschungen*) y Kayser (*Das sprachliche Kunstswerk*), libros que Oster no recoge en la mínima bibliografía que agrega a su trabajo. La *Hervorhebung* es en verdad la presentación de un proceso; el acto de urdir el mecanismo del relieve, pero, a la vez, el acto de ponerlo en ejecución: es una noción diríamos funcional, muy cercana de las necesidades expresivas del hablante (Cf. Kayser, op. cit. 2ª ed. Bern, 1951, *Der Begriff des Stiles*, 271-275). Ejemplos abundantes, algunos de ellos curiosos, ofrece esta tesis, en que se agrupan muestras de muletillas, refuerzos pronominales, fórmulas reduplicativas, seg-

mentaciones, refuerzos con artículo, desgastes significativos, etc.

Oster nos introduce en el concepto de la *relevación* analizando muy someramente un pasaje de los hermanos Quintero, en que va desglosando cada uno de los elementos sintácticos responsables de esa función, para así colocar al lector en situación. Y como su libro, repetimos, no se afana por llegar a interpretaciones críticas, inicia su presentación de temas. Muy útil, y muy novedoso por el material y las observaciones, es el apartado que el autor dedica a estudiar la importancia expresiva del orden de las palabras, fruto de un principio estilístico de selección (pp. 84-139), así como los párrafos que dedica a las inversiones afectivas (108 y ss.): constituyen la parte medular de la obra y serán desde hoy base para toda futura exploración. Muy pocos libros modernos destinan al orden de las palabras el espacio que merece. La preocupación por este aspecto del relieve lo gana al autor, que dedicará en seguida páginas muy objetivas a las *Praesentativkonstruktionen* (140-162) y al *Segmentationprinzip* (163 y ss.), donde estudiará las variaciones sintagmáticas en relación con las construcciones presentativas y con los procedimientos de dislocación. (Si el autor no hubiera desechado el aspecto histórico, habría hallado en Góngora ejemplos magníficos).

La atención que Oster ha querido prestar a sus textos de trabajo puede ser la causa de que no se haya ocurrido las veces que habría sido de desear a ciertas confrontaciones con importantes textos de consulta. Esta observación vale para todo el libro. De pronto, el autor recurre a un amigo para autorizar su explicación de que ciertas palabras interjectivas como *demonios* se usen "para hacer más expresiva la frase" (pág. 14), lo que no nos parece muy científico sin otro apoyo. Algunos de los textos señalados por nosotros más adelante habrían alcanzado a proporcionar a Oster una mejor y más valedera autoridad. Su explicación, por otro lado, no nos convence totalmente, pues puede haber otra intención ajena a la *forma* y más apegada al *contenido*. Creo que el autor no ha insistido lo suficiente en una participación vitalizadora del interlocutor; me parece que en el ejemplo *¿Quién diablos es éste?*, más que para dar realce a la frase entera, se busca anunciar un estado de ánimo del que pregunta, estado de ánimo que reproduce la inquietud y el interés que la misma formulación suscita.

A propósito del ejemplo *"Yo no sabía que mi hijo fuese un señor tan poderoso... Y vaya si lo es"* (pág. 19), ha debido llevarse al lector a reparar en la atonicidad del *si*, tan importante desde el punto de vista fonético, como ha hecho notar Krüger, y como el propio Oster lo comprobará (155, 190). En la pág. 23, hablando de las conjunciones explicativas, habría sido útil asímismo señalar, en nota, por lo menos, frente al ejemplo de Alvarez Quintero; *"¡Mientes! ¡No conoces a Mario! —¿Que no conozco a Mario, infeliz?*, otras formas posibles que habrían colocado al protagonista en situación idiomática distinta, como podrían ser: *"¿Que miento? ¡Que no conozco a Mario!"*, en que el matiz es distinto con la reiteración, y distinto también con el reemplazo por la exclamativa, que asegura la semianticadencia. Respecto de estos enlaces explicativos (24 y ss., 55 y ss.) se advierte la utilidad que habrían prestado al autor los estudios de Spitzer sobre los problemas estilísticos que ofrece el español *que* (*RFH.* IV, 105-126; 253-265), y que no parecen consultados. También se nota la ausencia de otras observaciones hechas por Spitzer sobre la expresión temporal *a lo que* (*RFH.* VI. 394-395), cuando Oster trata el tema (147).

Para nuestro sentimiento lingüístico, debemos decir que no asoman con legitimidad los sentidos irónicos que Oster atribuye a ciertos sufijos diminutivos (págs. 66-71). Ha debido precisarse los alcances de la ironía, aparte de que se nota la ausencia de las lecciones de Alonso sobre el diminutivo (*VKR*, 1935). Esos matices son más preceptibles en *indianete* (80) sobre el que nada dice Oster. Creemos también en la utilidad de haber hecho hincapié (pág. 110), a propósito de *ganas* [*ganas me dan de... ganas tengo de...*] en el valor que pudiera tener la forma plural, que parece ser la que acentúa en cierto sentido la *relevación* (Cf. *gana me da de... gana tengo de...*). Respecto de las inversiones afectivas del tipo *sabido es, mejor es, preciso es, necesario es, menester es, justo es, fácil es, posible es, fuerza es* (págs. 126 y ss.), que Oster documenta con ejemplos copiosos, Krüger piensa (*NRFH*, VI, 382) si "además del carácter afectivo que puede darse a alguno de los adjetivos antepuestos, no ha intervenido la tendencia a iniciar la oración por un elemento más fuerte que el verbo átono *es*". Sí, yo creo que concurren ambas cosas, pero pienso que aun cuando precediera el verbo (*es sabido, es preciso, es útil*) el valor semántico caería otra vez en el adjetivo; sólo que entonces ya no estaríamos frente a un esquema estereotipado, y la expresión habrá adquirido cierto aire narrativo (Cf. las inversiones con *estar*). La inversión es la que nos saca de la narración y produce el énfasis, y con el énfasis, el relieve.

Al acento sintáctico dedica Oster, en buena hora, atención reposada. "Dass im Spanischen der syntaktischen Akzents, der auf einem bestimmten Satzteil ruhen soll, nich von desen Wortstellung im Satz abhaengig ist..." (83). Y no se queda ahí; estudia los valores afectivos que puede entrañar y su relación posible con la inversión sintáctica (87 y 95). Es una pena que no haya prestado atención el autor, a propósito de este tema, a los capítulos que

Gili Gaya dedica al mismo en su *Sintaxis,* y que no haya reparado en los manuales de *Pronunciación* y de *Entonación* de Navarro Tomás, que abrieron el camino para estas investigaciones en forma, como siempre, luminosas, al relacionar las estructuras melódicas con las sintácticas. La idea de que la teoría del acento sintáctico constituye base firme de la *relevación* se encuentra también como apoyo de los capítulos que Oster dedica a las construcciones presentativas (140): "Das Hervorhebungsprinzip auf selektiver Basis begann mit dem syntaktischen Akzent. Die Inversion bildete schon eire hohere Stufe selektiven Hervorhebung, und doch sin wir damit noch nicht auf den Hohepunkt der spanischen Hervorhebung angelangt". Claro que acá insiste ahora Oster en la presencia de matices afectivos, a los que asignará importancia más adelante (163) al tratar de la segmentación. La segmentación, a la que Müller-Hauser tenía por la forma más apropiada para traducir afectividad, está relacionada con el *interés,* en buena cuenta, y significa un paso más hacia el análisis pormenorizado. Hay que lamentar acá que no se hayan confrontado valiosos testimonios aducidos por Vossler, Dámaso y Amado Alonso; también, a propósito de las reflexiones de Oster sobre las relaciones entre artículo y pronombre (52) nos apena la falta de consulta del *Traité de Stylistique* de Bally (I, 232), que habría invitado a dedicar algunas líneas al estudio del artículo en aposición, y servido para iluminar las funciones demostrativas del artículo, hoy magistralmente expuestas por Salvador Fernández en su reciente y sabia *Gramática española,* (372 y ss.). No repara Oster (169-170) en que la forma pronominal *lo* refuerza mejor la idea demostrativa en *"Eso lo dices hoy, porque estás de mal temple".*

Imaginará el lector que un libro donde se reúne tanto tema atrayente debe presentar inevitables lagunas, muchas de las cuales son fruto de la limitación que el propio autor se ha impuesto al elegir sus textos de trabajo. La bibliografía es pobre; creemos que, aun cuando hubiera habido empeño por reducirla a lo imprescindible, deberían haber figurado, por lo menos, los trabajos de Alonso sobre el valor estilístico del artículo (*VKR,* 1933), ampliados hoy en libro reciente; el ya citado sobre el diminutivo; los estudios sobre construcciones con verbos de movimiento (*RFH,* I, 105-139), que habrían permitido estudiar mejor el desgaste significativo. Con relación al acento sintáctico y la entonación, recordaríamos el estudio de Navarro Tomás sobre el grupo fónico y la unidad melódica (*RFH,* I, 3-20), y el breve pero penetrante ensayo en que Marouzeau estudia los enlaces sintácticos establecidos por la entonación (*Le franc. mod.,* 1949, 1-5). Y el reciente de Gili Gaya (*EMP.* I, 55-68). Para las formas de relieve con *ello,* de que Oster no recoge ejemplos, bastaría con haberse acercado al trabajo de Henríquez Ureña (*RFH,* I, 209-229). Un recorrido por el estudio dedicado al posesivo patético, publicado por Spitzer en la *NRFH,* IV, 1-15, habrían llevado la atención a algunas variantes modernas: *"¡La cara que tienes!, ¡La (esa) cara que (te) traes!, "¡La cara que traes!"* Y para citar libros, solamente señalaríamos estos: Alonso y Lida, *El impresionismo lingüístico,* Buenos Aires, 1942; Havers, *Handbuch der erklaerenden Syntax,* Heidelberg, 1931; Blinkenberg, *L'ordre des mots en francais moderne,* Copenhague, 1928 (con nueva edición en estos últimos años); Hultenberg, *Le renforcement du sens des adjectifs et des adverbes dans les langues romanes, Upsala,* 1905, todavía útil pese a su antigüedad. Y por cierto, algunas gramáticas, especialmente las de Hanssen y García de Diego, el texto de Bello, los de Alonso y Henríquez Ureña, el libro fundamental de Lenz. Sin olvidar las observaciones de Krüger a la *Gramática* de Hanssen (*RFE,* VIII, 312-323) tan sugestivas cuanto desatendidas. Esto, en lo fundamental, y dado el carácter restrictivo que el autor ha querido dar a su trabajo. Y olvido mucho más.

Dada la índole del material utilizado por Oster, un capítulo desatendido en su tesis es el relacionado con el español de América, para el que podría haber utilizado Oster algunos textos importantes. Doy un solo ejemplo de Rubén Darío, que ofrece muestras diversas de *relevación*: "—Escucha— siguió el consejero, tomando un aire muy grave, y ladeando la cabecita. —Escucha, y echa en tu saco. Era Plumas de Oro remono, monísimo. ¡Qué mono que era! ¡Y su historia!" (*La historia de un picaflor;* en *Cuentos completos,* México, 1950, 18). Pero no vayamos a lo literario; las formas del español de América ofrecen ejemplos rastreables aun en el libro de Kany, *American-Spanish Syntax,* Chicago, 1945. Así tenemos formas como *¿Dónde es que es?* (Kany, 253), *¡Cómo es de grande!* (K, 291); los usos concesivo e irónico de *¡Cómo no!* (K. 413). Otro ejemplo sería la expresión *de un solo viaje,* que Kany recoge en América y que en el Perú oímos generalmente por "de una sola vez", compartida muy raras veces con el valor de "rápidamente". También podríamos ofrecer, para los casos de afectividad tratados por Oster, ejemplos del tipo *me dí una cortada, voy a echar una nadada,* estudiados por Kany (15-19), o aquéllos en que se repite el verbo por el participio pasivo: *lo amarró bien amarrado* (K, 259) con lo que se logra cierta intensificación: hay como un desarrollo del hecho, que *se concluye* delante del interlocutor. Y las formas *Yo que entro y él que sale* (K, 396). Las fórmulas de tratamiento en los diversos países americanos o en la península habrían ofrecido asimismo abundante

ejemplificación, si el autor hubiese prestado atención al lenguaje coloquial.

Las observaciones siguientes no son sino fruto de la necesidad que los especialistas sentimos de que estos problemas sean acogidos por los investigadores, y no aminoran ciertamente el valor del magnífico trabajo de Oster. No se habla en el libro de la expresión adverbial de la idea de prontitud, ya estudiada por Tallgren (*Neuphilologische Mitteilungen,* XVIII), que dedicó su atención a buenos ejemplos españoles: *desde luego, acto seguido, aína, zas, de golpe, de pronto, de repente.* Faltan casos de repetición del verbo al fin de la oración, de adverbio interrogativo, del adverbio de negación, del pronombre personal. No hay ejemplos de *Hija, hija mía,* con pérdida de su sentido primitivo, en exclamaciones, señaladas también por Tallgren. Y aun cuando los *Aufsaetze* de Spitzer figuran en la bibliografía, no se ha hallado ejemplos de gerundio con valor de imperativo, y no los hay con la abundancia que refleje su actual uso del infinitivo con valor de imperativo. El valor adverbial del gerundio, estudiado por Krüger (*RFE,* VIII, 197, 312) tampoco ha hallado ejemplificación oportuna; faltan también casos de *Rahmenstellung,* ya estudiados en portugués por Spitzer (*Aufsaeze,* 265-273), y completados por Krüger (*AILC,* IV, 307) para el español y el catalán: *"Callando! eh! a callar", "Plora la Marta, plora".*

Las formas de refuerzo *que no* y *rete que no"* (Oster, 65) deberán confrontarse con las reflexiones de Krüger (*AILC,* IV, 269); a ellas habría que agregar, sin duda, los ejemplos aducidos por el mismo Krüger (ibid., 308): *"Admirarlo por sus dotes lo admiramos pero eso no es todo", "Pero dártela, para tí solo, no te la doy", "Buscarlos no lo busco porque las mujeres no sabemos buscar".* Y para las fórmulas reduplicativas del tipo *dale que le das* que recoge Oster (75), a los citados ejemplos de Krüger (ibid., 269) hay que agregar las sagaces observaciones de Spitzer, no tenidas en cuenta por el autor de esta tesis (*RFH,* IV, 253 y ss.). En el capítulo sobre el orden y la afectividad nos agradaría haber visto ejemplos del tipo *por los ojos de mi madre,* en que el sustantivo, según se ha explicado, "suele aludir a una persona o cosa querida para encarecer así la firmeza de la expresión y para que sirva de intercesor cerca del oyente" (*RFE,* XXXVI, 349).

Otras ausencias. Aun cuando la obra no trata del lenguaje coloquial, es improbable que el teatro no ofrezca ejemplos de la proposición incidental *creéeme,* frecuente en la lengua familiar, y documentada desde Horacio (*Sat.* III, 6. 93), así como faltan algunas otras formas muy vivas de expresión, con refuerzo final de una flexión de *ver*: *Te quieres casar, ya lo veo* (Cf. *EM.* V, 68). Tampoco hallamos ejemplos de *¡Había sido usted!* que documenta un uso metafórico del imperfecto como forma enfática del reconocimiento, en la que queda expresada la sorpresa y la participación afectiva del hablante en la identificación. Asimismo, notamos la ausencia de *¿Adónde bueno?, (de) dónde bueno?,* en los que Spitzer ve restos eufémicos (*RFE,* XXIV, 26). Falta también la forma conversacional, y convencional, de saludo en tercera persona: *"¿Cómo está el amigo?",* que Rosenblat explica como un modo de evitar el vocativo (*NRFH,* IV, 59). Un libro que complete esta investigación deberá tratar del giro esp. *"Vaya, hombre, vaya"* [Cf.: *"va, mon pauvre vieux, tu en as bien souffert"; "va, povero ingenuo"* (que tienen sentidos para mí distintos)], que puede reconocer antecedentes en el uso del imperativo por Horacio, sin valor imperativo (*Ep.* I, 17), según recordó Neumann.

Pero estas reflexiones miran más allá del libro de Oster. Alguien emprenderá algún día el estudio histórico de la *Hervorhebung* en el español y podremos ver estudiadas entonces la expresión juglaresca que se da en el verso 20 del Poema de Mio Cid, o quizás aquélla otra *Por vuestro amor arriba* que ofrece el *Roncesvalles.* Y, por cierto, el *"¡Viva la Chispa! ¡Reviva!"* de Calderón, señalado por Krüger hace más de treinta años. El mismo Oster, que tan buena disposición muestra para estos estudios, puede ser el hombre que cumpla esa feliz tarea. Su libro de 1951 permite esperarlo, y renueva nuestra simpatía por la escuela suiza de Arnald Steiger.

LUIS JAIME CISNEROS.

INDICE

EL MEDICO Y LA SOCIEDAD, por Honorio Delgado 1

A VALLE GOYCOCHEA, por Enrique Peña 12

UN ENIGMA Y SU POSTERIOR SOLUCION EN LA BIOGRAFIA DEL VIRREY MARQUES DE MONTESCLAROS, por Manuel Moreyra P. S. 13

POETA, por Pablo Guevara 25

PERFIL MORAL DE MARTI, por Emilio Carilla 26

EL RIO ESTA EN TODAS PARTES, por Leopoldo Chariarse 41

LA BATALLA, por C. E. Zavaleta 42

HECHOS Y PROBLEMAS PERUANOS:

ICA, por José M. Vélez Picasso 51

FLOR DE LEER: *El doctor Alfonso de Hverta* 60

TESTIMONIOS: *Los hermanos de Mariano Melgar* 61

NOTAS

Walter Gropius de paso por Lima, por Paul Linder 65

El mundo poético de Alejandro Romualdo, por Luis Alberto Ratto 70

CRONICA 76

Symposium sobre el Perú en la Independencia.— Cuadernos trimestrales de poesía.— Meinecke.— Vicente Lecuna.— Catedra de estudios brasileños en San Marcos.

LIBROS 78

Lenguaje (de Luis Jaime Cisneros), por Bruno Migliorini; ***Franciscan Beginnings in Colonial Peru*** (de Antonine Tibesar), por Guillermo Lohmann Villena; ***Conflictos de lengua y de cultura*** (de Benvenutto Terracini), por Armando Barreda Delgado; ***Beitraege zur Fauna Perus*** (de Erich Titschack), por Honorio Delgado; ***El fin de la aventura*** (de Graham Greene), por Armando Zubizarreta G.; ***Paulus als Visionaer*** (de Ernst Benz), por Gred Ibscher Roth; ***Die Hervorhebung im Spanischen*** (de Hans Oster), por Luis Jaime Cisneros.

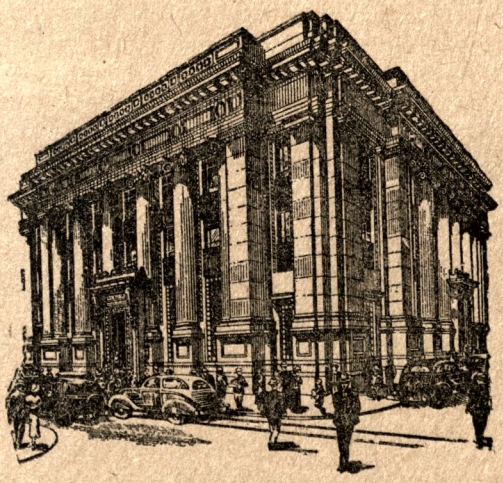
ESTE NUMERO DE

MAR DEL SUR

REVISTA PERUANA DE CULTURA

SE TERMINO DE IMPRIMIR EL DIA 22 DE MARZO DE 1954, "AÑO DEL LIBERTADOR MARISCAL CASTILLA", EN LOS TALLERES GRAFICOS P. L. VILLANUEVA, S. A. JIRON LAMPA 277 - TEL. 72390 - LIMA - PERU

Un cheque no es sólo
una orden de pago:
es también una credencial
que le prestigia



PAGUE CON CHEQUES DEL

BANCO DE CREDITO DEL PERU

Fundado en 1889

CAPITAL Y RESERVAS: S/. 143'529.883.49



PRECIO: S/. 6.00.